



004652  
21.

**Universidad Nacional  
Autónoma de México**

**Facultad de Ciencias Políticas y Sociales  
División de Estudios de Posgrado**

***El mito del desarrollo, una visión  
crítica del modelo de desarrollo  
impuesto al Tercer Mundo,  
caso particular: América Latina***

**T E S I S**

***que para obtener el grado académico de Maestría en Estudios  
Latinoamericanos presenta:***

***Manuel Ernesto Hernández Orta***

***Director de tesis:***

***Dr. Jorge Turner***

***Ciudad Universitaria, junio de 1997***

**TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

***El mito del desarrollo, una visión crítica del modelo de desarrollo impuesto al Tercer Mundo, caso particular: América Latina***

**A Esteban Horacio,  
quien a pesar de la  
obligada y penosa distancia,  
no me hace olvidar  
que el futuro y la libertad  
de este mundo,  
apunta hacia el Sur,  
pues en él viven la mayoría  
de las mujeres y los hombres  
que luchan por un cambio verdadero**

**A mis padres que,  
acaso más de lo debido,  
persisten en quererme,  
son décadas ya de mucho amor  
en nuestras vidas**

**A los amigos, Mercedes y Juan Carlos,  
Rogelio, José Ignacio, el otro Juan Carlos,  
a Jorge, Lauro, Fernando, a Nancy,  
al Maestro Jorge Turner y al profesor  
José Ma. Bulnes de quien no supe más,  
pero me enseñó de cuestiones esenciales**

## INDICE

	Pág.
<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>4</b>
<b>CAPITULO 1: INDUSTRIALIZACIÓN Y DESARROLLO ("SÍNTESIS DEL MITO")</b>	<b>6</b>
a) Los perfiles de un concepto	8
b) El mito de la industrialización	13
c) El esquema impuesto de la "industrialización forzada"	19
d) El "fin de la historia" ante el nuevo siglo y la repetición de los siglos	26
<b>CAPITULO 2: LA CUESTIÓN NACIONAL Y EL DESARROLLO, (UNA APROXIMACIÓN A VERDADES QUE SE DESVANECEN)</b>	<b>31</b>
a) El Estado Nacional y su realidad en América Latina	33
b) Autonomía y soberanía	39
c) Proyectos sociales alternativos	48
d) Reformas reales y ficticias	60
e) Desarrollo y sociedad o sociedad y desarrollo	66

	Pág.
<b>CAPÍTULO 3: FORMA Y FONDO DE LA INTEGRACIÓN, (UN MITO RENOVADO HACIA ESTE FIN DE SIGLO)</b>	70
a) Globalización y modernización	72
b) Integración y renovados imperios	76
c) Integración, ¿un fenómeno nuevo?	84
d) Propuestas alternativas de integración	92
<b>CONCLUSIONES</b>	97
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	104
<b>HEMEROGRAFÍA</b>	108
<b>CONFERENCIAS Y PONENCIAS</b>	114

## INTRODUCCIÓN

**C**uando se habla de conceptos y categorías que abarcan la globalidad de los fenómenos del mundo, de sus regiones o zonas específicas, encontramos que muchos de ellos cuando se los analiza enfrentan más interrogantes que respuestas, más problemas que soluciones.

En este sentido el *desarrollo*, su concepción en la región latinoamericana obedece a deseos más que a realidades, a infinidad de proyectos —limitados las más de las veces— que pretenden generar condiciones de evolución en las formas productivas, de organización social, política, etc. La problemática del desarrollo así, obedece a condiciones históricas, internas y externas a la región latinoamericana que refleja sin duda su importancia y, finalmente, que haya provocado un acercamiento de mi parte para intentar estudiarlo.

Una sorpresa que veo así, radica en la superficialidad que ha ido de la mano en el tratamiento del tema y remitirlo al final de cuentas, a un problema de índole económica. No es así sin embargo; hoy, en estos tiempos de rupturas y rescates, de desconcierto y radicalizaciones, en suma de contradicciones, se ha creado una visión mítica de cómo debemos constituir los latinoamericanos nuestro avance en sociedad y como naciones. Hay así, un mito que debe ser aclarado en torno a la concepción de nuestros pueblos, de su estructuración interna y su actitud ante el capitalismo internacional en plena globalización que no para mientes en las cuestiones nacionales.

Ciertamente es no sólo interesante la problemática del desarrollo sino, aún más, fundamental entender el derrotero que siguen y seguirán nuestros países. No únicamente como problema teórico, sino como una realidad objetiva que va precisando de ser enfrentada y creo que es aquí, donde la dificultad del tema se expresa en la crisis intelectual de la izquierda proveniente de los años ochenta.

Existe cierta dispersión y empirismo en los estudios económicos y sociológicos de la región que, aunado al dominante pragmatismo político está evaporando los esfuerzos intelectuales por retornar a la estructuración de un pensamiento de izquierda sólido y propositivo académica y políticamente hablando. Tal como lo refiere Pipitone (1994[a]), el problema no será su análisis, sino las alternativas solutorias que se presenten. La salida del subdesarrollo ciertamente no es un problema de variables económicas, políticas o comerciales a la manera del planteamiento de la CEPAL, sino que va más, mucho más allá, en torno a voluntades y proyectos sociales, políticos, culturales, con aspectos integrales, vale decir, nacionales cuando no regionales.

El principal rasgo así del desarrollo, radica en ser un proceso inconcluso y en esa medida sólo aprehendido a través de aproximaciones y este trabajo eso intenta, dar una aproximación a la magnitud del problema. Por esto la exposición del trabajo se hace en términos metodológicos bajo un proceso de investigación teórico

deductivo, que basado en fuentes de orden hemerográfico y bibliográfico ofrece, ante los tiempos que vivimos la duda reflexiva más que propuestas conclusivas. Así, el presente trabajo discurre por una concepción inscrita en un pensamiento de izquierda que pretende encontrar el rumbo perdido y rescatar lo más valioso que, no se ha perdido en tanto los problemas del atraso, miseria y postergación social no se hayan resuelto.

El hilo expositor de nuestro tema se remite a autores tan importantes como Agustín Cueva, Ruy Mauro Marini, Carlos Vilas, Noam Chomsky, Immanuel Wallerstein, Eduardo Galeano, etc., pretendiendo concentrar una diversidad interpretativa ante un problema común, y procurando asimismo entrar en el planteo de un capitalismo que genera contradicciones tan agudas que requiere de una vasta reflexión para analizarlo.

Procuramos asimismo, sin caer en esquematismos reduccionistas, concitar la problemática del desarrollo en la región latinoamericana, como parte de una problemática también muy vasta como lo es el capitalismo subdesarrollado o dependiente que, como se plantea en las hipótesis del proyecto inicial, observa una realidad latinoamericana encerrada en formas de dominación que exógena y endógenamente son instrumentadas por las clases dominantes, a través de los organismos internacionales que apoya el capital financiero y los Estados o gobiernos en la región a través de políticas a menudo limitadas o bien lejanas de los auténticos problemas de los pueblos en América Latina.

El trabajo finalmente, quedó estructurado en tres capítulos, en los cuales se retoma, en el primero, el problema del desarrollo a través de la industrialización, su conceptualización, el supuesto beneficio de ella, su obligatoriedad y cómo fue asumido este problema. En el segundo capítulo se plantea la problemática del desarrollo como producto de una "maduración" de las clases sociales. es decir, la cuestión del Estado nación ante la dinámica que el capitalismo de la posguerra va imponiendo en el mundo y en la región, lo que implica, en buena medida, ver cómo hemos podido construir nuestros países y tal como afirma Zavaleta (1984[a]), este asunto sigue siendo una cuestión en proceso aun de llegar a consolidarse.

Finalmente, en el tercer capítulo se plantean las dificultades que la región latinoamericana enfrenta ante la globalización e integración; la insuficiencia de la propuestas cepalinas y cómo la globalización es una realidad, mas no lo es así la modernización que obviamente marca una forma de integración bajo mecanismos renovadamente subordinantes, que requieren una solución desde la postura latinoamericana y no en función del capital internacional.

**Capítulo 1: Industrialización y desarrollo  
(síntesis del mito)**

...Es absolutamente imposible que la América Latina se desarrolle, no importa cuáles sean las políticas gubernamentales, porque lo que se desarrolla no son los países, lo que se desarrolla es únicamente la economía mundo capitalista y esta economía-mundo es de naturaleza polarizadora." Immanuel Wallerstein, *La reestructuración capitalista y el sistema-mundo*

**E**n América Latina se ha pretendido secularmente generar o, más bien, fundamentar el avance de sus sociedades en el desarrollo industrial a menudo más como un recurso imitativo de los países avanzados. Esto ha implicado una serie de concepciones que, en torno a la idea de progreso, desarrollo o modernización, han girado como ejes de una serie de metas que desde los gobiernos y estructuras de poder en turno, se vienen implantando con relativa sistematicidad años más o años menos, desde la tercera década del presente siglo.

Es esto una constante histórica en el proceso económico, social, político y cultural en América Latina durante los últimos doscientos años. El deseo de avanzar emulando, de obtener importando y proseguir por una senda no aclarada o mejor, autoaclorada plenamente, consume una síntesis que concretamente en nuestros días se remonta en una espiral nociva donde se reproducen condiciones de dependencia y subdesarrollo hasta hoy día irreversibles.

Es una síntesis que abarca varios mitos, uno de ellos lo es el del desarrollo, constituido como una serie de instrumentos, políticas, instituciones, ideologías, etc., orientadas a la supuesta superación de las condiciones de atraso, pobreza, miseria y marginación, que se dan en el subcontinente latinoamericano y, justo es decirlo también, en el llamado Tercer Mundo.

Esta constante histórica repetimos, se centra en los siguientes planteamientos que se desglosarán en forma de apartados; primero, una creciente diferenciación entre países industrializados y otros que no lo son, condicionando una consecuente polaridad o polarización entre los diversos países del mundo que conforman la estructura económica internacional.

En segundo lugar, una creciente mitificación en lo interno de las sociedades latinoamericanas acerca del avance industrial y el subsiguiente concepto de desarrollo que en torno a estos intentos o visiones se ha generado. Vemos así en tercer lugar, la progresiva impostura de una visión que justifica el ascenso económico y social por la vía de la industrialización, desplazando y relegando incluso de manera violenta, a las alternativas que pretenden otras formas de desarrollo y avance social.

Finalmente, encontramos cómo ante la renovada carga de modernización que suena más a un arrebato ideológico que a una propuesta objetiva de sociedad, se van acumulando y estallando los problemas del atraso y la dependencia, Valenzuela (1990).

#### **a) Los perfiles de un concepto**

Pocas veces nos ponemos a analizar la enorme carga ideológica que encierran los conceptos que, por más racionales, lógicos y científicos nos parezcan, son utilizados en función de describir una realidad social y económica o varias realidades. Es el de *desarrollo*, un concepto que, de origen eurocentrista, ha fundamentado al menos cincuenta años de políticas de gobierno, concepciones científicas, y varios desastres económicos en la región latinoamericana.

Su fundamento obedeció al inicio de una carrera por el establecimiento de la supremacía del capitalismo en el periodo de la llamada "Guerra Fría", iniciada en la década de los años 40 y formó parte de la política anticomunista Rostow (1948), marcando definitivamente con su sello un modo de vida plenamente incorporado a la perspectiva estadounidense. La base de este proceso, constituyó en forma global la conceptualización de la denominada "teoría del desarrollo" que, en América Latina tuvo su principal fuente en la Comisión Económica para la América Latina y el Caribe (CEPAL).

El concepto de desarrollo privilegió así, el ascenso industrial en la región; su fuente lo iban a constituir los financiamientos adecuados en las áreas consideradas por este organismo regional como "estratégicas". Una visión "desarrollista" que dio importancia relevante sólo a los problemas económicos, dejando de lado otros tan importantes como los de índole social, política, demográfica, etc. (Rodríguez, 1981). La CEPAL se constituía en tal sentido, como la precursora de la orientación del avance económico en la región y si bien su forma de encarar los problemas de la estructura de la región fueron de gran importancia, su profundidad en el análisis y su clara vocación "tecniciata", le impidieron y lo hacen aún, ahondar en la dinámica esencial de los problemas estructurales de América Latina, Rodríguez, (*ibid*) y Cueva (1991, caps. 4-5).

Los espacios de análisis dentro de la CEPAL, sin embargo, involucraron una novedosa conceptualización metodológica que hizo variar en gran medida la noción no sólo de la región latinoamericana, sino del desarrollo económico mundial, su historia y evolución, así como la perspectiva de las economías centrales o industrializadas y su contraparte periférica o bien no industrializada, la dinámica entre ambos tipos de sociedades y su creciente interdependencia o mejor dicho, paulatina integración Rodríguez (1981, pp. 5-7).

Cabe resaltar la importancia del pensamiento de la CEPAL, no tanto por su enfoque que, líneas aparte, pudiera ser calificado desde innumerables puntos de vista, pero sin embargo tiene la invaluable característica de haber forjado un enfoque global sobre la problemática del atraso y subdesarrollo económico en América Latina Valenzuela (1990), agregando elementos activos en la interdependencia entre países industrializados y atrasados; es decir, impulsó la idea de la región como un problema teórico conceptual en el contexto del proceso histórico que venía desatando el capitalismo estadounidense, y la secuela que la emergente relación subordinada que fue creciendo al irse imponiendo la hegemonía de la potencia del Norte.

En el enfoque de la CEPAL, interviene una noción que aún subsiste al asumir el "centro y la periferia" como un "horizonte de visibilidad", como ya se decía, un problema teórico, como una "teoría de la periferia", en síntesis una "teoría del subdesarrollo" Rodríguez (1981, p. 6), empleando así una noción que se tomará imprescindible en casi todos los análisis posteriores —incluso de otras corrientes de pensamiento— al entender que el desarrollo económico es una meta a la cual se debe aspirar y, dentro de ciertos esquemas, un hito donde deben encararse todos los esfuerzos posibles para la reflexión en torno al logro del mismo que, en el caso de la CEPAL, ha involucrado varias proposiciones teórico prácticas, con diverso nivel de cuestionabilidad y compromiso Rodríguez (1981, cap. IX).

Cabe resaltar también que el ascenso de la CEPAL coincide con la puesta en práctica de políticas de orden liberal keynesiano, donde el naciente Estado latinoamericano postula una serie de medidas tendientes a la utilización del excedente económico en favor de un intento de industrialización Cueva (1991, cap. 10), en un claro conflicto con la perspectiva de adquirir bienes de capital del extranjero. Con ello vale decir, se abrió una renovada visión en las clases sociales, dado que con la etapa de la llamada "sustitución de importaciones" se modifican en gran medida las pautas de vida puesto que hay un fuerte incremento en la expansión industrial, hasta ese momento, sin precedentes.

El Estado impulsa esta forma de industrialización, genera un incremento en las pautas del consumo popular, a través de políticas *obreristas* y *populistas* que abrió paralelamente el mercado al conjunto de las clases sociales. El progreso que traía la posguerra, implicaba, bajo ciertas restricciones una especie de ascenso democrático que, en algunos países, permitió el derumbamiento de las viejas estructuras políticas de cuño oligárquico, su raíz agroexportadora, y muy comprometidas con formas de explotación precapitalistas y desligadas de una visión que, como las de los nacientes Estados populistas, estuviera atenta a la dinámica que el progreso industrial generaba en las economías metropolitanas Cueva (1991, caps. 6 y 7).

La coyuntura que significó el fin de la segunda posguerra permite la finalización, como tendencia histórica, del modelo oligárquico agroexportador que había mantenido a la región en un momento de estancamiento no sólo económico sino político al afianzar viejos privilegios de orden precapitalista. Cabe decir que el avance industrializador trae consigo el estímulo a un novedoso patrón de acumulación

capitalista en la región que hacía imprescindible la actividad de un Estado inmerso en una "... dimensión 'arbitral' y 'benefactora', 'antiligárica' y 'nacionalista', en apariencia autónoma y con un aparente dominio impulsor, asumiendo actividades económicas estratégicas que la 'iniciativa privada' nativa es incapaz de emprender", (Cueva, 1991, cap. 9).

El intento por sustituir importaciones como fórmula antiligárica, abrió espacios de expresión social donde las 'burguesías nacionales' generaron cierto impacto, y pudieron ganar espacios —aunque reducidos— al poder del capital extranjero. Internamente, en las sociedades significó un cambio en la correlación de fuerzas, pues surgen sectores sociales inclinados a una visión industrial, tendientes asimismo a subsumir al proletariado en un proceso de trabajo asalariado que, si bien fue intensivo, conllevó empleo y una elevación de los salarios reales al menos hasta el inicio de los años 60, (Cueva, 1991, caps. 4 y 5).

La CEPAL en este sentido, vino a reforzar un eje dinámico al plantear el "desarrollo hacia dentro" a través de la producción para el consumo interno que, en el periodo 1944-1955 favoreció diez años de cierto auge dentro del capitalismo latinoamericano, donde se va experimentando la implantación de un modelo que a pesar de agotarse rápidamente, comprometió a vastas fuerzas sociales en el camino que, cincuenta o sesenta años después, todavía se busca con denuedo puesto que el desarrollo industrial en América Latina está muy lejos de ser una realidad palpable. El Estado en América Latina se define en tres vertientes básicas como lo son:

- a) El Estado como rector de la economía;
- b) El Estado como árbitro entre los conflictos de las clases sociales y,
- c) El Estado como abanderado del fenómeno populista que implicó la dinámica global de las sociedades durante este primer periodo de la posguerra.

Tal como lo definen Furtado (1979, pp. 125-160) y Cueva (1991, caps. 6-10), el auge del periodo industrializador implicó no tanto la sustitución de importaciones sino el bloqueo de las mismas, con el fin de generar un mercado cautivo que posibilitara - sin lograrlo- el ascenso de un mercado interno lo más acabado posible, y diera a las industrias de la región la posibilidad de generar una esfera de consumo. El concepto de desarrollo que gira en torno a esta perspectiva, es una creciente exposición de supuestos logros demostrados en gran medida por la vía estadística, a pesar de la ausencia del avance económico real latinoamericano y permite a la CEPAL intervenir en forma sustancial generando una fórmula interpretativa novedosa y, ciertamente original, de esta problemática.

Tal como lo expresa Marini (1990, p.51), la CEPAL "... combina... las teorías del desarrollo que nacen de la economía neoclásica con una cierta información en la economía política clásica... la CEPAL trata de demostrar estadísticamente, y lo demuestra, que se dio en detrimento de los países de América Latina ...una transferencia de recursos que no pudieron aplicarse al desarrollo capitalista de la región."

La causa esencial que provocó una creciente influencia de la CEPAL en la región, se debe a la clara y rigurosa metodología con que realizaba sus análisis. Su postura no se definía necesariamente en función de las reformas sociales o políticas que la región demandaba; para la CEPAL bastaba contar los "... medios económicos, los recursos, la tecnología, los precios justos en el mercado internacional para que el desarrollo capitalista entre a transformar la estructura social y política latinoamericana y se creen sociedades similares a las sociedades de los países desarrollados...", Marini (1990, *ibid.*).

El momento histórico en que nace la CEPAL obedece asimismo, a una etapa donde el fenómeno de la Guerra Fría crece y se fomenta al calor de la política exterior de los Estados Unidos en la región latinoamericana. Organismos de carácter mundial y regional como la ONU, OEA, OTAN, el FMI y Banco Mundial fueron creados para contribuir a fundamentar la actividad capitalista en el mundo de la segunda posguerra (Tamames, 1991), a fin de levantar una barrera ante el avance de la influencia del llamado comunismo internacional representado por la Unión Soviética.

La CEPAL se consolida en una primera etapa alrededor de los ejes que se definían como las relaciones "centro-periferia", "el deterioro de los términos del intercambio", "el proteccionismo y la industrialización sustitutiva", "la planificación del desarrollo" y "el cambio de estructuras", (Bagú, 1989, pp. 25-39); es decir, planteó de alguna manera fundar una **cultura** en el sentido del ejercicio de una serie de economías planificadas y que, como eruditamente lo plantea Medina Echevarría (1971), pretende incorporar una visión holística de la realidad social, económica y política, acerca de la tarea en la consolidación de una serie de proyectos nacionales para los países de la región latinoamericana. La CEPAL planteó en un inicio la concepción y el pensamiento de la economía en general bajo el esquema "centro-periferia... Es el punto de partida y a la vez la visión del acontecer económico peculiar y distintiva de dicho pensamiento...", (Rodríguez, 1981, pp. 1-15).

Puede plantearse que en el pensamiento cepalino existía la convicción de que el desarrollo era consecuencia del crecimiento, y que al ser las de América Latina unas sociedades sumamente rezagadas en su estructura productiva, las hace vivir consecuencias o problemas inmersos en la ausencia de un progreso técnico, en la falta de productividad por una fuerza de trabajo superabundante que lleva salarios reales a la baja (Rodríguez, *ibid.*). Cuestión que se hace reserir en las exportaciones primarias en lo inmediato y, posteriormente, en la "diferenciación de la productividad del trabajo" y en el "deterioro de los términos del intercambio", elementos que muestran con claridad la diferencia de los "niveles de ingreso real medio" entre las economías periféricas y las centrales. La teoría de la CEPAL gira así, en torno a tres conceptos básicos:

- ◆ Un desempleo estructural que en las economías periféricas conduce a una heterogeneidad productiva

- Un desequilibrio externo que orilla a estas economías a una especialización productiva
- Un deterioro de los términos del intercambio que nos habla de una desigualdad estructural dentro del sistema centro-periferia. (Rodríguez, *Ibid*).

Cabe decir en este sentido, que la CEPAL se orienta a un intento de industrialización utilizando por decirlo así, un conjunto de elementos tendientes a delinear las peculiaridades de este proceso en la periferia. Hay la concepción por generar una industrialización en forma "espontánea", es decir, a partir de crear la industrialización "deliberada" en un marco de aparente neutralidad política.

Bajo la óptica cepalina, se tendrá una concepción donde el Estado se ubica y constituye como un cuerpo separado de la sociedad. Esta separación ayuda así a que el Estado pueda mirar a aquélla como un objeto de estudio, "... se concibe (al Estado) como una entidad externa al sistema socioeconómico, capaz de aprehenderlo en forma consciente, y de imprimirle una racionalidad que por sí solo no posee...". Incluso, esta visión se acompaña con la afirmación que estipula que es a partir del Estado donde se articulan y fortalecen las relaciones sociales capitalistas, al menos en los países subdesarrollados, (Rodríguez, *Ibid*).

Aunado a lo anterior, la CEPAL recurre como instrumento de análisis propositivo a las políticas de desarrollo articuladas a través de la estructuración de planes de desarrollo. Surgen organismos regionales que buscaron dar importancia institucional a la problemática del subdesarrollo. Institutos, colegios, universidades, etc., (Medina Echavarría, 1971), se integran en este orden de ideas y empieza a crearse en ciertos círculos intelectuales, una especie de literatura desde el problema de la viabilidad del desarrollo y su consecuente formulación de planes para el control económico que hacen de este tema, preocupación central de los gobiernos latinoamericanos.

Se articule con el problema del desarrollo y la modernización la atención sobre los cambios políticos, cuestión que obliga a retomarse como cuestión central del subdesarrollo latinoamericano, la actividad del Estado que, sin duda, influyó en lo que pudiera llamarse el "corto verano" de la industrialización latinoamericana.

De esta forma creo que para entender el problema del atraso económico, político y social, resultó necesario que producto del análisis riguroso de la realidad latinoamericana donde resaltó preponderantemente la importancia del Estado en el destino de las economías de la región, al instrumentar como práctica política —al menos formalmente— metodologías en torno a la planificación, Medina Echavarría (1971). Cabe aclarar, no obstante, que al interior de la CEPAL no existió una inclinación a imitar la planificación centralizada del socialismo real, sino que la intencionalidad cepalina quedó inscrita en una dinámica cuyo objetivo era alcanzar el máximo ritmo de crecimiento del producto por habitante, para hacerlo compatible con la estabilidad de la economía general Solari (1981, cap. XIII, en esp. pp. 585-624).

La búsqueda se orientaba por caminos donde lo que interesó era la programación a largo plazo, donde lo que importó fue el aumento en las tasas, esto es, una programación estrictamente económica, subordinada a la estabilidad política que resulta esencial para la CEPAL, donde lo social no aparece, ni como planeación de la sociedad en el sentido de Manheim (1934), ni como planeación de ciertos aspectos de lo social Solari (*Ibid.*).

Existe en la CEPAL una concepción que sólo enfoca la problemática de los países periféricos a las características de su estructura productiva, sin poder relacionarla a otros factores acaso igualmente importantes. El rezago en la estructura productiva de la periferia, el deterioro de los términos del intercambio, la concepción del sistema centro-periferia, la heterogeneidad estructural y el desempleo, la especialización productiva y el desequilibrio externo, aún entendidas como áreas temáticas de gran importancia, fundamentales, son retomadas para su análisis en forma unilateral, descontextualizadas en sí mismas y desintegradas de variables sociopolíticas.

La CEPAL pasó así de su pensamiento original que, en los años 50 veía en la industrialización la panacea a los problemas de la región, a una postura que en la década siguiente, actúa como un organismo que propone más bien políticas de empleo y distribución del ingreso, considerando paralelamente, la ampliación de los objetivos y los alcances de la política laboral y social, en lo referente al mejoramiento también de los servicios sociales del sector público, ya fueran éstos de educación, salud o vivienda Rodríguez (1981, pp. 270-298).

Este desligamiento de la CEPAL en relación al manejo de variables económicas separadas de los problemas sociales y políticos, la hace converger en un planteamiento acorde a una etapa donde la influencia de la teoría sociológica norteamericana se vuelve hegemónica en los círculos intelectuales ligados a los gobiernos latinoamericanos producto, como ya fue mencionado, del contexto generado por la Guerra Fría. En la visión de la CEPAL subsiste, a final de cuentas, una problemática que mira la salida al subdesarrollo latinoamericano como una instrumentación de planes y programas. Es, en tal sentido, una forma de mirar *tecnicista*, que todo lo que fundamenta lo hace en función de incrementos o decrementos en las inversiones productivas de tal o cual sector de la economía; o bien, en la instrumentación de variadas políticas sociales en materia de educación, salud, etc., que, en estricto orden, tuvieron poco impacto y repercusión en las sociedades de la región.

## **b) El mito de la industrialización**

En la región latinoamericana industrializar implica la concentración del capital industrial y financiero, teniendo como apoyo la acumulación, el conocimiento y la tecnología para modificar radicalmente la estructura productiva de los países; camino

que por tanto implica avanzar en el desarrollo del mercado interno y su necesaria infraestructura y tratar así, de dejar en el pasado la noción de economías fundadas en la producción agrícola y poco diversificada Furtado (*op.cit.*) y Gunder Frank, (1969) . El elemento esencial permite, en tal sentido, formular la siguiente interrogante, ¿cuál es la vía más adecuada para obtener el desarrollo general de todas las esferas productivas y en qué elementos radica el punto de apoyo para la obtención de un mejor desempeño de las actividades económicas?

El rezago de la estructura productiva en la llamada "periferia" generó como ya quedó expuesto, el tratamiento de la problemática latinoamericana como un paradigma en sí mismo, por lo que la CEPAL traducirá en sus postulados en el transcurso de los años 50 y 60, en una serie de planteamientos que se expresaban a través de una gama de postulados manifestados en los intentos por una industrialización vista como la única salida posible a los conflictos de la región, o bien, como llegó a plantearse durante esta última década cuando son propuestas políticas de empleo y distribución del ingreso, considerando paralelamente la ampliación de los objetivos de las políticas laboral y social, coincidiendo en buena medida, de las políticas de carácter internacional con un mercado interés hegemónico impulsadas desde los Estados Unidos como en ese momento lo fue la denominada "Alianza para el Progreso", Furtado (*op. cit.*, pp. 291 y sigs. )

Pero se debe plantear un problema concreto en relación a estas políticas de supuesta ayuda a los problemas de atraso y dependencia. En realidad, más que contribuir a una salida al atraso y subdesarrollo, han cimentado y ahondado las difíciles situaciones socioeconómicas en América Latina; es decir, en la práctica, las diversas políticas de apoyo auspiciadas por organismos internacionales, no se han reflejado en los sectores marginados y postergados por el modelo de desarrollo instrumentado en la región González Casanova (1992).

La creación de la Organización de Estados Americanos (OEA) con lo postulados integracionistas que más formal que realmente acarrea, fueron y han sido muy poco visibles en las áreas soterradas de América Latina. Incluso, a pesar de su distancia en el tiempo, el argumento sostenido por Ernesto Guevara en el *Consejo Interamericano Económico y Social de Punta del Este* llevado a cabo en Uruguay, en agosto de 1961, apuntó algo que pareciera tener vigencia cuando afirma que los financiamientos para el desarrollo de la región latinoamericana sirven para crear los servicios, pero no para la construcción de los instrumentos para generar esos servicios Che Guevara (1970, pp. 41-85).

No se dan dólares para equipos para maquinarias, para convertir el subdesarrollo latinoamericano en una región industrializada, aunque fuese agrícola. Es decir, se provoca un endeudamiento más que una competencia comercial entre países *equivalentes e independientes*, puesto que se admite, sin posibilidad de refutarlo objetivamente, que la división internacional del trabajo —y eso fue en 1961 como lo es en 1997— se recrea en un marco de países desiguales, que confluyen en

este nivel tácita y abiertamente diferenciados y en tal forma bajo estas condiciones, sin posibilidad alguna de llegar a ser homogéneos *Che Guevara (ibid.)*.

El arribo a la década de los años 60 trajo y, como se decía, bajo el escenario de un aparente marco integracional, una supeditación reforzada en su sujeción a la política exterior estadounidense que estaba metida en la empresa de su lucha contra el "comunismo internacional" y, en lo particular, contra el ejemplo cubano de su revolución triunfante y —al día de hoy— en pie. En lo elemental, el esquema de cooperación en el continente, muestra cómo los Estados Unidos promovieron —y aún lo hacen— la fortaleza del llamado "Sistema Interamericano" Connell-Smith (1985, caps. 6-9, pp. 227-390), y su articulación en torno a ciertos argumentos, no exentos de una ideología anticomunista plena, en favor de la paz y la seguridad, así como de la cooperación interamericana.

No parece excesivo reafirmar que el transcurso de la década de los años 60, aporta una gran influencia en la región latinoamericana del modo de vida americano (*american way of life*). Hay una influencia definitiva en los patrones culturales y es un periodo donde la democracia en el sentido que imponen los Estados Unidos, consolida en la estructura y superestructura latinoamericana una actividad generalizada desde los gobiernos de la región, en contra de los movimientos provenientes de la sociedad civil, siguiendo, incluso servilmente, la orientación estadounidense en contra de las guerrillas en Centro y Sudamérica.

Simultáneamente, el modelo de sustitución de importaciones que pretendía la industrialización de la región latinoamericana presentó en esta década una severa crisis, debido sobre todo a la ausencia de un sector social que se comprometiera en el impulso de un proyecto nacional en tal sentido. Este sector social ausente lo fue la *burguesía nacional*, Cueva (1991) y Galeano (1979); por lo que la industrialización de América Latina empezó a desplegarse a través de la generación de polos de desarrollo, esto es, regiones que en el mejor de los casos intentaron absorber y solventar —sin lograrlo— el peso del despliegue de un proyecto de nación.

Cabe decir que en la región la industrialización como un proceso generalizado y estructural no se constituyó, a pesar de los esfuerzos en un elemento predominantemente capitalista. Sucedió, como lo apuntan Marini (1978, Primera parte) y Cueva (1991, caps. 9 y 10), durante los años 60 y 70 un subdesarrollo creciente derivado del avance industrial de los países del primer mundo con lo que se reafirmó la dialéctica del proceso de conformación del capitalismo internacional, por encima de los esfuerzos muchas veces voluntaristas de sectores, gobiernos locales que, en buena medida se ven sujetos a obedecer una realidad histórica en la que el capitalismo se desplegó en lo interno de las sociedades primero para posteriormente expandirse, en la relación con las diversas naciones del orbe sobre la base de la colonización violenta y el imperialismo, marcando una tónica y dinámica en las relaciones políticas y económicas del mundo, G. Boils Morales y A. Murga Frassinetti, (1979, pp. 9-31), dando pauta a lo que Gunder Frank definió como el "desarrollo del subdesarrollo", (*op. cit.*, cap. V) y Osorio (1995, p. 38).

En esa década de los 70, la crisis del modelo industrializador se tornó evidente. El "desarrollismo", el estructural funcionalismo y las políticas de modernización llegaron a una etapa de crisis aguda que, en términos políticos y sociales, vio formalizar la transición a un modelo de desarrollo diferente, al reafirmarse los viejos patrones estructurales de dependencia y atraso, y donde se requirió de poder afinar novedosos nodos teóricos en torno a una realidad latinoamericana indefectiblemente sujeta más fuerte que nunca a la órbita neocolonial de los Estados Unidos, en las puertas además, de un encuentro con formas de gobierno militarizadas o, como fue definido por varios pensadores en la región, bajo el *fascismo* Cueva (1979, p. 72).

Este reacomodo en la forma de acumulación del capital requirió de un patrón político altamente autoritario y represor. La CEPAL en este orden de cosas, cae en la distorsión de la realidad y el análisis de la perspectiva general, "... al proyectar sus ilusiones ideológicas, e imaginar que el desarrollo del capitalismo podía dar como resultado una mejor distribución de la propiedad, del ingreso y del poder...", Cueva (1979, *Ibid.*).

La importación del modelo de desarrollo con el pretendido y supuesto arribo a un espacio hasta entonces sólo detentado por los países industrializados, con una raíz eminentemente imitativa, tuvo la única consecuencia resultante y posible, el fracaso generalizado de la noción que aspiraba a que, con el ahondamiento del capitalismo —por demás desligado de los intereses del grueso de las clases sociales— y lejano del beneficio de la gran mayoría de la población de América Latina, se alcanzaría el sitio largamente anhelado por las conciencias criollas y medias de la región.

En síntesis, de los años 60 surgen los elementos que contribuyen en forma definitiva a una crisis que puede entenderse como estructural, esto es, que afecta la economía de las sociedades y sus formas de conciencia también González Casanova coord. (1982.). En gran medida, la crisis deviene del proyecto de industrialización adoptado década y media antes; una industrialización que se da básicamente a partir de la fabricación de productos livianos, en la *industria ligera* Cueva (1991, cap. 10), por lo que la dificultad en el proceso de acumulación científica y tecnológica fue incrementándose, acreciendo asimismo, la brecha de los países dependientes con países industrializados.

En el rubro científico tecnológico precisamente, los conocimientos de punta son de origen exógeno a la región latinoamericana y, por tanto, en los años 70 y 80 la dependencia se acrecienta, manteniendo el dominio de los países industrializados sobre los que carecen de ese estatus. Incluso, se puede decir que en la industria se genera una doble dependencia que se expresa en las siguientes circunstancias:

- ◆ No existe un sector de punta pues como actividad sustancial, en la región no se producen bienes de capital. Como resultado de esto, no se logra la independencia pues las industrias se ven obligadas a importar tecnologías, es decir, en los productos y en los insumos. Lo anterior implica también una

dependencia política ya que la importación del conocimiento científico y tecnológico (*know how*), se somete a las políticas imperialistas.

- La otra forma de dependencia consiste en el establecimiento de una industria creada para el mercado interno, sin que se pueda acceder al mercado exterior y, como secuela estructural, esto es, subsiste a *grosso modo* una forma productiva existente desde el siglo pasado e, incluso, desde la Colonia. Así, como resultado de lo mismo, una debilidad muy fuerte de la industria latinoamericana se configuró al verse materialmente impedida de competir con las industrias extranjeras, cobijándose así a severas y obligadas normas de un más aparente que auténtico proteccionismo de origen estatal Cueva (1991, *ibidem*).

En los años sesenta así, se busca impedir las importaciones más que sustituirlas, protección que, gracias al Estado, le dio a la clase burguesa una serie de ganancias extraordinarias, al tener ésta un mercado cautivo y sin la forzosa necesidad de invertir e innovar tecnología y conocimiento científico que, eventualmente, al medirse con empresas extranjeras, la hubiera hecho acaso más competitiva.

Por esa razón, las políticas de tal índole implementadas por el Estado le otorgaron a éste una importancia cualitativa de gran relieve. Es el Estado quien subsidia así los rubros de mayor relevancia y de inversión más costosa y, cabe resaltar y aclarar en este momento, lo hace con *pleno reconocimiento y aprobación de las burguesías criollas*.

Si bien este proceso funcionó en un primer momento, también se provocó el crecimiento del Estado y con ello de la burocracia. Ésto ocasiona —aunque sólo era ya cuestión de tiempo— y facilita la transnacionalización de las economías latinoamericanas, al asociarse el capital nacional al extranjero\*. Esta cuestión fue parte de la influencia en la esfera de consumo de las clases sociales, al entrar en una renovada fase donde el mercado deja paulatinamente de ser popular y ser así más estratificado Cueva (1991).

Es conveniente resaltar asimismo, que un modelo de industrialización fundamentado en la producción científica y tecnológica, monopolizada por las potencias económicas conduce a las naciones que no lo producen a un laberinto sin salida, ya que el poder económico que se produce con el poder científico, trajo aparejadas y aún lo hace, nuevas formas de dependencia como se decía, en una permanente forma de dominación imperialista tan o más vigente hoy que antes.

Esta etapa o entrada en la producción transnacionalizada diluye la capacidad de decisión nacional sobre su producción económica. Se impusieron así, las

---

\* En este sentido se tienen como ejemplos típicos, lo ocurrido con la industria automotriz, la de línea blanca, eléctrica, etc.

decisiones exógenas y lo hacen asimismo, los intereses internacionales sobre los de carácter nacional.

En la medida que los intereses transnacionales van hegemonizando los intereses nacionales, el Estado del país dominado facilita la inversión y la extracción de una gran cantidad de excedente. Lo anterior así, patrocina una renovada fórmula de penetración imperialista y hará que al entrar a los años setenta, la relación Estado-sociedad en América Latina adquiera una de sus fases más oscuras y represivas.

Esa modificación del mercado y de los patrones de consumo provocó la creciente marginación y sometimiento de vastos sectores de la población, ya que se les conduce irremediablemente y con pleno consentimiento del Estado, a una miseria igualmente creciente Cueva (1977, caps. III y IV). Esta agudización en la lucha de clases, provocó la movilización de grandes sectores populares en demanda de mayores espacios democráticos, inmersos plenamente en la concepción socialista.

Aunado a lo anterior, persiste la desarticulación entre el sector agrícola con el industrial, producto de una propiedad latifundista jamás tocada por las políticas modernizadoras del mito industrializador y, por tanto, de un mercado interno jamás consolidado, lo que sociológicamente plantea además, una falta o ausencia de maduración de las clases sociales en el grueso de las sociedades latinoamericanas.

Como lo plantea Cueva, se llega al agotamiento del modelo de desarrollo industrializador, el "desarrollismo" técnicamente puro y sin influencia ideológica aparente cae para abrir, no sin una dolorosa paradoja, en los países más adelantados de la región, los regímenes militares que intentan —y de hecho lo logran— desmontar la avanzada democrática, dando inicio a un renovado proceso de acumulación capitalista que, con posterioridad, abrió camino a las políticas neoliberales, agregaríamos por nuestra parte Cueva (1977).

En sociedades de una democracia aparentemente avanzada, como lo eran Chile, Brasil, Argentina, Uruguay, por ejemplo, se desatan las mayores etapas de represión en contra de los sectores que se intulían como socialistas, comunistas, etc. Se abrieron renovadas etapas de acumulación capitalista que requirieron de fórmulas de ejercicio político eminentemente autoritario

Para finalizar y reiterando lo ya expuesto, el fenómeno de la industrialización, el ánimo empresarial y el espíritu capitalista modernizador se estrelló, en el tránsito de la década de los sesenta a los setenta, con una realidad poco maleable y, desde el punto de vista social, obligada a la postergación y, de igual forma, a un proceso imperialista que, como lo plantea Baran (1980, 2ª parte) conforma una serie de países subdesarrollados que, a pesar de haber intentado con mayor o menor intensidad su industrialización, no pueden asaltar el estatus del primer mundo. Antes bien, caen en la pendiente del estado autoritario que abrió y lo sigue haciendo, la puerta al poder militar que sólo ha inundado de sangre y muerte a la región entera.

Tal como lo afirma (Marini, 1990, p. 52), "... el desarrollo capitalista en América Latina es necesariamente un factor que profundiza y agrava las condiciones de dependencia ... hay que enfrentar la cuestión de la dependencia, ... la relación subordinada que mantiene el capitalismo periférico, el capitalismo latinoamericano, con el capitalismo central para que realmente sea posible entrar a desarrollar las fuerzas productivas, enfrentar el problema del crecimiento económico e incorporar a las causas realmente a los beneficios de esa expansión económica..."

### **c) El esquema impuesto de la industrialización "forzada"**

Hablar y exponer las razones en favor de la industrialización de América Latina, implica remover causas de viejo cuño que, cuando se tocan, hacen doler injusticias, desigualdades, postergaciones y, sobre todo, elementos que forman parte de un problema no resuelto en parte alguna de este mundo: la democracia como forma de vida, donde el interés y la visión de los sectores mayoritarios de la población, signifiquen la impronta real de la acción de los gobiernos.

En este sentido, la democracia como forma estructural de nuestro modo de vida, ha estado ausente y es desconocida vivencial y conceptualmente por la gran mayoría de la población. América Latina y el Tercer Mundo en general, desconocen formas de gobierno democráticas, y no porque sus sociedades así lo hayan decidido, sino porque fórmulas de dominio exógeno han limitado secularmente las posibilidades de despliegue de sus potencialidades, tanto sociales y políticas, como económicas\*

El paraíso que paradigmáticamente se nos ofrece a través de un mundo industrializado como única alternativa posible, ha permeado la visión del grueso de las clases sociales. Ese esquema es, sin duda, un horizonte que está grabado en el amplio espectro de la cultura de los países subdesarrollados; gravita ideológica y conceptualmente en muchos individuos en sociedades que, como las nuestras, han vivido un sometimiento a formas colonialistas que han impuesto su visión en nuestras conciencias y en nuestros corazones. (Cfr., Dieterich comp., 1992).

Esta visualización desde la metrópoli, enajenada de sí misma podríamos decir, pretende el rápido tránsito a un mundo en apariencia superior, altamente tecnificado, y regido por un espíritu competitivo que conlleva al progreso ilimitado regido a su vez, por la ley de la productividad potenciada, que pretende y parece ser, va a extenderse al infinito.

---

\* Cabe hacer mención de autores tan fundamentales para entender la problemática del imperialismo y sus secuelas culturales, económicas, políticas y sociales. En América Latina obras como las de Ricardo Flores Magón, Augusto Sandino, José Martí, Ernesto Guevara expresan, meridianamente, el problema estructural que impide y continúa impidiendo, nuestro desarrollo económico y social.

Resulta de aquí la forma impuesta en gran medida de un modo de vida "productivista", sujeto a su vez por una cultura que pregona sus valores en el tener más que en el ser. Una sociedad de consumo donde la uniformidad arrolla cualquier sentido, individual o colectivo, que contrarreste la idea progresiva y lineal que hace del ser humano de fines del siglo XX, un consumidor más que un ciudadano, alguien que ha sustituido el vivir y el hacer por el tener y el consumir Fromm (1978).

En los años setenta pudo hacerse sentir una crisis productiva que, en términos estrictos, se manejó a partir de varios elementos esenciales como los siguientes: la reestructuración del mercado financiero mundial; el factor de los energéticos, el acrecentamiento de la brecha tecnológica entre los países industrializados y los que no lo eran, lo que redundó, por decirlo así, en una crisis en tres ámbitos: el energético, el industrial y el financiero Tamames (1991, pp. 397-403).

En su conjunto, la economía mundial recibe el impacto de una polarización creciente. Del ahondamiento de la diferencias entre el Norte y el Sur como se denominó en el lenguaje de la época, así como el ascenso de la problemática que para el Tercer Mundo implicó la caída definitiva de los precios de las materias primas, de la explosión demográfica, de la sujeción a una estructura económica que, basada en el imperialismo, fundamentó la destrucción del proyecto de sociedad que con referencia al socialismo, se pensaba viable en ese momento de la historia.

Empieza, por decirlo en forma más explícita, una creciente caída del capitalismo en ese Tercer Mundo y, en especial, en América Latina. La ascendente inflación y el estancamiento económico profundizan la marginalidad, la miseria y los fenómenos colaterales que influirán en la construcción del terrible problema del empleo encubierto, de la economía informal y de un sector de la población urbana que orientada al sector del comercio de artículos provenientes del contrabando, pretende subsistir.

Para muchos autores y estudiosos de lo social y económico en América Latina, el desencadenamiento de esa economía informal, encubierta o clandestina, significó la salida para grupos enteros de desocupados que, sin mayor esperanza ante la vida, hallaron una salida y "reactivaron" el mercado local dinamizando una situación que, obvio es decirlo, ni los gobiernos, ni las clases empresariales locales habían podido solucionar.

Sin embargo, al analizar el proceso capitalista latinoamericano en los años setenta la región se vio enfrentada a una serie de contradicciones crecientes. Las leyes del capital expresadas en niveles de desarrollo desigual como plantea Cueva (1991, cap. 12), en tiempo y espacio, se manifestó en la periódicas crisis, contrastes entre el campo y la ciudad, entre países adelantados y atrasados, así como una desigualdad ominosa en la distribución de la riqueza y el bienestar social.

La evidencia del fracaso del modelo desarrollista impulsado por la CEPAL se tornó palpable. El fenómeno fascista brindó la pauta para ir minando los logros

provenientes de la política benefactora hasta ese momento sostenida como plataforma en la región; se puede afirmar que esta serie de regímenes autoritarios forjaron las condiciones que empobrecieron económicamente las sociedades latinoamericanas.

Producto de un claro deterioro de los términos del intercambio, se plantearon dos problemas que la estructura económica de los países latinoamericanos no pudo, y aún no lo hace, resolver:

- ◆ Primero, una crisis productiva que, fundamentada como estuvo en la producción petrolera, hizo que los países subdesarrollados y no productores involucrarán hacia estadios anteriores a 1970. Esto sucede fundamentalmente al final de la década, cuando en los mercados del mundo se libra una batalla brutal por los precios del crudo y la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) adquiere, por única y última vez, el control de un mercado mundial muy a pesar de los países industrializados, quienes en ese periodo se vieron obligados a comprar el energético al precio que les era vendido.

- ◆ Segundo, un proceso de industrialización totalmente incompleto, es decir, lejano a la constitución de un mercado interno donde la producción y el consumo estuvieran acompañadas de la creación de una amplia red de elementos complementarios. La infraestructura que complementa el proceso de desarrollo capitalista —al menos como fue realizado en el primer mundo— en el mundo subdesarrollado significó una quimera, algo fugaz y pasajero, que no desembocó en un cambio cualitativo en la estructura social, económica y política y, mucho menos fue, como lo pretendieron algunos movimientos nacionalistas y populistas, el ascenso a una correlación de fuerzas diferente con ese mundo industrializado.

Un producto de la honda contradicción del capitalismo del subdesarrollo lo fue la Revolución cubana. América Latina tendrá en la década que nos ocupa una serie de procesos de ascenso popular inmerso plenamente en la ideología socialista. La teoría del "foquismo", (Cfr., Löwy, 1988, pp. 241-430; Cueva, 1990 pp. 165-186; Mires, 1988, pp. 279-375 y González Casanova, coord, 1982, 2 vols.), corriente que en su base tenía una fuerte orientación por el ejemplo cubano, y se concebían como movimientos de liberación nacional, y en menor medida "maoísta", o bien "trotskista", serán en buena medida el fundamento del auge guerrillero ya urbano, ya rural, que conmovió a más de una sociedad latinoamericana y tenía como ingredientes poderosos y recientes, la caída del "Ché" Guevara en Bolivia y la guerra que Vietnam libró y ganó a la mayor potencia económica y militar del mundo.

Esta crisis en el modelo desarrollista revistió una singular importancia para la historia contemporánea del subcontinente latinoamericano. Como bien se sabe y es un hecho comúnmente reconocido, el poder, sus transformaciones, querellas, ejercicio, etc., no ha sido asumido como un proceso constante y democrático, ya que

la sociedad civil no decide su propio destino. Como bien plantea Cueva, (1991, pp. 219-223), en la mayoría de los países latinoamericanos, "...las variaciones experimentadas por la distribución del poder en las sociedades no se han acompañado de un incremento significativo de la participación popular en la toma de decisiones...".

Para precisar así un concepto clave en el ejercicio supuestamente "democrático" del poder en América Latina, conviene recalcar primero, que se ha internalizado en la conciencia colectiva un concepto de *democracia burguesa* que atiende a una visión más bien justificadora que crítica de la realidad social. Pareciera, a raíz de la derrota de gran parte de la izquierda revolucionaria latinoamericana, una impresión que cree, con más apariencia que certeza, que el capitalismo se ha "humanizado" o, al menos, se pretende generar una tendencia a ello, Osorio (1995, cap. 4).

Sin embargo, hay un pero cuando las contradicciones no se resuelven de raíz, radicalmente; empero, si creemos que la democracia que hemos vivido descansa en el consenso se incurre en un error, y grave. Hoy, igual que hace veinte años o antes incluso, el mundo capitalista se yergue como el garante de la 'seguridad nacional', de la amenaza 'externa' y de una aparente defensa de los progresos alcanzados en la actualidad Cueva (1977, pp. 154-163).

En el subcontinente latinoamericano es sabido que esta década de los setenta se distinguió, a raíz de la caída de Allende en Chile, por el despliegue del llamado por muchos "fascismo" como forma de gobierno que, de índole militar, ahogó en sangre todos los movimientos democráticos de la región.

Es en este momento en que las fuerzas castreras emergen como única alternativa para sostener el orden capitalista. Son ellas, asimismo, el instrumento encargado de desbrozar el terreno para las políticas de nuevo cuño que serán impuestas en la década siguiente. Con la presencia del ejército, se inicia un proceso que sociológica y políticamente concentra un poderoso núcleo que sigue centrando la base de toda ley capitalista no sólo dentro del mundo subdesarrollado, sino del industrializado, y es, el uso de la fuerza física o psicológica para revertir cualquier alternativa que surja antepuesta a la dinámica capitalista Lechner *et al* (1986, pp. 199-235).

La barbarie militar, por lo demás no originaria de la región, sino importada en su base tecnológica y aplicación racional del "civilizado" Primer Mundo, crea una clase militar o mejor dicho instituciones militares íntimamente relacionadas en lo ideológico a la clase dominante. A medida que esto sucede, las estructuras de mando los desliga del pueblo y los entrelaza a la mentalidad de las capas medias y de la pequeña burguesía Cueva (1991, p. 112).

La desmovilización de los procesos progresistas y socialistas de toda índole implicó una ruptura del orden burgués para preparar, coactivamente, el terreno que

facilitaría la destrucción del modelo desarrollista que se apoyó para desplegarse en el Estado. Es evidente, asimismo, que esta desestatización de las economías latinoamericanas contribuyó, en gran medida, a la desnacionalización de las economías, puesto que, "...la mayor parte de las empresas privatizadas terminan por caer en manos del capital monopólico transnacional que de este modo asume un control creciente en todos los sectores claves de la economía latinoamericana, Cueva (1991, *Ibidem*).

El grado de radicalización pasó así de un plano teórico a uno práctico en el proceso político general de la región. Uruguay, por ejemplo, al vivir en una economía estancada de origen a una respuesta muy radical de la clase media urbana, hasta lograr una guerrilla relativamente fuerte. En Argentina da inicio la "Guerra Sucia" que costaría al país 30,000 muertos y desaparecidos, (Seiser).

Cabe hacer mención acerca de cómo la guerrilla coincide con fuertes sectores obreros pero, justo es decirlo, no confluyen en la acción armada. Incluso, en Bolivia se crea la *Asamblea Popular*, donde el general Juan José Torres adquiere singular importancia. En lo general, es notorio que el panorama latinoamericano presenta una crisis fundamentada en la excesiva desigualdad en la estructura de sus economías; Perú y Ecuador, países extremadamente atrasados y con agudos problemas agrarios, comienzan a generar movilizaciones campesinas que, de igual forma, dan pie, al menos en el caso peruano, a uno de los movimientos guerrilleros más publicitados, Cueva (1991).

En Honduras, Guatemala, El Salvador, Nicaragua y Panamá, se vive la crisis del modelo agroexportador pues, sin una reforma agraria, estaban tan supeditados como ahora a las vicisitudes de las decisiones en los centros económicos. América Latina entra así en su conjunto a una etapa recesiva producto —como ya se mencionó— de la crisis de los precios petroleros, así como de un cambio en la correlación de fuerzas del imperialismo González Casanova comp. (1982).

El poder creciente que entre 1961 y 1975 había adquirido la URSS, al forjar un equilibrio de fuerzas en el mundo, así como la ya mencionada pérdida de hegemonía en Vietnam, Laos, Camboya (hoy Kampuchea) y en el continente africano con la relativa pérdida de Argelia, de Angola, Mozambique y Etiopía, marcó un periodo que en los años 1974 y 1975, significó la pauta de un cambio del capital a nivel de todas las esferas de acción.

Este cambio, que se verá reforzado en el periodo de 1975 a 1979, revierte en gran medida las políticas capitalistas en el mundo. En América Latina se perfila lo que en términos académicos será denominado la "teoría de la dependencia", proveniente de las concepciones en parte cepalinas, pero con un dominio más inclinado dentro del marco teórico conceptual marxista. Esta discusión entre una gran cantidad de intelectuales de la región, si bien retomó elementos claves de análisis, su influencia, en términos objetivos, no trascendió la academia.

De la totalidad de los autores que plantearon este tema, sólo destaca Ruy Mauro Marini formulando como eje de análisis la dependencia como problema estructural del atraso, a partir de la superexplotación de la fuerza de trabajo del Tercer Mundo, cuestión fundamental pero arraigada a un permanente problema en América Latina cuando de ciencias sociales se habla: la nula politización de las posturas académicas, es decir, el excesivo tecnicismo que lleva a Marini a un entramado teorizador importante pero, en términos sociales, de escasa repercusión en ese momento.

En el plano teórico, la teoría de la dependencia se limita al abordar sólo un aspecto de la realidad dentro de la división internacional del trabajo a saber, la superexplotación del trabajo, (Marini, 1979, p. 49). Elimina, empero, lo que Cueva manejó como la necesaria percepción globalizadora para la dependencia, ubicada dentro de la teoría del imperialismo cuestión, pienso más determinante en las relaciones de los países industrializados con los de índole atrasada. Se trata, sin ánimo de sectarismos o discusiones 'bizantinas', de retomar lo fundamental por sí mismo y no, como en el moderno enfoque sociológico —demasiado inmerso en el análisis de casos— de naufragar en particularismos que, por fijarnos sólo en el árbol, hacen que perdamos de vista el bosque.

Creo que es más prudente plantear que las condiciones de nuestras sociedades contienen una debilidad estructural que les imprimió el papel que juegan dentro de dicha estructura, que pensar, como lo hicieron los "dependentistas", que la inserción en el mercado haya redundado en su debilitamiento o, de igual manera, que el carácter dependiente permite que nuestras sociedades se vinculen en ese mercado mundial.

La dependencia en efecto no es inexistente; se da como "una de las dimensiones más expresivas de nuestra realidad", pero siempre ligada a las nociones desarrollistas y desprendida de las categorías "centro-periferia", "metrópoli-satélite" o "capitalismo clásico-capitalismo dependiente". La dependencia o la *teoría de la dependencia* fue y sigue siendo, por sí misma, insuficiente para entender y explicar globalmente las relaciones entre las naciones hoy día, (Cueva, 1977, pp. 38-39).

Como respuesta, la mentalidad, la cultura e ideología de Occidente se transforma dando origen a un viraje conservador a la derecha. En congruencia con lo anterior, surge un neoconservadurismo político, económicamente fundamentado en el liberalismo "fridmaniano". En Europa la izquierda retrocede, abriendo paso a la ola de reindustrialización, recomposición productiva y reorganización laboral denominada "reconversión industrial" y América Latina vive nuevamente un periodo donde el capital nacional tiende a desaparecer para, por tanto, incorporarse al modelo neoliberal impulsado desde el exterior, asumiendo con ello, la peor crisis vivida en la región en los años recientes hasta la actualidad incluso, (Saxe-Fernández, 1988, pp. 65-80).

Cabe decir en este momento que el capitalismo en América Latina obedece —y siempre ha sido así— a un esquema impuesto. Vale decir también, que en esta medida las dictaduras militares (la "fascistización" del continente al decir de Cueva) son la clave despolitizadora que impidió el desarrollo de un futuro socialista que en la región se presentaría y que, en forma significativa y acaso definitiva, sembró la semilla de un proceso de derechización que ha fragmentado no sólo las organizaciones políticas, sindicales y populares de izquierda, sino la conciencia colectiva de los intelectuales que alguna vez se consideraron de "izquierda".

El ascenso de la "nueva derecha", del reforzamiento de la ideología de Occidente fundada en la política imperialista de Estados Unidos e Inglaterra, asume dentro de la imagen colectiva del mundo, el arribo a una etapa de ofensiva del capital hacia el trabajo. Este fenómeno que acabó con el derrumbe del "socialismo real", permite que los procesos sociales, políticos y económicos aparezcan dentro de un ficticio marco de neutralidad ideológica y sin contradicciones o polarizaciones aparentes entre las clases sociales.

Las "buenas conciencias" del mundo asumen, pudiera decirse que "por decreto" y sin conciencia crítica alguna, que la lucha de clases no existe, y que la búsqueda no es ya por el socialismo sino por la democracia y que si el mundo bipolar tocó a su fin, lo hizo para abrir paso a una era de apertura de mercados, de globalización y modernización. Incluso, puede pensarse que en el decurso de la historia de los últimos quince años, plantea tres vertientes básicas que atañen directamente a los países latinoamericanos:

1. Una vieja derecha "hispanista" o europeizada muy conservadora.
2. Un conservadurismo "fundamentalista" de índole religiosa que, obvio es decirlo, no forma parte exclusiva del mundo subdesarrollado.
3. La denominada "nueva derecha" (autodenominada democrática), con una visión neoliberal producto de regímenes autoritarios, inmersos en una democracia política sumamente conservadora que, sin duda, han ido creciendo apoyados hoy, más que nunca, en una política imperialista que, basada indiscriminadamente en la apertura obligada de los mercados, refuerza las distancias entre los países industrializados y los que, pese a las "políticas de ajuste", no lo logran aún y dan la viva impresión de no lograrlo, (Cueva, 1988 [b], pp. 13-14).

De esta forma, el mundo se convierte en el espacio de las más aparentes que verdaderas libertades humanas. Es el lugar en el cual el esquema totalitario que ahogaba la "libre empresa" sustituye a la mecanización de la producción; la experiencia se transforma en nada y la memoria se traduce en comodidad. La historia deviene en complacencia y aceptación de un mundo homogéneo, en algo plenamente refutable, sin contradicciones y sin otra ley que la del mercado; lo que fuimos ya no importa y lo que somos se traduce en una carrera hacia el futuro que siempre resulta inalcanzable, en una espiral donde la imagen que resulta, es una inabarcable red de esferas totalmente manipulables y programables, (Chomsky, *et al*, 1996, Primera parte).

Como hace cinco siglos, o hace dos, o uno, el sueño del desarrollo se toma en un paraíso al que los "injustos" del Tercer Mundo no merecen llegar. Triste ironía de un mundo contradictorio donde el pasado, esto es, la historia, es el único lugar donde podemos reconocernos, esa historia que, finalmente, nos ata a los grilletes del subdesarrollo.

#### **d) El fin de la historia ante el nuevo siglo y la repetición de los siglos**

Algunas teorías sociales plantean la inexistencia de la historia. La corriente francesa que parte de los sesenta con su inevitable carga ideológica proveniente del existencialismo y del nihilismo, plantean la modernidad y la posmodernidad como un hecho y desligan un proceso mundial, para someter a su perspectiva eurocentrista, lo que acontece en el resto del orbe.

La crisis de la socialdemocracia que no puede desligarse del fracaso rotundo de las organizaciones obreras o proletarias del mundo, marca el final, en la década de los ochenta, de un proyecto de sociedad sin clases, socialista y donde el equilibrio social marcaría el ritmo de la producción económica y la conducción política de las sociedades del mundo, Cueva en Dieterich (1990, pp. 205-218) y Saxe (1988).

Nada más falso; la socialdemocracia, la democracia cristiana, los movimientos nacional-chovinistas y las prácticas fundamentalistas de orden religioso, impulsieron su concepción y despliegue de un proceso de reorganización productiva del capital en todo el mundo.

En el tránsito del llamado "eurocomunismo" a la reordenación capitalista impulsada por Ronald Reagan y Margaret Thatcher en Occidente, hemos visto desplegarse en el mundo industrializado un conjunto de valores que apoyan la diferenciación más que la igualdad del ser humano, esto es, el creciente contraste que hace de los habitantes de este planeta unos seres humanos de primera, segunda o cuantas clases quieran mencionarse.

Con el capitalismo se acrecientan las iniquidades y con ello la concepción fragmentaria de un mundo cada vez más polarizado y envuelto en una vorágine sin remedio aparente.

La década de los ochenta trajo así dos hechos fundamentales: primero, la revitalización de la derecha y del capitalismo en el mundo y; segundo, la caída del "sistema" socialista o del conjunto de países denominados del "socialismo real" y, de este modo, la aparente disipación del posible mundo alternativo a una sociedad de consumo, cada vez más empeñada en cosificar todo lo que de ella surja.

Sociológicamente, este remecimiento del mundo origina en muchos estudiosos el motivo para reinterpretar la realidad. Se fortalecen —y no por curiosa casualidad del destino— las interpretaciones "metropolitanas" de los problemas sociales, políticos y económicos. Si se quiere ser más precisos, ante el surgimiento y definitivo fortalecimiento de las ideologías neofascistas, euro y etnocentristas, como lo son el modernismo y el posmodernismo, entramos a lo que muchos autores llamaron la "crisis de los paradigmas", (Cfr., *Sociológica* 7 y 8, 1988 y, Cueva, 1988 [b]. *ibidem*).

La propuesta sigue siendo así, la concepción de la división internacional del trabajo sujeta a unas reglas donde la categoría *imperialismo* sigue siendo fundamental, es decir, el ámbito donde la lucha de clases se corporeiza o encarna en la superexplotación del trabajo, pero que, en general, se está hablando de un proceso total, donde un conjunto de instituciones formales y no formales, se crean y recrean en la continuidad de un modo de vida mundial, que genera en todos las esferas de relación social una dinámica basada en el patrón de dominación y de lucha de clases latente o explícito.

Bajo la premisa del *cambio que se genera para no cambiar*, se crea un montaje donde no sólo el Estado, sino todas las formas de organización social —sobre todo las de índole privada en sus diversas fórmulas empresariales—, se incorporan con evidentes rasgos de dominación propios del capitalismo y, en algunos países, como lo son los no industrializados, llevan las situaciones sociales a un plano de contradicciones insolubles por la vía conciliadora o dialoguista.

Parece que las grandes *Teorías Sociales* no hicieron más que encerrar a los pensadores en una serie de disyuntivas, esquemas mediatizados, sumas teleológicas, totalitarismos mesiánicos o universos cerrados que, aparentemente, conducían a destinos teóricamente predeterminados y no, como por ejemplo reclamaba el posmodernismo, de abrir a una reinterpretación —por cierto bastante eclectizante— lo surgido hasta ahora en las sociedades industriales de la actualidad.

Parece asimismo, que lo importante es rebatir la teoría, quehacer bastante mezquino de la capa —a menudo espesa— intelectual, de la transformación social. Ya no se trata de esperar y discutir de la revolución encabezada por un proletariado acorazado con una conciencia lúcida e inmersa, en definitiva, en la hecatombe capitalista que se avizoraba hace veinte o treinta años. Sin embargo, no se rebate la realidad pues esa duele, pues no cambia y, si lo hace, es para empeorar una serie de circunstancias que, sin duda, son provocadas por el capitalismo que las crea y reproduce.

Por citar algo que creo es de plena vigencia con el estereotipo que implica el encerrarse en discusiones teóricas —o teoréticas para estar a tono— en un texto de apología modernista, Foster, (1990, pp. 1-17), al criticar el modernismo —que en el fondo enfoca sus batallas al marxismo— por sus propuestas 'emancipadoras' y 'utópicas', llega a afirmar que la vigencia posmoderna tiene por objeto la "deconstrucción crítica de la tradición... una crítica de los orígenes, no un retorno a

éstos... trata de cuestionar más que explorar códigos culturales, explorarlos más que ocultar afiliaciones sociales y políticas".

Al esquema o al concepto de la vida como lucha, —que por cierto eso implica para tres cuartas partes del mundo— como fuente de contradicciones y evidente territorio de injusticias cotidianamente suministradas por la libertad del mercado, Occidente y su moral más acendradamente burguesa que nunca, nos es propuesta en la actualidad la visión posmoderna, como el complejo entramado sociopolítico y económico que nos remite a una parcialización, eclectizada por el infinito universo de interpretaciones de la realidad. De esta manera, *no hay una realidad* en la que están insertos los individuos, sino *una realidad* por cada individuo. La pluralidad sucede al esquema totalizante, pero que va al extremo de ofrecer una multiplicidad interpretativa que se renombra *ad infinitum*. Y al existir millones de perspectivas, de realidades, de visiones resulta, con una lógica en apariencia contundente, imponerse la certeza de que la lucha por algo común es imposible, de que la solidaridad de clase en el mejor sentido, se diluye ante una multiplicidad creciente, inabarcable (Weber) y, por tanto, no plenamente cognoscible y bajo leyes.

Pero, y tenemos de nuevo un pero más, mientras esta pulverización y fragmentación rompe con cualquier esquema de organización política auténticamente solidaria, la masa informe de las sociedades actuales es orillada a una homogeneización ideológica, a una igualdad que tiene mucho que ver con una noción de orden uniformizador que pretende la programación de las sociedades para reducirlas, sin más, al consumo y a la competencia más descarnada que pueda haber, Agustín Cueva *et al* (1988 [a], pp. 19-37).

No se persigue la libertad, la fraternidad o la emancipación del mundo de la superexplotación; se "entrena" a los individuos para producir y consumir. No se desean individuos conscientes sino entes que acepten sin cuestionar un mundo que vive en la formalidad y de ella se alimenta, que aparece y se reproduce en la fenomenología sometiendo así los aspectos esenciales a un lujo superfluo. Asistimos al parecer a un éxito político e ideológico de la burguesía a nivel mundial.

No obstante, en lo económico el triunfalismo no tiene —por lo menos al día de hoy— razón de ser, pues quienes apuestan al capitalismo y por tanto al desmantelamiento del Estado de bienestar, así como de las fuerzas sindicales y populares, fielmente seguidas por las políticas de reajuste, no miran cuánto daño han provocado las privatizaciones o, mejor dicho, la ruta seguida para reconcentrar y reacumular el capital en todo el mundo, Cueva (1988 [a], *ibid.*)

Ante el nuevo milenio cabe preguntarse: ¿qué nos espera? Poco, respondemos si la lógica de los acontecimientos persigue el mismo derrotero hasta hoy llevado. Acaso el ascenso de cada vez más selectos grupos sociales al insensible mundo de la abundancia económica y del derroche enormemente "lumpenizado" —esto es sin conciencia— de una pequeña y gran burguesía. O tal vez la irrupción cada vez más violenta de sectores marginados y empobrecidos por una serie de políticas de ajuste

que sólo miran los intereses de las clases económicamente privilegiadas. O, como energía imprescindible que devenga de una crisis estructural cada día más evidente e inculcable, la creciente organización política por los sectores postergados de la modernización neoliberal. Esta última propuesta es, pienso, la única alternativa posible ante un mundo cada vez más pulverizado, atomizado en su actividad colectiva y, por ende, desarticulado de casi todas las formas de identidad común, que, justo es decirlo, era —y lo sigue siendo— una sólida forma de identificación de los pueblos originarios de este continente.

Ante el nuevo siglo se perfila una forma de dominación reforzada y vinculada más que nunca a la dinámica imperialista y hegemónica de la economía norteamericana. El marco de libertad y equidad entre las sociedades industrializadas y las que no lo son, resulta una falsa postura que, como se ha tratado de demostrar hasta el momento, es una historia de complicidades y contubernios que someten a las naciones y a sus pueblos a la persistente diferenciación de los individuos y, además, a un marco de vida crecientemente inseguro, miserable y sin una clara esperanza de sobrevivencia, que además con la formación de los bloques económicos regionales sólo provocan el aguzamiento de estas equidistancias.

Y de lo anterior, qué pueden sacar como lección los intelectuales. ¿Qué puede esperarse de esos restringidos segmentos de la población, capaces de racionalizar problemáticas de toda índole, grandes y pequeñas; sumergidos en un espacio de inmovilidad pensante y ávidos de esperar la bonanza material de unos méritos justa o injustamente obtenidos pero, eso sí, reclamados con exigencia?

El trabajo intelectual, no hay que olvidarlo, se apoya por siempre en el sudor y en el trabajo material de otros sectores de la sociedad. Sopesar lo anterior y someterlo a una justa dimensión de la importancia de este hecho concentra, pienso que en gran medida, una práctica intelectual honesta y referida por tanto a un desarrollo auténtico de sociedades como son las nuestras.

Existe así, una gran realidad por enfrentar, un gran cúmulo de verdades que están ahí, esperando ser identificadas para construir las sobre una plataforma de apoyo para la construcción de otros espacios, acaso más libres, menos asfixiantes y dedicados, en definitiva, al reconocimiento pleno de las libertades humanas que, pese a los empeños posmodernos, siguen girando en torno a la búsqueda de la libertad, igualdad y fraternidad.

En América Latina, donde se vive la repetición de los siglos, están articuladas formaciones económico culturales de diverso cuño; donde el capitalismo bajo su práctica neoliberal, ha hecho de la región un *continente sumergido*, en el que lo actual implica *tiempos de escarnio* que deberá, por la fuerza de los hechos, hacer *reaccionar* ante este proceso de empobrecimiento generalizado, al grueso de las clases sociales postergadas de una modernización más aparente que real. Porque los elementos con que contamos son lo suficientemente fehacientes para concretar con lucidez hacia dónde nos dirigimos, esto es, lo que le espera a América Latina y

que en la presente década, se va corroborando cada día más, Agustín Cueva, "América Latina: el neoliberalismo sin rostro humano", *La Jornada* (9, 10 y 11/X/1991).

Estos conceptos someten, en gran medida, el discurso analítico social y político cuando enfrentan al ejercicio del poder, su forma y contenido que —como se ha planteado a lo largo de este trabajo— nos remiten a una dinámica de suma evidencia en la pasada década y en la presente. Las secuelas del neoliberalismo, visto como una práctica que se disfraza de un halo modernizador para proponer así un "capitalismo utópico", donde el mundo industrializado ofrece al Tercer Mundo 'si ustedes trabajaran como nosotros, vivirán como nosotros', se estrella contra la dura realidad, además de constituirse en un argumento falso, Heinz Dieterich, "AL: entre el capitalismo utópico y la democracia mundial", *La Jornada* (11, 12, 13, y 14/V/1993).

Y, ¿cómo es esa realidad? Es una cuestión que se pretende dirimir en el siguiente capítulo. Pero es necesario fundamentar en este momento a partir de la utopía sí, pero concreta, que tienda a valorizar a partir de los errores cometidos al aceptar que lo hecho hasta ahora no sirve para solucionar nuestros grandes problemas nacionales. El nuestro, un subcontinente de "luz y sombra", sometido a una dinámica colonialista e imperial, reclama una visión diferente, encarnizadamente reveladora de los profundos problemas que hieren nuestras sociedades.

La historia así, no nos permite saber o, mejor dicho, no es solamente un saber. Se constituye, debe hacerlo, en una *ética del conocimiento histórico*, a partir de la comprensión y conciencia de un pasado común que esclarezca, como plantea Roa Bastos, aclarando y ennobleciendo para el logro de la unidad de unos pueblos inmersos en una dinámica que los destruye, y ante lo cual sólo queda ya, acaso, el remitir nuestra razón de ser a los *hechos fundacionales* que nos constituyeron como sociedades mestizas y, por tanto, tan cercanas a los dilemas de dos culturas que, cinco siglos después, no acaban de integrarse y generar una alternativa viable, Roa Bastos, "Una utopía concreta", *La Jornada* (2/II/92, p. 26).

**CAPITULO 2: La Cuestión Nacional y el desarrollo,  
(una aproximación a verdades que se desvanecen)**

"¿Para qué escribe uno, si no es para juntar sus pedazos? Desde que entramos en la escuela o la iglesia, la educación nos descuartiza: nos enseña a divorciar el alma del cuerpo y la razón del corazón."  
Eduardo Galeano, *El libro de los abrazos*.

**E**l avance de nuestras sociedades sólo puede darse desde el reconocimiento de los problemas que involucran, sin duda, a las clases populares, a su dinámica, al decir de Zavaleta Mercado, de su "horizonte de visibilidad". No se trata de la adopción de moldes, esquemas y paradigmas importados; es cuestión de sensibilidad, política y social, para tener conciencia del conflicto y "dirimirlo", (Marx).

Los planteamientos científicos en ciencias sociales si bien no requieren de un laboratorio para corroborarse, su raíz está presente en cada una de las calles en América Latina, en muchas de sus ciudades que se debaten aún en la compleja lucha de clases aún no superada. Están presentes también en el enorme peso de unas comunidades indígenas que empiezan a ascender en la búsqueda de su propio rescate EZLN (1994, pp. 33-35), o bien en la angustiosa y desafortunada carrera de unas capas medias cada vez más arrinconadas a la realidad de un empobrecimiento que un modo de vida excluyente les está deparando como futuro.

Está, asimismo, en la terrible contradicción que genera la pobreza y la marginación en las megalópolis del subdesarrollo, donde la solución a la que se recurre no está tanto en la planificación del crecimiento sino en la violencia en contra de los sectores y clases sociales postergadas y marginadas; donde, por el contrario, las clases económicamente poderosas fundan su *capacidad de ser* en la profundización de las diferencias y las distancias entre los seres humanos y, por ende, entre las clases sociales, *esas mismas* que los poderosos se han empeñado a manera de recurso ideológico en eliminar "históricamente" y que muchos intelectuales, en forma por demás incauta han creído verdadera Galeano (1992, p. 103).

Porque los pueblos latinoamericanos hemos sido enanos con pretensiones de gigantes, seres en ciernes que creen poder jugar con un destino que no estamos sabiendo construir y, en el empeño, hemos perdido un cúmulo de valores que alguna vez nos hicieron "buenos", es decir, aptos para conducirnos por nosotros mismos. En el presente, después de una década y media de neoliberalismo "sin rostro humano", sólo la inconsciencia, puede hacernos afirmar que hemos avanzado o bien, que estamos preparándonos para el "asalto" al desarrollo.

## **a) El Estado nacional y su realidad en América Latina**

La región latinoamericana se despliega en una contradicción que se desenvuelve en orden a la lógica del capitalismo en la región. Su naturaleza subdesarrollada remite a dos consideraciones básicas que, de acuerdo a la inserción de las sociedades en el orden internacional, dan pie a lo siguiente:

- ◆ La dinámica capitalista obedece a un impulso externo y, en esa medida casi toda la formación económica y social desde la conquista, los posteriores movimientos independentistas, así como las sucesivas reformas de todo tipo que, con movimientos sociales cruentos o no, son en buena medida una constante dicotomía entre los intereses de las clases dominantes endógenas y, asimismo, son procesos donde los intereses extranjeros han tenido una buena cuota de interés e injerencia.
- ◆ Un segundo elemento que se desprende de la dinámica anterior, consiste en una consecuencia histórica que, tal como lo plantea Zavaleta (1984[a], p. 281), hace que la cuestión nacional en América Latina sea un "núcleo problemático", puesto que se vive la impresión de que pese a todas las vicisitudes vividas al día de hoy, son importantes mas no suficientes para consolidar a los países de la región como Estados-nación.

Este concepto, su importancia y solución tiene que ver mucho con la dinámica que sostenemos desde hace varias décadas. Vale decir que, nuestra situación frente al capital trasnacional se define, en buena parte, desde la perspectiva que nosotros generamos como país, y no sólo como tal sino como una nación que, en teoría debiera estar buscando la razón de su existir.

Partimos así de que la nación o más bien la formación del Estado nacional es algo no concluido en América Latina; su razón y dinámica confluyen en un proceso donde percibimos a unas sociedades donde lo que más resalta es un amplio mosaico de culturas, sin una integración orgánica y, sobre todo, sin un proyecto de sociedad integrativo que, desde el Estado, conduzca hacia una serie de políticas que pretendan enfrentar las condiciones de atraso, dependencia y marginación. Más bien es una práctica con un fuerte sesgo economicista, lo que hace del Estado una especie de instrumento de la clase dominante, a través del cual se busca garantizar la extracción del excedente, esto es la dominación y la explotación de las clases subalternas.

El concepto de nación en tal sentido, permanece lejano de la praxis de las sociedades. Hemos transitado sin una conciencia plena de lo que el desarrollo y la consolidación de nuestras formaciones sociales deben ser y, si pretendemos llevar adelante la "colectividad" que conformamos dentro del capitalismo actual, no lo haremos en tanto no construyamos el "yo colectivo" que precisamos para conformar la "... construcción compleja de cierto grado de centralización y homogeneidad en

torno al mercado interno... la construcción de una identidad colectiva o entidad histórica formada por hombres jurídicamente libres...". (Zavaleta, 1984[a], *ibidem*).

Nuestra fortaleza como naciones en muchos sentidos es aún débil, y lo anterior repercute hondamente en la integración a un capitalismo ecuménico que no se detiene en las formas sociales, culturales y económicas que encarnan las sociedades en América Latina. En estricto sentido, ha hecho falta la incorporación dentro de nuestras economías de un proyecto integral aunque fuese en sentido capitalista, pero estable y que, no obstante, en el largo plazo concentrase las potencialidades de nuestras sociedades para la construcción de naciones auténticas esto es, la aspiración a una forma de "... colectividad que resulta ser la más eficiente para la instalación del modo de producción capitalista." (Zavaleta, 1984, p. 282)

El Estado nacional responde a varios procesos que se concatenan en una forma por demás contradictoria y, en lo fundamental, abren espacios de práctica social, política y económica de acuerdo al desarrollo de las capacidades de cada sociedad, su historia y su estructura. De esta forma, se requiere una correspondencia entre el modo productivo y la colectividad, acorde a la "lógica del mercado mundial" y en ella se organiza y se recrea.

En tal sentido, existen "momentos constitutivos" en los que se crean las bases para la transformación de las sociedades, sus historias y devenires en torno a lo que producen y socialmente van conformando. Y si existe en todo caso, una correspondencia entre lo que es la sociedad civil, y lo que es el Estado podemos acceder al encuentro de un *momento constitutivo* de la nación, a la formación del Estado nacional, en síntesis de la Nación, (Zavaleta, 1984, *ibidem*).

Es fundamental entender que los Estados nación en América Latina son una realidad fluctuante y en proceso de llegar a ser, al menos comparativamente, en la medida o proporción en cómo se ha dado la consolidación como naciones las propias sociedades industrializadas, por lo que en este orden, es donde nuestras sociedades difícilmente pueden llegar a competir con los países ya consolidados o que, al menos, poseen un grado de mayor cohesión en su integración como naciones.

Estamos sumergidos aún en las luchas y en los problemas regionales, producto de la polarización que proviene de un desarrollo económico contradictorio, polarizado, donde de igual forma conviven rasgos atrasados y modernos o bien, como lo plantea Octavio Ianni (1990), por el caudillismo civil y militar, heterogeneidad racial o étnica que involucra la cultura, violencia endémica, dualidad estructural con sectores arcaicos y modernos o incluso, la polaridad entre civilización y barbarie, (*Ibid*, pp. 25-26).

Lo anterior proviene, desde luego, del capitalismo asumido en la región, y de la capacidad que las clases hegemónicas han impreso con sello distintivo nuestro proceso de evolución como sociedades.

La burguesía en la región latinoamericana por ejemplo, ha oscilado entre su condición oligárquica, populista, de corte militar y fascista, esto es, modelos que en general han sido autoritarios y es a partir de ellos como se organiza el poder estatal, del "gobierno de personas o cosas a fin de favorecer asimismo, ...la acumulación de capital en escala nacional e internacional .../donde/... campesinos, obreros, indígenas y negros son colocados en la sombra... Bajo el mando de la burguesía, el rostro de la nación se disuelve. Queda un semblante real, pero invisible en la medida que está diluido en el mundo de las apariencias, mundo que constituye la nación de la burguesía. La otra nación queda disimulada por las estructuras jurídico-políticas, por la industria de la cultura y otros elementos de orden burgués." Ianni (1990, p. 28)

Al comenzar los movimientos de corte nacionalista, la intención fundamental se distinguió por dos factores que, en el largo plazo, impidieron el posible rumbo a la consolidación de un Estado nacional.

El primero lo constituye la influencia claramente contraria a cualquier postura de corte nacional, por parte de las empresas transnacionales que, por ejemplo, en los casos guatemalteco, boliviano, cubano y chileno, estaban evidentemente contrapuestas a la intención de una política que pretendiera hacer emerger el sentido de "lo nacional" en estos países.

En segundo lugar, tenemos la conducta claramente subversiva y desestabilizadora de la política exterior estadounidense, pues el marco de la Guerra Fría dio pie a casi cualquier plan intervencionista, que impidiera el ascenso de las clases sociales autóctonas en los países mencionados y en la región latinoamericana en general, Schlesinger y Kinzer (1987, pp. 11-12).

Estos dos elementos han jugado un papel fundamental en los diversos intentos nacionalistas e incluso socialistas, que se han dado en la región durante el presente siglo. El expansionismo como categoría de análisis, al decir de Ramiro Guerra (1974), y la constante política intervencionista, han marcado la pauta como problema permanente en las sociedades de América Latina.

Este proceso histórico que obviamente se remonta a los inicios de la "Doctrina Monroe", se mantiene vivo y, en verdad, dentro de una resistencia cada vez más endeble por parte de los gobiernos de la región. En ello influyen primordialmente las empresas transnacionales con sus intereses económicos bien definidos, así como organismos como la *Central Intelligence Agency* (CIA) y la propia Organización de Estados Americanos (OEA), juegan, han jugado un papel fundamental en la inestabilidad de los países latinoamericanos y, no es temerario afirmar que en este problema radica en buena medida la ausencia de Estados nacionales consolidados.

En Guatemala, la *United Fruit Company* (UFCO) y la misma CIA, llevaron a cabo una profunda guerra de desestabilización hacia el gobierno de Juan Jacobo Árbenz impidiendo cualquier postura que reivindicara la larga historia de gobiernos

autoritarios, regidos por intereses oligárquicos de marcado desprecio por la ancestral cultura indígena que hunde en el tiempo sus profundas y ancestrales raíces que, sin duda, han dado una capacidad de resistencia y lucha al pueblo guatemalteco ante décadas de gobiernos genocidas apoyados en la hegemonía norteamericana, Schlesinger y Kinzer, *Ibid.* y Toriello Garrido (1981).

En esta dinámica de lo que podemos denominar el "imperialismo", que a toda costa ha tratado de impedir lo que Gramsci, secundado por René Zavaleta, llamó la "constitución del sujeto histórico" esto es, la realización de la "voluntad colectiva" en las sociedades latinoamericanas y marca un proceso que debe entenderse como la indispensable fórmula de la *identidad nacional* o "yo colectivo", que permita la asunción a un proceso de consolidación que, justo es decirlo, sólo entonces abriría paso a las condiciones de equidad entre los países en el contexto internacional.

Cierto es que también, como en el guatemalteco, el proceso vivido en Bolivia obedece a un influencia hasta cierto punto populista. La profundización de este fenómeno se orientaba con claridad a lo que Zavaleta define como un profunda interacción entre la voluntad colectiva y la producción de un excedente económico, abriendo camino a una etapa donde la voluntad popular 'eclipse', por decirlo de una forma, la o las formas tradicionales de dominio o ejercicio del poder Zavaleta (1986, pp.16-17).

Bolivia, al igual que Guatemala, Cuba, Chile o México, vive el peso enorme de una cultura sincrética que produce en buena medida sectores sociales medios profundamente dubitativos y que sólo ocasionalmente se comprometen con las causas populares o indígenas y, ciertamente, se ligan más con culturas fuertemente elitistas y no exentas de un fuerte rasgo de discriminación racial no superado históricamente aún.

Hay, en este sentido de la búsqueda por la consolidación del Estado nacional un problema de fondo que ligó y aún lo hace, el problema agrario y la raíz indígena a un permanente deseo industrializador por parte de los gobiernos en la región. Contradicción evidente, y en verdad hasta ahora insoluble en gran parte de las sociedades que obliga a una reflexión profunda, acerca del 'mito industrializador' y la existencia de una racionalidad capitalista que enajena las raíces sociales, pretendiendo incorporar al mundo del subdesarrollo en una competencia más bien inmersa en una realidad "virtual" que verdadera.

Es esta dialéctica del progreso o visión desarrollista forzada, la Revolución cubana, es cierto, trajo consigo la revitalización del espíritu de la lucha antiimperialista y la identificación con el socialismo como fórmula de salida al atraso, subdesarrollo y la dependencia. Su repercusión fue continental y es aún hoy, plenamente rescatable en cuanto a su postura de independencia y lucha contra lo que ha representado siempre para América Latina la política injerencista estadounidense.

Pero no es menos cierto que esta lucha ha impedido crecer a la sociedad cubana como Estado nacional, en función del logro de su independencia, autonomía y soberanía. En este sentido conviene ser claro para el adecuado análisis social y político no sólo de Cuba sino de la región en general; lo que se disputa en Cuba, en el tema cubano no es la democracia o falta de ella en la isla. El tema central presente ahí, son treinta y cinco años de bloqueo a un proyecto de sociedad en la región que se mantiene vivo a pesar del capitalismo que se proclama ecuménicamente triunfador.

Cuba vive, al igual que el resto de los países latinoamericanos, la problemática inherente a su consolidación nacional, de ahí que se desprenda por parte de la sociedad cubana la imperiosa necesidad de una urgente integración entre países con condiciones de desarrollo similar y ajenos a cualquier postura colonial o imperialista, *La Jornada* (5/XI/91, pp.40 y 29; y, 11/XI/91, pp.1 y 46).

En el proceso chileno por su parte, vemos que trajo como consecuencia dos elementos de relativa complementariedad con el imperialismo estadounidense. El primero lo constituye el ascenso a lo que Lechner (1986), denominó la "estrategia autoritaria" orientada a eliminar de todas las maneras posibles, los restos que había dejado detrás suyo el gobierno de la Unidad Popular en la llamada "vía chilena" al socialismo.

Un segundo elemento puede encontrarse en las secuelas que un régimen como el de Pinochet deja ante el proceso de globalización Valenzuela Feijóo (1990), esto es, una sociedad prácticamente abierta a la dinámica de un capitalismo transnacional que encuentra un proceso de acumulación capitalista plenamente flexibilizado, por así decirlo, pero en medio de una crisis de legitimidad que no sólo se circunscribió al ámbito chileno, sino que se extendió al grueso de las dictaduras del Cono Sur en la década pasada.

Emerge así una correspondiente lógica entre el poder político y el poder económico, buscando aparentemente abrir cauce a una vida institucional más democrática. No obstante, lo que vemos emerger en la década pasada es un proceso de activa compenetración entre el capital nacional y el transnacional en la región que, con obvia preponderancia del segundo, da rumbo a los nuevos gobiernos civiles dominados por un impulso sujeto a la ideología propia de los países desarrollados y con perfiles llamados comúnmente "tecnocráticos", Lechner (1986, p.304 y sigs.).

Cabe mencionar que en todos los procesos mencionados, la hegemonía norteamericana ha estado presente, como en casi todos los problemas de la región, donde periódicamente se muestra la permanente estructura de una política intervencionista con un franco contubernio con las clases dominantes de los países latinoamericanos y ajena por tanto a las causas que pretenden todo proyecto de consolidación nacional autónomo y soberano, Cabrera (*Respuestas a Santa Fe II*, 1989).

Estos procesos asimismo, marcan la realidad de una forma de Estado plenamente sujeto a los intereses capitalistas, de su acumulación, reproducción, etc., favoreciendo las fórmulas de superexplotación de la fuerza de trabajo, reforzando los mecanismos ideológicos en favor de un capitalismo que en América Latina no ha dado respuestas a los problemas fundamentales, desvirtuando conceptos y categorías, y dando paso a nuevos roles o papeles a las instancias de organización social y política actuales.

Incluso, retomando una idea muy cuestionable acerca de la idea que afirma que estamos asistiendo al final de la organización estatal como la conocemos, creo más prudente reconocer que el Estado en la actualidad no se 'achica', sino más bien se especializa en favor del excedente económico y con ello, fomenta el manejo del capital favoreciendo a su vez, la explotación de la fuerza de trabajo Zavaleta (1984[b]).

Los Estados nacionales constituidos de manera estable como por ejemplo los del mundo desarrollado, se fortalecen en la medida del manejo, utilización y absorción local del excedente, es decir, el momento económico va de la mano con el político, se entrelazan para un adecuado flujo del capital, abriendo paso a las "totalizaciones capitalistas" que menciona Zavaleta (1984[b], pp. 59-61), esto es, los Estados nación sólidos y plenos. Vale decir asimismo, que en el Estado base económica y superestructura se funden, dando paso a lo político esto es, donde este factor predomina sobre el marco legal, y ante la globalización en efecto, los órdenes institucionales son puestos en tela de juicio sobre todo en América Latina, por lo que se requiere modificar las funciones del Estado.

Si como sucede, a través de la acumulación capitalista el trabajo, como relación social e histórica, se supedita al capital, entendido asimismo como una relación social, en el mundo este proceso tiende a ser permanente, y en América Latina en especial forma Zavaleta (1984[b], *ibidem*); esto implica que la globalización, la regionalización e integración crecientes, hacen de la región latinoamericana un eslabón más del capital transnacional para instituir en forma más plena la hegemonía en la explotación y, por tanto, en el manejo del excedente económico esto es, de la plusvalía.

La nación es, en tal sentido, una consolidación histórica que, en buena medida es aglutinada por un Estado racional e incluyente en el sentido capitalista, es decir, con objetivos reales —como lo son la calificación en la circulación de la plusvalía y la construcción del capitalista total—. Vale decir que el "espíritu" del Estado en realidad procura la subsunción del trabajo al capital, su esencia y su razón última se definen en función no de la sociedad civil en su conjunto, el Estado bajo el capitalismo define la reproducción del capital y, de igual forma, la generación de la plusvalía Zavaleta (1984[b], pp. 63-65).

De esta forma, la actividad estatal dentro del capitalismo no se define, en relación a la sociedad civil, en términos democráticos y si bien entre ambos la

alteridad es evidente, no lo es sin embargo en términos de equidad o al menos dentro de la concepción del desarrollo económico y social en América Latina, no se ha dado en realidad en términos societarios.

Lo fundamental, esto es el "acto constitutivo" del Estado en América Latina se ha definido sí por su entrelazamiento con la sociedad civil, las mediaciones institucionales que hay entre ellos. Pero su "momento político estatal", está definido por su calidad de garante del excedente económico que no responde a objetivos de reproducción o reinversión locales, sino en la situación estructural que se ha definido en una situación histórica por demás débil, (Zavaleta, 1984[b], pp. 66-70), proveniente de la constante falta de madurez no sólo de los Estados en la región sino, debemos reconocerlo también, de sus pueblos.

La constante en América Latina es la desarticulación en cuanto a la posibilidad de utilización de su excedente, y como bien plantea Zavaleta, este elemento da pie a una serie de rupturas entre la acumulación capitalista y su posibilidad fáctica de brindar las potencialidades de un desarrollo maduro y en capacidad de competir. Esto anterior, sin embargo, no es una realidad, en buena medida por la escasa posibilidad de que se constituyan políticas alternativas hacia el desarrollo, una escasa reforma agraria y porque finalmente el uso del excedente de capital, se fuga en favor del dominio transnacional, y de la formación sí del "capitalista total" pero, en realidad del *capitalista total mundial*.

En este sentido, lo que se requiere es la democratización de los órdenes estatal, de mediación entre la sociedad civil y aquél, en el entendido de que la naturaleza de clase del Estado no implica una mezcla de intereses entre la burguesía y las clases subalternas, sino la aplicación directa de las reglas para proteger el mercado y la producción capitalista, (Zavaleta, 1984[b], *ibidem*).

La sociedad civil, por tanto, pocas opciones guarda ante el Estado para salvaguardar sus intereses y aspiraciones en realidad fundamentales. Dentro del capitalismo por tanto, América Latina no podría generar la reconstrucción democrática que precisan sus sociedades, sin contrarrestar seriamente las estructuras vigentes en los Estados de la región, esto es, sin replantear seriamente la organización, reproducción de la riqueza y su fin social que, en todo caso, no debe ser ya para la consolidación del "capitalista total", sino lograr la transformación del esquema societario dentro de la "lógica de la fábrica", esto es en un "espíritu" democrático, socialista.

## **b) Autonomía y soberanía**

Creo que conviene plantear un hecho objetivo al día de hoy, y que se basa en la profunda falta de racionalidad en un sentido humano y social que subsiste en las

sociedades actuales —industrializadas y subdesarrolladas— ya que se hallan inmersas en una productividad tendencialmente destructiva y donde, sin duda también, amenaza con la aniquilación del mundo dentro de una sobrecogedora actitud de capitulación del pensamiento crítico ante vastas formas de poder, así como una persistente miseria al paralelo de una riqueza o formas de riqueza sin precedentes, que hacen del mundo presente, en su estructura y en las consecuencias de ésta, un conjunto de entidades esencial y formalmente irracionales, Marcuse (1981, pp. 11-19), Pipitone (1994, pp. 37-38) y González Casanova (1990, p.21).

Esta realidad en América Latina, esto es el ascenso al proceso de conformación de unas economías "abiertas" donde la contradicción entre el poder financiero del capital, su internacionalización que, además, requiere de un Estado que no sea excesivamente centralizador, crea una contradicción que se manifiesta en la persistencia de los sentimientos nacionales y nacionalistas. Se refleja asimismo, en la notoria ausencia de la defensa de "lo nacional" e, igualmente, la creciente debilidad en los mecanismos de representación popular que hablan de un debilitamiento en la soberanía de los pueblos de la región.

Lo anterior, que refiere la contradicción que se está gestando actualmente entre la globalización, que es mundial, y la estructura social, política, económica e incluso cultural que, en el plano nacional se define nitidamente, y nos conduce a una reflexión en dos ámbitos que, neurálgicamente, forman el eje en torno al cual las naciones latinoamericanas han devenido desde hace década y media.

Estos ámbitos son los siguientes:

◆ En primer lugar, las formas de gobierno que se ligan a un ejercicio democrático claramente ausente en la generalidad de nuestra vida política y lo que de ello se deriva, que no es, por cierto, poca cosa.\*

◆ En segundo lugar, tenemos el manejo de los intereses nacionales, a partir de una vida democrática constantemente asediada desde el exterior, muchas veces ausente a lo largo de nuestra historia, que habla de una constante falta de claridad en el manejo de los intereses nacionales que fundamentan una vida institucional, lo que abre una supeditación y dependencia en la dinámica que imponen las economías del mundo industrializado, Cueva (1991[a]) al desplegar, concretamente desde la década anterior, sus propuestas de desarrollo económico instrumentadas por los organismos financieros internacionales, Tamames (1991, cap. 3).

---

\* Si bien el tema de la democracia es retomado como eje de análisis en la etapa postfascista en América Latina (1985), su problemática se haya inserta en una discusión relativa a la constitución de las formas de gobierno y, con ello, a la constitución de las formas de representación, con lo que se abre una enorme perspectiva que nos habla del ascenso de las clases sociales, su expresión concreta —muchas veces al margen de los partidos políticos— a través de fórmulas inéditas que obligan a hacer de la democracia una evidente "polémica inconclusa", Cueva comp. (1991, *Ensayos sobre una polémica inconclusa*).

En este orden de ideas, tanto la democracia como la soberanía parecieran ser dos cuestiones que, periódicamente, están sujetas a renegociación y como la parte esencialmente débil, se somete a las sociedades del subdesarrollo a una pérdida constante y creciente de su identidad como naciones y como pueblos, a su historia y a las vicisitudes propias que nos han llevado a ser lo que son en la actualidad.

En torno a la dinámica que ha llevado el capitalismo en los últimos quince años, se debe construir un argumento en torno a la profundización de las relaciones de dependencia que, sin duda, el propio capitalismo ha adquirido en la actualidad, donde las formas de supeditación y entrega de los recursos autóctonos, se vuelven un hecho fehaciente y muchas veces malamente ocultado tras el discurso que apela a la modernización de los diversos sectores de la economía. Un ejemplo notorio lo constituyen la instromisión de los organismos internacionales, orientando y rigiendo el rumbo de las políticas económicas en América Latina, abriendo paso a una supeditación plena a los intereses del capital financiero internacional, Cueva (1991), Marini (1993).

Por tanto, el esquema neoliberal está planteando, una contradicción entre la expansión del capital y las restricciones que imponen los Estados nacionales. La contradicción es tan profunda que abre paso a una serie de conflictos no previstos y, por tanto, de difícil resolución.

Si definimos que el desarrollo en América Latina no ha sido capaz de producir un mercado interno, ni sectores capaces de ser autosuficientes, ni una industria apoyada en una estructura rural fuerte, así como un Estado también fuerte que sea capaz de orientar racional y planificadamente la economía y la sociedad, (Pipitone, 1994 [a], pp. 42-44), estamos a la vista de un elemento sustancial en la estructura de las sociedades latinoamericanas que consiste en la notoria falta de capacidad para generar proyectos integrales de desarrollo.

Recapitulando un poco de cómo la *derecha* a nivel mundial replanteó su poder y logró pasar, de una situación a la defensiva a mediados de los años 70, a una enérgica ofensiva que la puso en condiciones de revertir —catastróficamente para las clases asalariadas de todo el mundo— los logros que la clase trabajadora, fuese ésta del ámbito industrial o de servicios, así como las condiciones generales que los campesinos habían generado tras larguísimo periodos de lucha social e, incluso, tras cruentas revoluciones como lo fueron las de la U.R.S.S., y muchas otras en el Tercer Mundo.

En este sentido, los esfuerzos provenientes de los países subdesarrollados en favor de integrar políticas de financiamiento para superar su calidad de sociedades inferiores, se vino articulando a partir del inicio de los años 60. La Organización de Naciones Unidas convocó a través del Consejo Económico, en 1962, la 'Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo' (CNUCD) mejor conocida, por sus siglas inglesas UNCTAD (Unite Nations Conference on Trade and Development) que, después de siete conferencias generaron lo siguiente:

1. Creación de *Comisiones* para discutir asuntos sobre :

- I. Productos básicos
- II. Comercio de manufacturas
- III. Transacciones Invisibles y Financiación, y
- IV. Transporte Marítimo, a las que se añadieron después:
- V. Comisión Especial de Preferencias
- VI. Transmisión de Tecnología y,
- VII. Cooperación Económica entre países de menor desarrollo, (Tamames,1991, pp. 160-163, cfr. capítulo 6 en esp.)

Durante estas Conferencias a lo que pudo llegarse fue la clasificación de la importancia de los productos básicos, así como los primeros intentos para generar un bloque entre los llamados "países en desarrollo", los países "no alineados", los "países menos desarrollados" que, después de veinte años de intentos más tímidos que enérgicos desembocó en un tentativo por crear el "Diálogo Norte-Sur". cuestión que para los países industrializados no dejó de representar una amenaza, por lo que hicieron lo posible para hacer fracasar este proyecto. Estados Unidos fue el principal impulsor del amedrentamiento del "Diálogo Norte-Sur" y, Ronald Reagan a través de la ideóloga "antitercermundista", Jane Kirkpatrick, sometió el intento de organización por parte del Tercer Mundo, Gregorio Selser (1990, pp. 11-56).

Incluso, cabe afirmar que los expositores de la política estadounidense conceptualizan la democracia con determinados intereses económicos muy concretos, cuando calificaron al Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), de 'antidemocrático' y que permitió a la exembajadora de Reagan en Naciones Unidas hacer gala de un 'materialismo', contrastó en mucho con el idealismo de cierta izquierda en pleno repliegue Cueva (1986, p. 51).

Es obvio que aspirar a una modificación en las relaciones de los países subdesarrollados con las potencias industrializadas, no podía tener una larga vida. Querer modificar aunque fuese en una mínima parte esta correlación, implicó una rápida y virulenta respuesta que, en el inicio de la década de los años 80, trajo consigo un viraje hacia el conservadurismo más recalcitrante del que se tenga memoria desde la segunda Gran Guerra. Occidente se dirige hacia la llamada "derechización", que tiende a mostrar una burguesía que preveía una dinámica donde, ciertamente, se avizoraban reclamos por formas de vida más democráticas.

"... Sacudido por la fuerte crisis petrolera, la recesión y una fiebre inflacionaria que subía a los dos dígitos, el sistema de libre empresa se enfrentaba a un incierto futuro que algunos calificaban abiertamente de peligroso. Todo ello ha cambiado dramáticamente en la década de los 80, al convertirse el capitalismo en el espíritu de la época." (Cueva, 1988 [a], pp. 9-25)

Cabe decir que en 1984, la producción económica de Occidente había ya decaído, desde el punto de vista de la burguesía, por motivo del *welfare state*, argumentando que el origen del estancamiento se debía fundamentalmente a las políticas estatales que privilegiaban el gasto social. De esta manera, gran parte del discurso de la derecha se va a centrar en la denuncia del escaso nivel de operatividad o, mejor dicho, del buen funcionamiento que se da al interior de las centrales de los trabajadores, con lo que se da inicio a un creciente y constante ataque a las organizaciones de los trabajadores, y vemos asimismo, cómo crece la ofensiva ideológica en contra de todo lo que se parezca a una tendencia no sólo socialista, sino también de connotación apenas democrática, Saxe (1988).

Conjuntamente con lo anterior, se da un proceso de fiebre privatizadora que, en palabras del mismo Cueva, "... sin importarles el costo social que ello implique, se jactan (los sectores dominantes) de haber privatizado al máximo la economía (tal como la OCDE lo viene recomendando desde 1979) y de haber desmantelado el Estado benefactor, símbolo de toda una época de conquistas materiales de la clase obrera..", Cueva (1988 [a], *ibid.*).

El papel de la burguesía se define nitidamente y su instrumento autorizado para implantar esta agresiva política antipopular es el Estado, reforzando así el ahondamiento de una lucha de clases no solamente en el mundo industrializado sino, además y en forma acaso más violenta y violentada por las relaciones colonialistas e imperialistas, en el mundo subdesarrollado.

Bajo la directriz neoliberal, se pretende construir una realidad, o mejor dicho otro mito, formalmente funcional pero ficticio en gran medida, donde se habla de esa realidad creada en una forma discursiva abusiva que pretende ocultar una realidad "real", objetiva o verdadera. En México, Brasil o Haití, por ejemplo, la forma deinstrumentación desde el Estado de las políticas se hace la imagen de un supuesto consenso democrático pero, en la realidad, las decisiones son impuestas en forma unilateral esto es, sin una intervención verdadera de la voluntad popular.

Se afirma el efecto autoritario sobre las decisiones políticas y se construye así, un amplio margen para el cultivo de las contradicciones y el descontento social, se hace a un lado la posibilidad de un marco de soberanía ya que, además, los gobiernos de la región son prácticamente llevados de la mano por las políticas provenientes de los organismos financieros internacionales como se dijo páginas arriba.

El esquema o modelo de desarrollo neoliberal que, se ha impuesto a manera de receta con una fuerte carga ideológica, imbuído de un pragmatismo que no para mientes en las consecuencias históricas, políticas y sociales impone, asimismo, en desfavor del grueso de la población de América Latina, una serie de políticas totalmente ajenas a las necesidades reales de la inmensa mayoría de la población no sólo del subcontinente sino, incluso, del mundo entero.

En buena medida, esto se debe a una *concepción tecnocrática*, que invalida dogmática y acriticamente los elementos políticos, sociales y económicos, para apropiarse autoritariamente del ejercicio del poder. Las élites dirigentes se convierten así en una cuestión de jerarquías despersonalizadas, que sólo miran elementos técnicos donde en realidad son los factores humanos los que permiten o impiden, la continuidad de un proyecto de desarrollo. Chomsky y Dieterich (1996, Introd. de Luis Javier Garrido) y Lechner (1996).

La realidad en cifras como fórmula interpretativa del enfoque ideologizado de la tecnocracia, no la hace —como éste presupone— más objetiva ni más accesible; al contrario, es con los números y con la estadística con lo que, en muchas ocasiones, más fácilmente se engaña y manipula esa realidad.

El discurso tecnócrata es, a pesar de lo que tanto ataca, más ideológico que nunca. El final de las ideologías no es otra cosa que la reafirmación de la ideología propia del modo de vida capitalista; se asiste en los tiempos actuales a la reafirmación del espíritu burgués modernizado y, en consecuencia, profundamente deshumanizado e inmerso en una dinámica de productivismo y consumismo degradantes, ajenos en gran medida a los valores considerados, hasta hace poco, como fundamentales para el ser humano.

Se inicia una etapa de globalización e integración definitiva en la economía internacional. Las fronteras dejan de existir, al menos en la Europa occidental y en el Sudeste asiático, para abrir paso a la conformación de bloques económicos regionales. Se reactivan proyectos tendientes a modificar las formas productivas que en el continente europeo implicó serios cambios en los procesos productivos, ayudados en buena medida por la caída del socialismo real, Cueva (1988 [a]).

En América Latina, esta integración sin embargo, ha planteado una problemática muy diferente. Como ya se mencionó, en esta región se ha visto —en forma empecinada según nuestro criterio— la modernización sólo por el lado industrial y, más recientemente financiera, sin tener en cuenta las características objetivas que perviven en nuestras sociedades, esto es, las condiciones sociales y culturales que pudieran propiciar o no, la integración y globalización.

Olvidando la raíz histórica de nuestras sociedades, buscamos la modernización con un sentido muy acritico y bajo esquemas poco analíticos; esto, regularmente, se ha revertido puesto que una y otra vez hemos caído en la recurrente perspectiva de la construcción de proyectos a largo plazo. La búsqueda modernización tropieza a menudo, con las fallas estructurales de cada uno de nuestros sectores productivos, como lo son la insuficiente reforma agraria y la ausencia de facto de mercados internos que ayuden a la adecuada distribución económica.

En la década anterior incluso, pretendió mantenerse el ya añejo esquema del modelo de sustitución de importaciones, hasta que llegó a su fracaso, para seguir, bajo esquemas esencialmente imitativos, una modernización fundamentada en el

avance técnico científico industrial que, con una buena dosis de conciencia aún inmersa en parámetros coloniales, cree que lo que triunfa en otros países, puede hacerlo en los nuestros.

En la pasada década de los años 80 destacan así varios hechos que hacen variar radicalmente la organización productiva del capital, a partir de modificar, atacando y disminuyendo con marcado acento la fuerza y capacidad de negociación de la clase trabajadora, con la deliberada rearticulación del orden político. Las formas de organización proletaria son atacadas y destruidas en la medida de lo posible, para con ello extender la hegemonía del capital en todo el mundo.

Los mecanismos concretos de este proceso se revelan cuando los centros industrializados reaccionan ante, al menos, tres fenómenos:

- Una inflación provocada según estos países por el ascenso en el precio del petróleo
- Una respuesta formal contra la constitución de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), impulsado en el seno de las Naciones Unidas por Asia, África, América Latina y los países entonces socialistas
- Dentro de lo anterior estuvo incorporada en América Latina y el resto del Tercer Mundo la "guerra de baja intensidad" que, en los años ochenta, significó una sórdida lucha y apoyo financiero contra las guerrillas, movimientos de liberación y gobiernos triunfantes de la región latinoamericana como lo fueron Nicaragua y, en menor medida, Granada, Panamá, Colombia, Perú, etc., Cueva (1991, Posfacio) y Gregorio Selser (1988).

Pero para pasar a una concepción más clara del neoliberalismo y sus repercusiones en la región latinoamericana implica, desde lo metodológico al menos, una caracterización de lo que fue el origen de esta tendencia en el llamado Occidente industrializado, el cual influyó al resto del mundo al compelerlo hacia un modelo de competencia y libre empresa, que no da cabida a la coexistencia de esquemas económicos y comerciales alternativos. El esquema modernizador se define, dentro de las políticas neoliberales, a partir de la condición del establecimiento de una síntesis en las acciones emprendidas por la burguesía en los países industrializados para, posteriormente, irradiarlo al resto del mundo.

A la ofensiva ideológica de la denominada "reaganomanía", cfr. Cueva (1991, *Ibid.*) y Selser (1990), se le pueden agregar otros elementos fundamentales que contribuyeron al triunfo del capital en el orbe. La crisis soviética y el derrumbe del socialismo real, la parálisis de los movimientos revolucionarios en el Tercer Mundo y la crisis generalizada por los gobiernos dictatoriales autoritarios motivan un ascenso rápido de la ideología capitalista.

Se extiende en el mundo un proceso de reacumulación del capital, reconcentrando el poder y la riqueza para redefinir así los espacios de dominio que, ante la creciente formación de bloques económicos, orientó a los Estados Unidos en

una ofensiva no sólo ideológica, sino además política y económica, retomando el argumento de Marini, vemos que al inicio de la década de los ochenta, "... la división internacional del trabajo reposa en el crecimiento sustentado de la tasa de formación bruta de capital fijo.../ que/... aumenta anualmente en 5,6% en el trienio 1983-1985 y se mantiene en elevado nivel de 5% en el trienio siguiente, en el conjunto de los países desarrollados...", Marini (1993, pp. 35-37).

En este periodo surge un poderoso avance de esta "inversión en capital fijo", puesto que existe una auténtica revolución en el uso y la inversión de la maquinaria y equipo derivada del ascenso científico y tecnológico que, a los países industrializados, les significó un abaratamiento en costos, lo que motivó a su vez, un aumento en la inversión en productos de alta tecnología. En términos llanos lo anterior implicó un incremento de la productividad en el trabajo basado en la alta inversión en investigación y desarrollo Marini (1993, pp. 38-39).

En el subcontinente latinoamericano, por su parte, se vive el retorno a la política del *big stick* que trae reforzado el papel hegemónico de los Estados Unidos como potencia económica e imperialista en la región. El ascenso a un mundo unipolar es evidente —quién lo puede dudar—, a partir de la guerra del Golfo Pérsico donde, en forma por demás publicitaria, los Estados Unidos demostraron que ante la guerra comercial pueden llevar desventaja pero, en el terreno militar, muy pocos países podrán hacerle sombra Cueva (1990).

Es en este renglón donde la autonomía y la soberanía se diluyen dramáticamente y este argumento se da en el sentido de una postura que en esta negación encuentra la afirmación de una contradicción insoluble. La problemática entonces se ubica en los límites de la división internacional del trabajo en nuestros días, donde la relación económica entre los países desarrollados y los no industrializados se convierte, bajo el neoliberalismo, en un "nuevo orden mundial", en el cual el orden político y militar dicta la pauta de un proceso donde parecieran no existir espacios de realización de la autonomía, ni de la soberanía e, incluso, de la posibilidad de una libertad democrática, aún instaurada en los a menudo restringidos espacios que otorga la democracia de indole burguesa.

En estas condiciones, poco se puede argumentar en favor de la soberanía en la región, no sólo en México sino en América Latina entera. El o los Estados de la región, se supeditan no sólo económicamente sino política y militarmente a las directrices de la hegemonía norteamericana y su persistente dominio que, por cierto, no deja de tener cierta dosis de humillación para la región, ya que es muy evidente que la soberanía pertenece a una argumentación difícilmente sustentable, reducida, en buena medida, a la retórica.

En América Latina el neoliberalismo se expande a través de la cooperación de las oligarquías y Estados locales; es con la ayuda de éstos como el imperialismo refuerza sus redes endógenas y exógenas donde no son sólo las clases o sectores empresariales los que sustentan la derechización, sino que es por medio del Estado

o los Estados en que se "brinda" la ayuda al capital, "institucionalizando" en gran medida, la generalización de la pobreza. La instrumentación de las políticas neoliberales, requieren de los medios necesarios; éstos, los proporciona el Estado. A través de él se afirman las acciones en contra de las clases "subalternas", y es así como las políticas neoliberales se incorporan a las sociedades latinoamericanas, Cueva, "El liberalismo sin rostro...".

Retomamos una definición clave para el entendimiento del papel del Estado en cualquier sociedad capitalista, la cual, a pesar del discurso ideológico que niega "derechas" o "izquierdas", mantiene constante la pretensión de afirmar una imagen de un Estado "por encima" de las clases sociales (Lenin), sustentando empero una rigurosa instrumentación de los intereses de la clase capitalista, "... se les oculta tanto a los actores como a los observadores y víctimas de esta tragicomedia por medio de la imagen mistificadora del Estado como un árbitro *entre* las clases, un representante del 'interés nacional', un juez neutral y benévolo de los méritos de las 'fuerzas pluralistas'.". Es decir, se genera un ambiente social donde, en lo fundamental, "... la estructura del Estado burgués está determinada por los principios de separación de los poderes y de una burocracia profesional; en otras palabras, la *veda* permanente al ejercicio directo del poder (autogestión) por parte de las masas trabajadoras." Ernest Mandel (1979, pp. 480 y 481)

Incluso, dentro del esquema neoliberal se ha venido generando una plena interdependencia entre la clase dominante (la burguesía) y el Estado; por lo que el resto de la sociedad civil se enfrenta a una creciente coerción en su estilo de vida, por decirlo de una manera algo eufemista, ya que en realidad la vida para las clases subalternas representa un creciente proceso de marginación, empobrecimiento y sometimiento a la hegemonía burguesa que, concomitantemente, trae aparejado un proceso de crecientes contradicciones sociales, económicas y políticas que, como en el México de la actualidad, van generando situaciones francamente de conflicto social generalizado. Lucio Oliver *et al* (1995, pp. 115-138)

Autonomía y soberanía se definen en función de las reglas que, casi absolutamente, están imponiendo los países industrializados, los cuales hegemonizan de igual forma los órdenes comercial, diplomático, geopolítico, etc., del mundo. Y en esta estructura internacional, los países del subdesarrollo no aspiran a ninguna alternativa, esto es, a reforma alguna posible en favor suyo. Muy por el contrario, estamos acercándonos a una etapa de una lucha interna para impedir la desintegración de las sociedades latinoamericanas en sus formas sociales, productivas y culturales, en procura de mantener el único ámbito de acción que nos queda.

Los espacios de negociación comercial, diplomática, política hacia el exterior se tornan en una quimera ante el avance del capital y su creciente poder político a través de varios instrumentos como lo son la deuda externa, la inversión de capital, la dependencia científica tecnológica, la desproporcionada subvaluación de la fuerza de trabajo en el mundo subdesarrollado y, en determinado momento, el narcotráfico, que

en conjunto, contribuyen a acelerar una crisis sin precedentes en estos países, alejándolos de cualquier equilibrio negociador ante las potencias industrializadas, *cfr.* Carlos Vilas (1994).

Sin embargo, en lo interno, las sociedades latinoamericanas están perdiendo su identidad, al ser violentamente compelidas a una integración capitalista que progresivamente pretende destruir los intereses populares para conformar un mundo plenamente integrado al modo de vida capitalista.

### **c) Proyectos sociales alternativos**

En estos tiempos de cólera, y no de la que nos habla García Márquez, sino de aquélla que habla de la ira creciente contra un modo de vida esencialmente excluyente, conviene preguntarse: ¿a qué aspiramos como sociedades de un capitalismo que, subordinado, no acierta a desplegar sus potencialidades, si es que las tiene?

Acaso a una "caricatura" de los países ricos y estar sujetos al "crimen y delirio de la sociedad de consumo... /donde/... el 6% de los ricos de la humanidad acaban con un tercio de la energía total disponible, y con un tercio de los recursos del planeta...", *La Jornada*, "AL, caricatura del Primer Mundo: Eduardo Galeano" (14/X/1993, p. 49).

En tal sentido, ¿las clases sociales existentes en América Latina coadyuvan al fortalecimiento de la democracia en la región, o sólo favorecen las diferencias existentes?

Tal parece que es así, que los signos hablan más de un ahondamiento de las diferencias y de los conflictos sociales, que de su finalización. Por tanto, es, más que viable, imprescindible debe decirse, la construcción de la democracia –socialista agregaría– en nuestros países secularmente explotados y expoliados por otras que, en nuestra pobreza, fincaron su riqueza.

Cabe asimismo la pregunta que González Casanova hizo alguna vez: "Cuando hablamos de democracia ¿de qué hablamos?", pues creo que en la gran mayoría de los actores sociales latinoamericanos está surgiendo la interrogante del por qué permanece el subdesarrollo en nuestras sociedades, ante un modelo plenamente impuesto, y que nos hace pensar con una serie de ideas ajenas a nuestra auténtica forma de ser.

Pareciera que en el mundo subdesarrollado "... se comienza a tomar conciencia de que estamos gobernados por un sistema que es cada vez más enemigo de la naturaleza y de la gente. Y esta enemistad no es nada nueva, por cierto. Está

cumpliendo cinco siglos. En América, nace con la Conquista una modificación radical del sentido de la realidad. En esa etapa cuando las culturas indígenas en América practicaban una comunión con la Naturaleza, a partir de ese momento vieron cómo su concepto de vivir se convirtió en pecado porque la visión hispana así lo decidió. Y recién ahora estamos empezando a entender cuán acertados estaban aquellos seres semidesnudos que los europeos consideraron ignorantes y salvajes.", cfr., "En AL la historia no terminó; apenas comienza: Galeano", *La Jornada* (8/X/92, p. 26)

En América Latina padecemos, además de la continuada dictadura política, la dictadura económica. Pensar y actuar con un espíritu libertario está rotundamente prohibido puesto que, además, es la "dictadura económica" quien lo impide, ésa que en apariencia se elige *popularmente* y que el Estado protege de una forma tan celosa. Caro en verdad nos está saliendo el espejismo de un "mundo feliz" que, en la región latinoamericana, está condenando a un ochenta por ciento de la población.

De algo se puede tener certeza en el momento actual, la década de los 80 sólo trajo pobreza generalizada al subcontinente cancelando cualquier posibilidad de realización de las aspiraciones, tanto de la clase trabajadora, como de las inefables capas medias. Cabe mencionar en este orden de ideas, la ideología de amplios sectores de las sociedades de la región, se ubica en un espectro oscilante entre los deseos de una revolución reivindicadora de los que "nada tienen", a las francas ideas de un proyecto extranjerizado en gran medida y, en algunos casos francamente fascistas, esto es, de ultraderecha. El proceso de la superestructura, esto es, de las formas de conciencia social así, se rige en la dinámica más contradictoria, diversificada y, en algunos casos, fuera, aparentemente, de cualquier interpretación sistemática.\*

Ante el avance arrasador de la pobreza, cualquier esfuerzo interpretativo queda marginado si no se recupera un espíritu de necesaria actividad en la búsqueda de lo que es objetivo. El capitalismo en América Latina es, en sí mismo, un proceso devastador que ha inutilizado casi en su totalidad las riquezas naturales, al deteriorar el medio ambiente, al depredarlo y degradar, en igual forma, la calidad de la vida; así como los escasos avances sociales obtenidos en la región como lo pudieran ser el Estado de bienestar, el apego a la tierra por las etnias existentes, las raíces comunitarias que perviven en las supervivientes culturas ancestrales que muestran, en mucho aún, la ruta verdadera que debiéramos seguir muchos sectores sociales, donde se incluyen desde luego los intelectuales, para aspirar a una liberación de un modo de vida que, por cierto, no hemos elegido.

---

\* Se debe tener presente en todo momento las diversas reacciones de las organizaciones de ultraderecha en contra de los marginados del sistema. La existencia de guardias blancas en contra de los "niños de la calle" en Brasil, Argentina, México, Colombia o Venezuela, son una amplia muestra del ejercicio de un poder bien organizado en contra de los elementos considerados como "problema" para la derecha latinoamericana, esto es, aquellos elementos generados por un capitalismo esencialmente irracional que pretende ocultar sus contradicciones asesinando.

Cabe mencionar que en el momento de profundizar en la situación actual, la crisis del medio ambiente, un aspecto fundamental es empezado a ser reconocido incluso por la CEPAL (1991 [b], cap.1), cuando admite que el creciente agotamiento de los recursos naturales, el desequilibrio ecológico y la gran empresa que implica enfrentar varios problemas climáticos, de explotación de recursos, etc., obedecen en buena medida a los objetivos que el desarrollo económico y social persigue.

No obstante, es necesario advertir sobre el gran problema que implica la gran devastación no sólo de recursos naturales, sino de los seres humanos mismos. La CEPAL argumenta en favor de un desarrollo "sustentable" pero un proceso de esta magnitud requiere de revertir, en buena medida, las políticas que sobre el desarrollo de las economías de América Latina han sido mantenidas desde la segunda posguerra y, especialmente, desde los últimos veinte años.

El proceso de reversión del deterioro ambiental y el desequilibrio ecológico no giran en torno al neoliberalismo en sí; en todo caso, estamos en el umbral de reiniciar el planteamiento de un modo de producción que ha sido esencialmente destructivo para modificarlo desde su raíz.

El modelo de desarrollo influye –por supuesto– en el deterioro medio ambiente, donde la ciudad de México es un dramático ejemplo, o donde delitos como el tráfico de especies animales o de otra índole son un fenómeno cotidiano, como lo es la devastación de la selva amazónica; y es obvio que el capitalismo del subdesarrollo paga un precio más alto en sus consecuencias. Si bien la solución a esta problemática pasa desde el nivel individual hasta alcanzar una dimensión económica y por tanto social, su solución, creo, va de la mano con una visión que encare la posibilidad de cambio de en la propia estructura de la economía mundial, la lógica de producción, el intercambio comercial y, por tanto, de la explotación de los recursos naturales.

Si bien, como lo plantea con claridad la CEPAL (1991 [b], pp. 10-28), la solución requiere de un "esfuerzo sistemático" que incorpora procesos tales como "... la conducción de la política económica, la gestión de los recursos naturales, la innovación tecnológica, la participación de varios estratos de la población, la educación, la consolidación de las instituciones, la inversión y la investigación"; el problema ve trascender los planos de los Estados nacionales para hacer que la globalidad de los países asuman una postura definida en favor de la solución de los problemas y, además, encarar novedosas formas de cooperación, *Ibid.*, p.10.

Sin embargo, debemos de tener en cuenta que en este camino de un progresivo deterioro de los recursos naturales, es a los países del subdesarrollo a quienes toca vivir la parte con más inequidades porque el precio, la tecnología, el ritmo de la explotación y la lógica de ésta se determina en función –hasta ahora– de intereses económicos no ecológicos, lo que motiva paralelamente, la destrucción progresiva y en muchos casos irreversible de vastas zonas, regiones, especies animales y

vegetales de este planeta al que le damos un trato que da la impresión de que contaríamos con dos o tres planetas más de repuesto.

En forma igualmente paralela es necesario encarar formas e instancias organizadas de acción en favor del medio ambiente, que brinden no sólo formas de concientización y de educación acerca de la ecología en lo que el nivel educativo básico es indispensable, sino que se requiere empezar a dar una armonía total a las políticas sectoriales y nacionales con el medio ambiente, su deterioro y contribuir no sólo a su saqueo irracional, sino para reconstruir, a través de diversas vías de financiamiento, la restauración ecológica CEPAL (1991 [b], cap. III).

Un claro ejemplo lo es la urbanización y su incontrolado crecimiento y secuelas en cuanto al consumo de agua en los diversos países de América Latina, por ejemplo, en Lima; o la producción de ciertos productos conduce a un uso irracional de insumos como el algodón en Centroamérica. Lima ve desaparecer áreas agrícolas en desmedro de un cada vez más ausente sistema de riego y una demanda de aguas que ha crecido en los años recientes y ya en 1979, se tenía un serio déficit de agua que "... no van a poder ser solucionados en el corto plazo, CEPAL [b], *Ibid.*, p. 36, recuadro III-4.

En América Central, Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua ven decrecer la producción y exportación de algodón debido a la mala utilización de los pesticidas y fertilizantes llevó a una situación de crisis aguda, por falta de integración entre los criterios económicos y ecológicos.

Esa misma pobreza origina el avance caótico de una serie de condiciones que, a pesar del discurso intelectual de moda, hacen notar las contradicciones y la lucha entre las clases sociales que hacen del capitalismo impuesto por el neoliberalismo, caldo de cultivo de un ámbito social generalmente sórdido, motivado por una ineluctable crisis económica Vuskovic (1996, pp. 176-181 y 233-245).

Compartiendo con Cueva, resulta evidente que, ... "Las urbes de América Latina, incluso las de mediano tamaño, se 'lumpenizan' más cada día; el común de los ciudadanos se resigna a vivir tras las rejas, como si el hampa fuera él...; al tiempo que la corrupción pulula en inmensos espacios del cuerpo social, invadiendo como es evidente las más altas esferas." Cueva ("El neoliberalismo sin rostro...", 9/X/1991, p. 27).

¿Qué cabe esperar del incierto futuro que evidentemente se teje en el contradictorio mundo latinoamericano? ¿Serán gratas las noticias que nos esperan dentro de una realidad económica cada vez más desequilibrada y, sin duda, en clara desventaja para los países no industrializados sujetos, las más de las veces, a los ciclos fluctuantes de las crisis capitalistas?, o bien, ¿En dónde se encuentra la síntesis del mito del "moderno" capitalismo latinoamericano?

Incluso, la "viabilidad" del capitalismo latinoamericano rebasa, por muchas razones, el ámbito económico para situarse en el campo de las decisiones políticas. Tal como el mismo Vuskovic lo plantea, (1996, p. 245), "... una estrategia simplemente correctora podría demandar, para ser eficaz, una diversidad de acciones —incluida la afectación de situaciones presentes de propiedad de los medios de producción— suficientemente profundas como para que se propusieran metas más trascendentes que la sola superación de la pobreza actual."

El mundo del subdesarrollo está sometido a las reglas de una división internacional del trabajo que, quién lo duda, se estructura en función únicamente de los intereses de los países industrializados (*Imperialismo*), tal como lo prueban las políticas neoliberales y la renovada tendencia a la diferenciación productiva existente entre ambas clases de países en el mundo. Poco se puede argumentar en la defensa de un modo de producción que está aniquilando el equilibrio ecológico y está condenando asimismo, al 80% de la población mundial, a un proceso creciente de pauperización, Dieterich "América Latina, entre el capitalismo utópico...", *La Jornada* (12/IV/1993, p. 49) y Galeano "Úselo y tirelo", *La Jornada* (12/III/1994, págs. 1 y 10).

La racionalidad capitalista se empieza a enfrentar así a una contradicción que, al menos hasta este momento, no tiene visos de solución: la armonía entre el crecimiento económico y el desarrollo social, la armonía entre la ley y la justicia, entre la política y la democracia al poner, donde debe estar, el interés general sobre el particular.

En este esquema de libertad con justicia donde el grueso de las clases sociales no encuentran elementos de realización, la dicotomía democracia-libertad ha devenido en entidades oscurecidas por la posmoderna sociedad de consumo que, al obligar a los individuos a ser objetos de un conjunto de necesidades creadas en función de los intereses de una reducida clase social económicamente poderosa, configura ante el grueso de las clases sociales una realidad regida por la permanencia de reglas construidas en su mayoría por la imposición de los intereses de la burguesía sobre las demás clases sociales.

El hecho es, la estructura social en la actualidad sigue dejando una cosa en claro: las sociedades giran en torno a los intereses de la burguesía, si se quiere, bajo esquemas más refinados a pesar de ser acaso más ideológicos que nunca y rigen, bajo este supuesto, el conjunto de las relaciones sociales que no se han modificado sustancialmente al menos en los últimos dos siglos, es decir, acorde a la evolución histórica del mundo y sus sociedades, a la lógica del capital y su consecuente entramado sociopolítico el cual sigue imperando.

Por tanto, las contradicciones inherentes a este modo de vida y producción siguen perviviendo, a pesar del discurso atemperante en la superficie, ligado no obstante a un aparato de represión cada vez más evidente y desligado en esencia de cualquier tipo de convivencia democrática. Y es en este proceso, en el agotamiento explícito de los recursos de las clases sociales postergadas ante un orden

socioeconómico hostil, donde creemos que deben emerger novedosas formas de organización social.

Ante la devastación creciente de las organizaciones tradicionales de la clase obrera, ante el agotamiento y perversión de los partidos políticos y los sindicatos, tienen que valorarse una serie de elementos hasta hace poco inéditos. Si el movimiento de las sociedades rebasa a sus organizaciones, resulta evidente la necesidad de conformar organizaciones alternativas, fuera de los ámbitos regidos por las burocracias públicas o privadas y es en tal sentido, que cobran fuerza los movimientos sociales expresados a través de las organizaciones de colonos, de damnificados, de campesinos expoliados, ecologistas, minorías sexuales, jubilados y pensionados, etc.

Por tanto, el recuento negativo acrece el contenido de lo "popular" en los procesos sociales latinoamericanos. El "pueblo" ascendiendo y no bajo la antigua fórmula populista, sino el que asciende en procesos políticos profundos para reasumir la dirección de su existencia, en un intento por contrarrestar un modo de vida creado en función de intereses ajenos a lo que es popular, para reasumirse así críticamente, y no como esa gran masa de habitantes que siempre permanece en el anonimato, incluso para sus estudiosos.

Cabe entonces aclarar el significado de lo "popular", de sus límites y alcances; de las potencialidades que encierran las fuerzas sociales que encarnan este significativo rasgo generado por la "posmoderna" sociedad capitalista. Además, debe aclararse su sentido cabal, esto es, la capacidad de convocatoria para la generación de cambios radicales en la estructura social y económica sujeta también a una inercia que, auspiciada por la burguesía, impide a toda costa los cambios que atenten contra sus intereses.

Dentro de los elementos que obligan a una concepción clara de lo que representan los intereses populares, encontraríamos en la amplia experiencia latinoamericana aquellos procesos donde el grueso de las clases sociales marginadas y postergadas, han irrumpido con evidente fuerza y sentido para hacernos ver los problemas auténticos que suceden en nuestras sociedades. No son gratuitos de tal forma, los estudios que sobre los movimientos sociales se han realizado, cuando se analizan sociedades como la brasileña, las del Caribe y mexicana y, en general de América Latina que, desde el inicio de la Colonia, han intentado oponerse al dominio sobre ellas impuesto.

Sería injusto además, clasificarlas excluyentemente y citar sólo una parte de la extensa bibliografía que sobre ellas existe, puesto que lo que distingue a este tipo de procesos es su variedad en cuanto a sus expresiones y, asimismo, la multiplicidad de los sectores de la sociedad donde irrumpen Camacho (1990, pp. 123-165).

Los movimientos populares son una clara muestra de la vitalidad de las clases sociales, y su existencia se registra en función de las condiciones de explotación y

dominación que sobre ellas se ejercen. En este sentido, los movimientos campesinos, urbanos, de desaparecidos y exiliados políticos, de luchadores en pro de los derechos humanos, de la teología de la liberación, etc., se despliegan en el marco de una civilidad o marco legal ciertamente restringido, pero en procura de una modificación de esas condiciones de explotación.

Los movimientos sociales se proponen "... transformaciones del estado, las cuales pueden ser parciales... como es en el caso del movimiento ecológico... o totales cuando los movimientos unifican sus luchas, generan un proyecto común de transformación de la sociedad y se constituyen en movimientos de todo el pueblo. Esto sucedió en Nicaragua en 1979 y sucede... en El Salvador, en Bolivia en 1952, en México en 1910, en Cuba en 1959, en Granada en 1979, ... en Perú en 1972, situaciones en las cuales los movimientos se constituyen en uno solo al que se le ha dado el nombre de Movimiento Popular, en singular y con mayúscula." Camacho (1990, *ibidem*).

En el marco de una discutible crisis de los paradigmas, es notorio cómo, dentro del vasto campo social, las expresiones de lucha y enfrentamiento se han diversificado. No obstante subsistir la raíz, el complejo juego de la lucha de clases adquiere un marco que va más allá de la lucha frontal entre burguesía y proletariado para conformarse, en la dinámica constantemente en movimiento de una serie de conflictos sociales y políticos en permanente ascenso, cfr. Norberto Bobbio (1995) y Sánchez Vázquez ("Izquierda y derecha en política: ¿y en la moral?", *La Jornada*, 26, 27, 28 y 29/II/1996).

Sus formas de expresión están inscritas así en la lucha por la posesión de la tierra, por el respeto a la integridad física de las personas, el derecho a la vivienda, el respeto a las garantías sociales y económicas alcanzadas, etcétera, es decir, la problemática de los movimientos sociales se relaciona a la estructura social, a la lucha en su interior, y su expresión está ligada, indefectiblemente, a los intereses propios de los sectores golpeados y expoliados de las sociedades latinoamericanas Camacho (1990, pp. 125-6).

Para precisar en este apartado las razones que expresan una problemática, creemos que los movimientos populares se inscriben ahora en una lógica muy compleja pero clara a la luz de la teoría del imperialismo, la dependencia y el subdesarrollo y son consecuencia así, de una dinámica donde la superexplotación, el despojo y la marginación adquieren una "normalidad" que es, sin duda, preocupante.

Su dinámica se define en función de la desintegración de las formas ancestrales y de la contradicción entre el capital internacional y los intereses nacionales de las sociedades del subdesarrollo. Por ejemplo, el *problema* de la propiedad de la tierra mueve, en al menos once países fundamentales de América Latina, a la vivencia de una serie de procesos que el capitalismo impuesto en la región no ha resuelto, Pitone (1994 [a]) y EZLN (1994 y 1995).

Argentina, México, Guatemala, Colombia, Venezuela, Bolivia, Perú, Ecuador, Brasil, Paraguay, y Chile, enfrentan en su interior el "problema" indígena no sólo ligado a la propiedad de la tierra. Su esencia pertenece a una dinámica tan profunda, que escapa al ojo analítico "occidentalizado" de los científicos sociales de la posmodernidad, y se hunde así en las raíces profundas y ancestrales que obedecen a su propia concepción del mundo, social y natural.

En tal sentido, para América Latina el "problema" indígena contiene una perspectiva radicalmente distinta a la del problema campesino en el resto de Occidente. A pesar de cinco siglos de exilio impuesto en su propia tierra, los indígenas de América viven y, para colmo de la cultura occidental, piensan. De esta forma, "... son un problema. Y para que el problema deje de ser problema, es preciso que los indios dejen de ser indios. Borrarlos del mapa o borrarlos el alma, aniquilarlos o asimilarlos: el genocidio o el otricidio." Galeano (1991, pp. 19-21) y Dieterich coord., (1990)

Esta es la ideología reflejo de una cultura montada a su vez en un modo de producción antidemocrático y excluyente. El indígena está emergiendo y parece que será difícil detenerlo con discursos igualitarios, integradores y conclusivos. "El 16 de diciembre de 1492, Colón lo había anunciado en su diario: los indios sirven para *les mandar y les hacer trabajar, sembrar y hacer todo lo que fuere menester y que hagan villas y se enseñen a andar vestidos y a nuestras costumbres. Secuestro de los brazos, robo del alma: para nombrar esta operación, en toda América se usa, desde los tiempos coloniales, el verbo reducir. El indio salvado es el indio reducido. Se reduce hasta desaparecer: vaciado de sí, es un no-indio, y es nadie.*" Galeano (1991) *ibid.*

Ante esta cuestión como todas las demás, ¿qué cabe hacer?. Tal vez que la dinámica que absorbe al movimiento popular diversifica pero, asimismo, *aclara la dimensión de las contradicciones existentes. No fenece la lucha de clases, si bien por el contrario, se diversifica, complejiza y multiplican sus facetas articulando, finalmente: política y análisis social, compromiso y estudio, comprensión y pasión, objetividad y participación, teoría y praxis.*

Se rebasa el fenómeno del sincretismo no sólo religioso, sino de participación social, política y filosófica pues se reivindica —y en tal vía se despliegan los zapatistas en Chiapas, por ejemplo— el rescate de una cultura que no por postergada y postrada está en el pasado. Es una lucha vital de la que mucho habrá que decirse todavía *EZLN (1994).*

En otro orden, pero ligado a las problemáticas nacionales, tenemos la lucha en las ciudades que, por ser los ámbitos donde se hacen más evidentes a los ojos de todos los conflictos sociales, los movimientos obreros y la problemática generada por la llamada "economía informal" sufren, en al menos los últimos quince años un proceso de transformación organizativa y participativa muy evidente.

Estamos ante la "urbanización de la pobreza", Osorio (1995) y Roitman (1994) y su generalización da pie a fuerzas sociales propias de la marginación, el desempleo, la alta explosión demográfica CEPAL (1990), etc., que, imponen una seria contradicción a los proyectos de desarrollo a largo plazo, y la propia globalización e integración precipita conflictos de casi imposible respuesta a los gobiernos de la región.

Por otra parte, junto a la marginación y empobrecimiento de unas economías estancadas, las organizaciones obreras, los desempleados, así como el movimiento de colonos y subempleados, o bien de los niños de la calle, adquieren perfiles de importancia sí pero, no lo podemos negar, contradictoria. Cooptados muchas veces por el poder oficial, o bien por las burguesías que dominan las áreas urbanas y de cada una de las ramas productivas, el ascenso de las masas en los centros metropolitanos ejemplifica una faceta más de las carencias del subdesarrollo Camacho (1990, p. 135).

Los procesos de desmantelamiento de las organizaciones populares tradicionales es un hecho. El neoliberalismo "sin rostro humano" ha roto, en forma importante, los mecanismos de defensa y supervivencia estable de la clase obrera fundamentalmente, y mantiene la continuada explotación de una fuerza de trabajo subvalorizada, en muchos casos subempleada o sometida a renovadas formas de organización del trabajo como lo es el de la "flexibilización" laboral, así como la tremenda capacidad de movilización que, a escala internacional, ha adquirido el capital, cfr. Estela Gutiérrez, coord. (1990)\*. Y todo lo anterior, bajo un discurso que esgrime la democracia "sin adjetivos", esto es, un mito más.

Ante la "libertad de mercado", vemos que lo que se ha liberado en realidad son los "mercados libres para los pobres... / a través de la / ... protección estatal para los ricos." La libertad para el capitalista ha significado el encarcelamiento de las aspiraciones de la clase trabajadora y le ha significado, asimismo, la reversión de lo obtenido mediante sus luchas sociales y populares y que habían dado origen a la existencia de los estados benefactores, por lo que ahora las posibilidades de deshacer este progreso son parte de "... la internacionalización de la economía: 'Ya no es necesario trasladar empleos; basta con amenazar con el traslado de empleo para que la gente abandone sus derechos... y resulta efectivo: desmoviliza y desalienta a los trabajadores en la lucha por sus derechos.'" Entrevista a Noam Chomsky, *La Jornada* (6/XI/1994, págs. 1 y 54)

De esta forma, ante el avance de la desestabilización y el rompimiento de las organizaciones proletarias y campesinas en el plano nacional, es muy probable que crezca una progresiva movilización que tendrá a través de formas organizativas con una práctica política alternativa, de parte de las masas proletarizadas en esta etapa

---

\* Es importante analizar, asimismo, la entrevistas a Noam Chomsky, en *La Jornada* los días 6, 7, 8 y 9/XI/1994, que en los artículos plantea en forma muy clara, la lógica de la relación entre el capital y el trabajo dentro de las condiciones que dicta el modelo neoliberal para México y América Latina en general

de imposiciones neoliberales que han marginado prácticamente cualquier posibilidad de desarrollo auténtico en la región.

En los umbrales del siglo XXI, el llamado de la modernidad en América Latina se encuentra más cerca que nunca antes de la certeza de su propio subdesarrollo. Sin una capacidad estructural fuerte en lo económico, social y político, sus probabilidades de justicia democrática en esos mismos órdenes pareciera cancelada y, con el ejercicio imperialista más fortalecido asimismo, transcurre entre los resultados de una políticas que, como las neoliberales, reforman para retroceder en lo cualitativo de nuestras sociedades, para "avanzar" en lo cuantitativo sin mayores posibilidades para el grueso de la población, Chomsky (1996).

Debido a una ideología liberal proveniente incluso del siglo pasado, el capitalismo en la actualidad no puede asignar tareas específicas en materia de política social al Estado en las condiciones presentes. Si bien éste se especializa en algunas áreas, bajo la perspectiva neoliberal no puede estar al cuidado de la salud, de la habitación popular, de la debacle ecológica, de la educación, o bien del empleo y, en casos extremos y estructurales, del mantenimiento y reproducción de sectores productivos enteros.

A la luz de la crisis existente en la actualidad, se desprende que el narcotráfico en una consecuencia de lo que somete a los Estados actuales hasta ahora y en forma prácticamente irremediable a una dialéctica entre lo externo y lo interno.

En lo externo, la globalización va generando ritmos y ciclos productivos de acumulación y rotación de capital que escapan al control de los Estados nacionales: el capital, sobre todo en su aspecto financiero, se ha internacionalizado en forma definitiva. Esto modifica varias formas tradicionales en la relación donde las fronteras y los marcos legales que las rigen, se ven desbordadas por el capital apoyado en forma absoluta por la tecnología, (Kaplan, 1991, cap. III).

Ante la mutación que se vive en todo el orbe, sólo una minoría social se ve beneficiada. La gran mayoría de la población se ve marginada del proceso de bienestar del capitalismo actual, dentro de las naciones y en el planeta en general; y es en las naciones donde "... se recluta, al mismo tiempo, una parte considerable de los involucrados en la adicción y el tráfico de drogas, ya sea como narcotraficantes, beneficiarios, consumidores-víctimas." (Kaplan, 1991, *ibid*, p. 23)

Por otra parte, endógenamente América Latina vive un proceso de cancelación de su proyecto de vida o de nación incluso. La globalización actual sólo acentúa el carácter subdesarrollado, dependiente y, en buena medida inviable cabría agregar, de un capitalismo inmerso en un mundo a la deriva y donde los gobiernos de la región sólo improvisan y atienden los mandatos de las metrópolis industrializadas a través de sus organismos de financiamiento.

Existe así, "... la evidencia de un proceso insuficiente, incierto, confiscado por grupos privilegiados, con generación de miseria, privación, marginalización para la mayoría de la población y, sobre todo, la perspectiva de crecimiento nulo, del estancamiento o la regresión. Crisis económica, estancamiento y regresión del crecimiento llevan a la inestabilidad social; afectan al Estado, a la participación política, a la democratización." Kaplan (*ibid.*, p. 24)

En suma, los recursos vitales que encierran en su conjunto el grueso de las clases sociales como los campesinos, los trabajadores industriales y de servicios, comerciantes, intelectuales, profesionistas e incluso empresarios caen en esta vorágine perversa donde se instala una dinámica de vida dominada por recurrentes crisis económicas y sociales, favoreciendo el desequilibrio del orden mundial esto es, empobreciendo a las sociedades subdesarrolladas al limitar con una violencia creciente, las energías y capacidades de sus clases sociales permitiendo con ello, la continua permanencia de sociedades que se enriquecen. Hay, como dice Kaplan (1991, p.27), un "... patrón de acumulación con una diabólica triada, integrada por la economía en caos, la disolución social y la anarquización política."

El contexto del narcotráfico en este sentido, se ubica en torno a elementos económicos y políticos que son de enorme relevancia, apoyados obviamente en una industria químico-farmacéutica que está en la base ya sea directa o indirectamente del avance de este fenómeno. Si bien en Colombia, Perú o Bolivia son productores de sustancias derivadas en lo fundamental de la coca, es preciso aclarar que su producción responde a una demanda, a un mercado real y que exige esta producción.

Heroína, marihuana y cocaína son consumidas en los Estados Unidos y es ciertamente este mercado —sustento innegable de una poderosa "economía criminal" que ha crecido a dimensiones seguramente no bien mensuradas aún— que funciona como "... precondición, estímulo y dinamo de la producción, la oferta, el tráfico en general." (Kaplan, *op.cit.*, p. 79)

Las consecuencias son devastadoras y sus raíces obedecen no sólo a la "maldad" de quienes organizan, controlan y promueven el tráfico de drogas. La raíz, si bien tiene una vertiente antropológica que en algunos casos se pierde en la lejanía del tiempo ya que muchas culturas han conservado dentro de sus costumbres el uso de algún tipo de droga, es, en realidad, con el ascenso del capitalismo y, en buena medida, con lo diversos factores sociales, psicológicos y de salud que aquél genera, como vemos el avance en la utilización cada vez más sofisticada del uso de drogas.

Morfina, heroína y cocaína pasaron de ser potestad de laboratorios europeos a los Estados Unidos generando con el crecimiento de la industria químico-farmacéutica, el control, la mediatización y orientación no sólo de la producción sino del consumo con la utilización casi siempre permanente de un "patrón de promoción acelerada de cada nueva droga, de persuasión sobre sus múltiples bondades y sobre la carencia de riesgos y daños... Creadas así las adicciones, cada una de ellas ha

podido ser remplazada, cuando su nocividad se vuelve demasiado evidente, por otra droga lícita de atracción y riesgo equivalentes." (Kaplan, *op.cit.*, p. 64)

El narcotráfico genera varias formas de inserción y predominio social y político en las sociedades de América Latina. Desde luego, resulta una verdad creciente el desplazamiento en la producción de otros artículos por los plantíos de coca o marihuana; se incorporan así crecientemente sectores campesinos a la producción que controla el narcotráfico y debilitan aún más el sector agrícola, en especial la zona andina.

Colombia, Perú, Bolivia y ciertas zonas del Brasil ven crecer una interdependencia donde los sectores que controlan el narco devienen en nuevos actores sociales, incidiendo notoriamente en la política y economía interior y, desde ahí, se impulsan hacia la economía externa. Cabe decir en este orden de ideas que el proceso del narcotráfico se impone en varios sentidos que Kaplan define así:

1) Una economía desde luego criminal que crece vertiginosamente dado el consumo y la demanda de drogas desde América Latina.

2) Una masa enorme de capitales involucrados en la dinámica de cuantiosas ganancias y acumulación que genera el narcotráfico.

3) Se genera, con la masa de capital utilizado, una gran concentración y centralización de poder económico que da pie a la creación de poderosas organizaciones que ejercen influencia y control en las economías de las naciones, tal como sucede en los países arriba mencionados, (Kaplan, *ibid.*, cap. V).

4) Son creados espacios que se requieren para el lavado o bloqueo de dólares no sólo en la zona andina sino, además, otros países de la región participan a través de sus mercados comerciales y financieros en Panamá, Antillas Holandesas, Bahamas o Uruguay, (*ibid.*, p. 84).

5) El narcotráfico maneja aspectos legales e ilegales en torno al proceso de inversión y producción de drogas y estupefacientes para lograr un adecuado entrelazamiento en el marco de toda su actividad.

6) El narcotráfico crea, asimismo, una vasta red de organización social y productiva, esto es, una amplia división del trabajo que mira cómo campesinos, químicos, laboratoristas, transportistas de toda especie, traqueteros, sicarios, abogados, contadores, intelectuales, periodistas, científicos sociales, políticos, gobernantes, administradores, jueces, aduaneros, fiscales, policías, empleados en redes informáticas, arquitectos, decoradores, médicos, veterinarios, modelos, deportistas, se involucran en una especie de "narcoeconomía" que extiende una influencia no sólo nacional sino que va más allá, Kaplan (*ibid.*, pp. 89-90).

El narcotráfico en América Latina se involucra así, en una organización tan amplia que 'atrapa' en varios sentidos a los que en él se involucran. La dimensión es tan grande, que pudiera decirse que en el narcotráfico coexisten aquellos grupos que dirigen y son dirigidos ya sean beneficiarios directos o indirectos y las víctimas que consumen de él. Asimismo, con este fenómeno se abre el espacio para una enorme transferencia de capital en su forma financiera, en detrimento de las inversiones productivas, lo que afecta así la posibilidad de una salida del atraso y la dependencia de las economías de la región. Su masa de capital por tanto, no tiene como fin solventar los problemas provenientes del subdesarrollo de la región.

El narcotráfico, por tanto, al extender sus redes al campo internacional — producto de la fuerte demanda que proviene de los Estados Unidos, donde por cierto participan activamente en su comercialización México, América Central y el Caribe— tiene la posibilidad de corromper a sectores enteros de los gobiernos que, en general, son débiles y vulnerables para mantener una política antinarco, pues ciertamente sus prioridades son contradictorias y "poco conciliables", Kaplan (*ibid.*, pp. 129-130). Incluso, el narcotráfico se está adaptando al proceso de globalización, es decir, a una creciente "internacionalización" donde las comunicaciones, el financiamiento, o bien la producción de un capitalismo que no es de una racionalidad que abarque un lado humano, hace que los mercados impongan no solamente en América Latina, sino en Estados Unidos, Europa y Japón, el espacio y el contexto del narcotráfico haciéndolo desenvolverse como un actor en un espacio internacional y transnacional.

Globalización, internacionalización del capital y mundialización de la problemática del narcotráfico van de la mano y, a diferencia del marcado enfoque simplificador de los Estados Unidos, quienes remiten esta problemática a conflictos que deben resolverse fuera de su territorialidad, impide asumir su combate en forma global, en una dinámica que comprende a varios países, dentro y fuera de sus fronteras.

La salida que se perfila en esta contradicción entre los intereses del capital transnacional y las formas de organización social que, en muchos casos, obedecen a una raíz profunda del devenir histórico de los pueblos. En esta dinámica, es de preverse que la contradicción proveniente de este choque, arroje una serie de problemas en los cuales la racionalidad capitalista actual difícilmente podrá encontrar soluciones sin violencia social, política y bajo proyectos económicos de necesaria perspectiva alternativa a los propósitos neoliberales.

#### **d) Reformas reales y ficticias**

Afirmar que los avances, en términos sociales, se determinan por el grado de profundidad que aplica el Estado a través de la política económica creo que es, por lo menos, impreciso, por no decir que enteramente falso.

Los cambios desde la cima del Estado y, por tanto, del poder, son reformas de forma y no de fondo como pudiera pensarse. El Estado en América Latina quiere dar libertad sólo a las inercias del mercado, donde ese libre juego de las fuerzas económicas puede hacer en función de organizar la economía de las sociedades en terrenos donde la oferta y la demanda no pueden operar con eficacia. El sentido de este desequilibrio nos obliga al establecimiento de necesidades reales, de su solución sin la excesiva carga de una globalización e integración destructiva de los elementos que hasta ahora dan peso a lo que somos como naciones.

Asimismo, los cambios de fondo, esto es, de raíz, sólo existen en la medida que se lucha por ellos, como cuando las clases o sectores sociales conscientes verdaderamente de la necesidad de un cambio cualitativo, realizan un intento serio buscando su identidad y, asimismo, la razón profunda de la existencia del orden social imperante. Pero sobre todo, son cambios generados desde la base social, aunque no necesariamente encauzados por ella.

Así el Estado, bajo el capitalismo adquiere sólo una función formalizadora de los cambios o avances por medio de las reformas ya sean éstas a los códigos o a las constituciones pero, casi siempre, con el firme propósito de sostener la lógica del orden vigente, esto es, las relaciones sociales fundamentadas en las relaciones de explotación y subordinación de las clases asalariadas hacia la burguesía.

En este sentido, cabe aclarar que en la sociedad actual el orden legal sólo constituye, en la medida de que su manejo sólo es accesible para un selecto grupo de ilustrados, una serie de factores creados para impedir lo fundamental, esto es, la posibilidad directa del ejercicio de la justicia popular, del ascenso de las masas en pos de sus intereses más genuinos, Mandel (1979).

Ahora que el discurso, más ideológico que producto de un marco analítico y propiamente científico, desde el que la postura neoliberal ofrece una democracia fundamentada en la libertad del mercado, es muy posible que la libertad aludida sólo se circunscriba a la de los intereses del capital. La liberación de los mercados en el mundo suena así, como la liberalización de la fuerza de trabajo contenida en una serie de sociedades con mercados sin desarrollar, y por tanto plenamente sujetos a la dinámica de las fuerzas desatadas del capital, Vilas (1994).

Las reformas se construyen así, en torno a las condiciones que establece el capital y su clase social representativa, la burguesía. Los cambios, por tanto, no son tales en cuanto no se constituyen en una plataforma de fortalecimiento democrático o bien de confluencia de una modificación objetiva de las condiciones de miseria, explotación y empobrecimiento crecientes al interior de la población asalariada.

El sometimiento es claro, en el sentido de que el capital no ofrece democracia a los "ciudadanos" que creemos en las "bondades" de la libertad de mercado. Éste no admite sentimentalismos u opciones de ética o moral ante lo que se conoce como las

"necesidades" de las personas, puesto que la ley imperante se sintetiza dentro de la dinámica de la explotación de la fuerza de trabajo; el capital subsiste para la obtención de plusvalía, no es otra su razón de ser, Marx (1980, pp. 32-36)

En tal sentido y como inferencia dentro de la dinámica del capital en la *división internacional del trabajo* y, desde luego, en lo referente a las economías subdesarrolladas, aquél no hace posibles las condiciones para la superación de este modo de vida. El atraso y la dependencia son *imprescindibles* para la continuidad del capitalismo en su dimensión internacional, es decir, el subdesarrollo sólo ofrece a los hombres y mujeres del Tercer Mundo una cosa: *subdesarrollo*. El futuro no tiene "opciones" esto es, situaciones por las que nuestros gobiernos pudieran optar o elegir libremente. Incluso desde la postura del poder, el discurso y el ejercicio conciliador se va limitando en la medida que la sociedad civil articule fórmulas de organización y respuesta autónomas de la institucionalidad ofrecida por el Estado.

La lógica del capital no admite la democracia, ni económica, política y mucho menos social. De existir, éstas formas abrirían una posibilidad socialista que hoy está, como parte de la moda intelectual, cancelada; pero, si queremos subsistir incluso como especie, resulta incoherente sostener la vigencia de un orden como el que hoy vivimos. No es aventurado afirmar que, en el orden capitalista mundial, regional o de cada país, no existe —honestamente— el espacio, ámbito, ánimo incluso, para reformar y eliminar las condiciones que originan la profunda división entre los hombres y las naciones, es decir, no se avizora en el orden mundial actual una mínima posibilidad de conformar, ya no se diga un mundo de igualdad plena, sino que lo haga al menos un poco más equitativo.

La postura esencial radicaría, al menos en la actualidad, en una modificación de fondo por una de forma. Es evidente que el modelo de democracia política tradicional ha fracasado en el intento por transformar el rumbo de las sociedades y, sobre todo, como fórmula de expresión del sentir popular.

La democracia política como fórmula de participación entre partidos políticos desarticulados de una base social y sin un análisis claro de su entorno, ni de las clases o sectores que quieren representar y, finalmente sin un proyecto alternativo al neoliberalismo, resultan claves insoslayables que hacen imposible construir alternativas populares *organizadas y conscientes* de un capitalismo que hace "... caso omiso de la preocupación nacional y popular por el Estado-nación, el mercado interno, la planta productiva histórica interna, la utilización plena de los recursos sociales y naturales de cada país, y en general deseche una visión estratégica del desarrollo nacional, subregional o regional." Oliver (1994, p. 91)

En tal sentido, se ha perdido la articulación entre democracia política y democracia social, al menos en sus términos tradicionales puesto que la representatividad parlamentaria resulta, en la gran mayoría de las sociedades

latinoamericanas, un diálogo de burocracias distanciadas en lo fundamental de lo que amplios sectores de la sociedad civil demandan.\*

Todo pareciera reducirse a la suma controlable de los movimientos sociales emergentes, a un principio de *governabilidad* que permite a las renovadas oligarquías neoliberales, conformar y sostener el elemento de superexplotación de la fuerza de trabajo utilizable, así como un esquema de sujeción y subordinación a las políticas que, a manera de receta, se impulsan desde el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.\*\*

De esta forma la democracia social en el capitalismo subdesarrollado de América Latina se restringe a ahondar las desigualdades dándoles, a su vez, un marco de aparente institucionalidad. Se argumenta sobre una democracia de forma pero no se construyen los elementos para una de fondo, se "... persigue la gobernabilidad de los sistemas mas no sobre consensos de mayorías desplazadas..." pues la "... gobernabilidad no implica que se solucionen los problemas reales sino que no se manifiesten y no se traduzcan en conflictos. Cuando esto no se logra, se habla de bloqueos al sistema... (su objetivo esencial es)... que el conflicto social se neutralice en su origen, evitando desde allí la crisis del sistema político. Y ello se persigue sobre la base de fragmentar a la sociedad, de impedir sus expresiones colectivas orgánicas: negociaciones salariales individuales sobre la base de la productividad; tratamiento diferenciado por sectores, dando asistencia social a

---

\* Cabe, en buena medida, insistir en cómo este proceso de burocratización de las organizaciones populares en el poder o de oposición, viven crecientemente este fenómeno en el transcurso de los años 80 y lo fortalecen ahora. Culminando con la derrota histórica del Frente Sandinista de Liberación Nacional y de la transformación como fuerza política del Frente Farabundo Martí en El Salvador, el cambio de la postura del M19 en Colombia, del aparente abandono de la lucha armada de los "Macheteros" en Puerto Rico, la derrota de Aristide y el movimiento "Lavalás" en Haití, y el retroceso de la Unión Nacional Revolucionaria Guatemalteca (UNRG), son ejemplos citables que, explican tentativamente, el cambio que asumieron estas organizaciones al desligarse — al menos en el caso nicaraguense, haitiano y colombiano— de una base social. Salvo en Uruguay, donde el Frente Amplio ha jugado cartas importantes en favor de las clases populares —el trabajo de la Intendencia montevideana es, no por lejano, menos rescatable como fórmula de acción altamente democrática— y por el Partido del Trabajo (PT) en Brasil, con un fuerte sello de orientación obrera encabezada por Luiz Alberto da Silva "Lula", el resto de los partidos en América Latina ha elitizado y, por tanto, desligado su acción política de la base social. En México, el Partido de la Revolución Democrática (PRD) es un claro ejemplo de lo que una organización política no debe hacer, tal vez por su fuerte herencia oficialista, este organismo emergente de la crisis política de 1988, se ha rezagado en un país donde esencialmente falta trabajo articulador de base con un pueblo con casi 70 años de inmovilismo político provocado por el partido en el poder, de cualquier experiencia política activa y condenada, hasta ahora, al mesianismo y a la espera de héroes míticos que redimen y salvan al pueblo de sus "pecados", tal como ahora vemos que el "subcomandante Marcos" lo encarna en el movimiento indígena-campesino en el sureste mexicano.

\*\*Una cosa cierta se desprende del "retorno a la democracia" en el subcontinente latinoamericano: la única vía son regímenes civiles de *derecha*, bajo una línea común que cualifica toda expresión popular, como un atentado a la estabilidad y sujeta, además, a las sociedades —como en los años 70 y 80— a la sombra vigilante del poder militar. Incluso en México, donde la milicia mantuvo desde 1947 una sujeción evidente al poder civil, parece despertar, bajo un discurso que invoca la seguridad de las instituciones, un amigo que apoya la estabilidad y el orden neoliberal aún a costa de la voluntad popular, cfr. *La Jordania*, 6/IV/95, págs. 1, 10 y 12, y *La Jornada*, 5/VI/95, p. 43, sobre las declaraciones de Pinochet en torno al juicio y condena al General Contreras.

algunos, mostrándose inflexibles con otros y en algunos casos reprimiendo a los menos neutralizables...". Beatriz Stolowicz (1988, pp. 43-46) y Oliver (1994), *Ibid.*, así como la entrevista a Noam Chomsky, *cit. supra*

En tal forma, el horizonte sociopolítico se perfila muy poco alentador en el sentido de que se produzcan reformas tendientes a la generación de mayores espacios de acción y decisiones populares. No se ve cómo los gobiernos de la región conciten a un diálogo que abra espacios a los obreros, que atienda mediante fórmulas de organización renovadas, las necesidades de unas megalópolis que ven crecer y reproducirse dialécticamente opulencia y miseria y, finalmente, no se ofrecen canales concretos para contrarrestar la fuerza demencial del capital extranjero, que reclama paz social para invertir y succionar con libertad un excedente económico que reproduzca el eterno fenómeno de la acumulación de capital.\*

Cabe hacer una pregunta más de las muchas que ha arrojado este trabajo. ¿Si no caben las reformas a una manera de ejercicio del poder que no desea ser modificado, qué procede?

Nos atrevemos a decir que procede la organización y la manifestación política en todas sus formas y versiones posibles y probables. Porque, en efecto, la política es el "arte de lo posible" ahora pareciera ser un buen punto de apoyo como elemento de reflexión en lo que fue planteado hace ya un buen tiempo por Aristóteles, y que está retomado en una serie de conferencias realizadas en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales en 1984, bajo el tema de "Reforma de la Conciencia".

La democracia social debe ser concebida como la única alternativa visible por ahora. Su construcción, necesaria e indispensable, supone el enfrentamiento a una serie de razones y situaciones no plenamente delimitadas o definidas racionalmente, pero inherentes al ánimo y a los más profundos deseos de la gran mayoría de los seres humanos, que se centra en particular en una cosa: la transformación del mundo.

La democracia social necesita de la política a través del elemento esencial que retome lo que quizá ya esté generado en el mundo desde hace tiempo: la fuerza social para los cambios. En estos momentos de duda, cuando la noción

---

\* Como ejemplo ilustrativo surgen dos procesos que nos hablan de la "democracia neoliberal". En México el gobierno ha permitido que se pueda ejercer una de las prácticas más sucias de que se tenga memoria, organizadas contra el Sindicato de Trabajadores Unidos de Ruta 100 (SUTAU), con el fin de reprivatizar el transporte masivo en la capital, golpeando no sólo a los trabajadores en sí, sino albergando con ello, una muestra más del ataque sistemático que los gobiernos de este corte, llevan a cabo en contra de la clase trabajadora. Simultáneamente, o casi en forma paralela, en Brasil, Fernando H. Cardoso, el otrora elogiado intelectual dependientista y estudioso social, ha abanderado el más grande despojo en la historia reciente de ese hermoso país, al lograr prácticamente la privatización de PETROBRAS —la industria de hidrocarburos de procedencia estatal— reprimiendo a los trabajadores de esa empresa y logrando con ello la segura intervención extranjera en el sector más estratégico de la economía brasileña. Pocas garantías esperan así, al grueso de las clases asalariadas y subsumidas igualmente a la voluntad del capital nacional y, sobre todo, extranjero. *Cfr. La Jornada*, 8 y 10 de junio de 1995, págs. 46 y 47 respectivamente.

revolucionaria retoma en muchos cerebros la vía de las armas como única y última solución posible es necesario, imprescindible se diría, retomar lo que viene intentándose desde hace tres o cuatro mil años, a saber: "... propuestas, sobre la base de la libertad humana, de las posibilidades nuevas, desconocidas, nunca cerradas o imposibles de acotar, de la creación humana. Siempre de la política como campo de lo posible: no sólo de lo que es, sino también de lo que no es, pero puede ser. Campo, por lo tanto, confundible con el de la poesía, si no fuera por la diferencia entre la *poiesis* y la *praxis* o, dicho de la forma clásica medioeval y renacentista, de 'las armas y las letras'." José Ma. Bulnes (1984, mimeo., p. 85)

Muchas dudas asaltan al reflexionar la realidad del futuro posible pero, ¿qué tenemos hoy? ¿a qué cosa aspiramos? ¿en qué dudas confiscamos nuestra mucha o poca capacidad de razonamiento? Será que estamos aún en la concepción de un mundo que resulta así como "... mágico y milagroso, religioso y científico, todo a la vez, en manos del hombre, mejor dicho, en manos de la conciencia humana... para confusión de los 'incrédulos del mundo entero', cuyo pecado y situación sin remedio es no ser religiosos ni materialistas, ni idealistas ni políticos, en un sentido grande... (donde acaso)... nos sabemos al borde de la posibilidad que todo esto sea así, y que, de pronto, se produzca, por la sola generalización de la conciencia de ello, una ola incontenible que produzca el vuelco de la historia humana, la gran y verdadera revolución que todo el mundo anhela, que ha anhelado siempre, para la cual podrían ya estar acumuladas desde hace mucho todas las fuerzas necesarias." Bulnes (1984, p. 87c).

En este orden de ideas, no parecieran caber las reformas democráticas para una doctrina que, como el neoliberalismo concentra la riqueza y el poder, distribuye la muerte y la pobreza... /y donde/... los campesinos, los indígenas no caben en planes y proyectos... dentro de un proyecto de globalización, un proyecto económico y político que, de pronto, descubre que le estorban todos los pobres, todos los opositores, es decir, la mayoría de la población...". Subcomandante Insurgente Marcos ("Una historia sobre garzas y águilas en la selva lacandona", *La Jornada*, 3/N/1995, p. 14).

Parece que el neoliberalismo vota su propia "ley de punto final", pero no como fin de la historia. Al contrario, su práctica hiere nuevamente la memoria histórica latinoamericana y con ello, renueva las formas de lucha, de hacer política desde la base a través de los movimientos sociales que son y serán en su respuesta, tan profundos, contestatarios y violentos como el poder les exija; en este rumbo, la democracia se reconceptualiza, se abre hacia una redefinición histórica que, por tanto, la pone ante nuevos horizontes y derroteros, no para amordazarla sino para ejercerla desde todos los sectores sociales.

## e) Desarrollo y sociedad o sociedad y desarrollo

A esta altura del trabajo, en que hemos expuesto nuestra postura, conviene retomar las propuestas de varios pensadores en torno a esa "reforma de la conciencia" tan imprescindible para enfrentar estos tiempos de duda tan sistemáticamente impuesta ante el enfrentamiento de un mundo latinoamericano eminentemente polarizado por los Estados Unidos, cuyos gobiernos se empeñan —ilusa o conscientemente— en sostener un ideal modernizador, sin recapacitar en nuestra realidad, en nuestra historia, en la dialéctica de nuestro proceso como naciones.

¿Cómo se constituye una nación, qué la integra y hacia qué elementos debemos aproximarnos para su explicitación más verdadera? ¿Son las sociedades de América Latina naciones en el cabal sentido de la categoría, o bien están en el proceso de definición que, como sus clases sociales, todavía asumen espejismos de proyectos de nación ajenos que, si triunfaron o fracasaron, lo deben a su propia experiencia histórica?

La respuesta es que no, no existe, salvo en determinados sectores de la sociedad, un apego a lo que se entiende como lo nacional. En tal sentido, el proceso de consolidación del capitalismo en la región latinoamericana define al grado de madurez de sus clases sociales, de la organización productiva de éstas y, además, de su orden político constitucional.

La lógica del proceso capitalista en América Latina y su desarrollo mistificado, se revierte en lo relativo al despliegue de las fuerzas modernizadoras y sus inherentes costos sociales, en los que se evidencia con mayor claridad incluso, el apego a los esquemas impuestos y a los modelos indecorosamente copiados de toda la panoplia de conceptos, en especial en lo referente al tema que gira en torno al desarrollo, la modernidad, tan pretendidos pero existente sólo en los centros hegemónicos industrializados.

Ahora que el neoliberalismo parece no tener oposición alguna a los intereses y que, discursivamente al menos, maneja la supuesta concertación dialogada aunque vemos cómo en los hechos excluye de toda posible integración y diálogo a casi la mitad de la población, es preciso retornar al planteamiento de las necesidades reales que, socialmente, estamos obligados a sostener, no como un imperativo ético que de por sí es justificable, sino llevar el diálogo y la discusión de los problemas sociales al ámbito donde verdaderamente queden resueltos, Garrido (1996).

Si bien no es la moral la que debe impulsar los deseos de cambio y transformación requerida, la cuestión se presenta al cuestionar el modelo de democracia que pervive en el subcontinente esto es, el tipo de democracia institucionalizada en América Latina que, se quiera o no, más de un sector en cada una de nuestras sociedades, pacífica o violentamente, están cuestionando con

mucha seriedad y, en algunos casos, de manera radical, Sánchez Vázquez (*Izquierda y derecha...*)

El renacimiento de la violencia, organizada o no, como forma de respuesta al agotamiento del modelo de desarrollo impuesto a la región latinoamericana, es desafortunadamente el único camino que está avizorándose como salida a una problemática vivida desde hace 500 años. La alternativa revolucionaria como "las armas de la crítica" y a "crítica de las armas", revitalizada con "nuevos" actores sociales creados por la "democracia" neoliberal, advierte de una violencia incontenible, de un rencor profundo generado desde lo más hondo de las raíces populares que difícilmente será resuelto con artificiosos modelos de desarrollo.

Sin embargo, dialécticamente el proceso de represión de las libertades democráticas ha ido conformando una "explosión" que, en realidad, forma parte más de una necesidad que de una realidad. El espacio de actividad de las clases sociales postergadas de un proyecto y discurso neoliberal que aparentemente las incluye aunque en la realidad no lo hace, permite plantear que los espacios de acción de la sociedad civil se han multiplicado hasta llegar a lo que Gorostiaga, plantea como el fenómeno de "ingobernabilidad" para los Estados de la región, a partir de la inexistencia de un solo marco de acción para las expresiones de la sociedad civil.

La dinámica se centra así, en los ámbitos de la cultura, la política y la religión, en un conjunto de sociedades plenamente polarizadas que el autor define como supervivientes "entre la esperanza y el desastre", surgiendo sí, pero obligadas a no surgir, sometidas a la lógica de un esquema neoliberal que impide, más que ayudar, al logro de la democracia, Gorostiaga (1990, pp. 16-25).

Además, la lógica en que devienen los conflictos en las sociedades latinoamericanas, por estar tan ligadas a los intereses de los Estados Unidos, son cuestiones en las cuales no podemos eludir que cualquier intento por generar la democracia dentro de los espacios existentes, verá afectados los intereses de este país. En tal rumbo, el inicio de la década de los noventa marcó un renovado intento por parte de Estados Unidos de cubrir su dominación con supuestos Planes de ayuda, como lo fue la *Iniciativa para las Américas*, que implicó el intento por generar un mercado común desde Alaska a la Patagonia, Tamames (1991, caps. 10, 11 y 12, ver infra p.82).

Asimismo, subsiste la tónica del imperialismo bajo renovadas formas de dominio, circunscritas a elementos de tienen que ver con los rubros de intercambio comercial, de ejercicio del poder científico y tecnológico, así como la inherente fuerza militar que en el hemisferio americano, no ha dejado de existir como forma de sometimiento ejercido, a través de varios mecanismos, por el gobierno de los Estados Unidos.

Los mecanismos de globalización e integración económica que predominan en la actualidad devienen así, en meros mecanismos de sujeción a las políticas

comerciales impulsadas desde los países industrializados e impulsadas por los organismos financieros internacionales creados exprofeso. Por tanto, no se dan las condiciones mínimas requeridas para conceder un ámbito de competencia en un plano de igualdad comercial, geoeconómica, etc., queda excluido de antemano el ejercicio democrático entre las relaciones comerciales y por tanto, la denominada libertad del mercado se convierte en un cinturón de fuerza donde los países no industrializados son sometidos, sin posibilidad alguna de contrarrestarlo, al poder inercial de un contexto internacional plenamente hegemonizado por los países que en lo económico han accedido al pleno desarrollo.

La viabilidad de las economías subdesarrolladas, de seguir en esta tendencia, es casi imposible, ya que la estructura económica internacional, por su historia y su conformación actual, ejerce una tendencia al reforzamiento de las diferencias con las naciones industrializadas, más que a un equilibrio mínimo requerido para superar la brecha entre ambos grupos de países. Y es en este sentido que al menos en el corto plazo no se advierten reformas que den inicio a una reversión de las condiciones económicas y políticas del mundo, Wallerstein (1995).

La tendencia es clara, la modernización de los diversos sectores de las economías del subdesarrollo es, en buena medida, una contradicción entre la cuestión nacional (que implica fundamentalmente el interés de las clases populares) y los intereses que representa el capital trasnacional, puesto que no hemos impulsado con seriedad las condiciones para que nuestras clases sociales y la fuerza aglutinadora que potencialmente lleva el Estado en su interior, para iniciar las reformas o procesos de cambio cualitativos necesarios, Pipitone (1994 [a], pp. 32-33).

Mientras los países industrializados se transmutan y cambian rápidamente de Estados-nación a "Estados-región" en los países del subdesarrollo aún no maduran aún formas económicas firmes que cimienten la "integración social-nacional" y "político-institucional" por lo que, si el Primer Mundo se orienta hacia la regionalización, el Tercer Mundo sólo lo sigue inercialmente sin haber consolidado sus propios Estados-nación, Pipitone (1994 [a], p. 115).

El subdesarrollo, que no es otra cosa que la existencia de sociedades "endebles" con frágiles instituciones que usan retóricamente el nacionalismo, que tienen más "gobierno que estado, más estado que nación y más nación que sociedad", sin poder entrelazar lo social y lo nacional, entre "empresas, universidades, sindicatos, organizaciones civiles varias, escuelas primarias, etc., aquello que confiere eficiencia y capacidad dinámica a una economía nacional...", Pipitone (1994[a], pp. 115-116).

No obstante el objetivo está lejano todavía en tanto no se cuente con un proyecto de nación claramente explícito y férreamente impulsado por *todos* los sectores de la sociedad, asimismo no se puede dejar de pensar que las "bondades" de las leyes del mercado, evidentemente en muy poco han contribuido a eliminar las

diferencias entre los países que se han integrado al proceso de globalización, al contrario, las diferencias se han profundizado manteniéndonos presos en el montaje del "mito del desarrollo".

**Capítulo 3 : Forma y fondo de la integración en el continente, (un mito renovado hacia este fin de siglo)**

**"Es razón y voluntad de los hombres y mujeres buenos buscar y encontrar la manera mejor de gobernar y gobernarse, lo que es bueno para los más para todos es bueno...el que manda obedece si es verdadero, el que obedece manda por el corazón común de los hombres y mujeres verdaderos. Otra palabra vino de lejos para que este gobierno se nombrara, y esa palabra nombró 'democracia' este camino nuestro que anda desde antes que caminaran las palabras."  
Ejército Zapatista e Liberación Nacional, EZLN**

**C**omo hemos venido planteando hasta ahora, el mundo hoy día se haya inmerso en un proceso constante y creciente de globalización e integración económicas pero, en buena medida, sin un proyecto claro de futura nación en lo que respecta a los países del subdesarrollo, dado que la modernización que en forma concomitante debiera de acompañar a aquellas, no tiene rasgos de ser una realidad concreta y tangible.

Si bien la adopción plena del capitalismo como modo ecuménico de producción ha obligado a la integración a los diversos mercados formados por las potencias industrializadas, en la periferia el orden capitalista está dictando formas y contenidos muy diferentes a lo que el discurso de los gobiernos de la región plantea. La Comunidad Económica Europea, la Cuenca del Pacífico Oriental o bien el Tratado para América del Norte, son ejemplos vivos de la dinámica que pretenden imprimir las naciones dominantes, Pipitone (1994 [a], cap. III), y en la cual los países latinoamericanos están viéndose compelidos a abordar, sin el menor espacio de crítica o participación decisoria.

Cabe reflexionar acerca del futuro de nuestros países que, a casi dos siglos de haberse declarado independientes, siguen plenamente sujetos a los esquemas de intervención directa e indirecta por parte de los países industrializados. En América Latina, por ejemplo, lo anterior supone la sujeción al dominio hegemónico estadounidense.

En tal sentido, podemos palpar cómo se renuevan viejos dominios e imperios que han cambiado de forma mas no en cuanto a su contenido, pues los elementos esenciales siguen articulados a la lógica que dicta la división internacional del trabajo o, como algunos la llaman, la estructura económica internacional que siempre supeditada, incontestablemente, a los intereses de las naciones industrializadas como principalísimos garantes del dominio actual que no ha dejado de ser imperialista.

## **a) Globalización y modernización**

Dentro de los procesos de la llamada reconversión industrial, la modernización, así como de las políticas instrumentadas desde los sucesivos gobiernos de corte neoliberal que han campeado en la región latinoamericana, se hacen evidentes una serie de problemas que, como todo proceso que moviliza al grueso de las clases sociales, implican principios de incertidumbre propios de estas sociedades que no han podido conocer hasta ahora, un camino adecuado en lo relacionado a la posible construcción de la democracia no sólo en términos políticos sino sociales.

El llamado "nuevo orden mundial", como toda iniciativa de las potencias industrializadas comprende una serie de elementos que definen la realización o cancelación de proyectos sociales, políticos y económicos de indudable y esencial importancia para las sociedades latinoamericanas.

Incluso, se puede afirmar que de la euforia que se desprendió ante el supuesto avance hacia la modernización avasalladora emprendida por los gobiernos de la región, hoy día parecieran surgir cierto tipo de interrogantes debidos, fundamentalmente, a los enormes costos sociales que están implicando la conjunción de un proceso sin duda necesario, pero acompañado de una serie de políticas restrictivas que facilitan, en forma por demás contradictoria, la concentración de la riqueza, más que su distribución equitativa en lo referente a la calificación y producción de lo que realiza, como producto social, el trabajo.

Vale decir, en tal sentido, que la modernización seguida por el mundo capitalista emergente del colapso del "socialismo real", sigue planteando la continuidad de un proceso que está generando una polarización y diferenciación crecientes no sólo entre los países sino, como consecuencia directa y del corto plazo, contradicciones violentas entre las clases sociales del mundo subdesarrollado que ha dado origen, acaso más violentamente que en décadas anteriores, a una serie de luchas y demandas de las clases postergadas y marginadas de esta modernización del capitalismo actual, Vilas (*op. cit.*, 7-16) y Vuskovic (1996, p. 66 y sigs.).

El mundo se encuentra así, inmerso en una dinámica donde el capital en su forma financiera, ha adquirido la capacidad de movilización a niveles sin precedentes, por lo que resulta necesario enunciar que la dinámica adquirida por las empresas transnacionales y la movilidad del capital en favor de las economías industrializadas, les ha generado un poder de decisión como nunca antes en la historia de la organización económica mundial, impidiendo, por la misma fuerza de los hechos, los intentos de avance cualitativo por parte de los países del mundo subdesarrollado. Las grandes corporaciones se convierten así, en el agente de cambio e instrumentación de las políticas globalizadoras, por lo que el "... avance de la transnacionalización se ha mantenido sesgado en favor del mundo desarrollado y del capital. Las economías de los países pobres siguen sometidas al proteccionismo de los países ricos, y la fuerza de trabajo sigue anclada dentro de las fronteras

nacionales o forzada a la migración ilegal, mientras el capital circula libremente de país en país y de región en región." Vilas (1994, *Ibidem*)

En esto esencialmente se ha constituido el proceso seguido por las potencias capitalistas y que se denomina de globalización, y consiste así, en la facilitación en los rubros comercial, aduanal, arancelario, que abre paso además a la integración entre dos o más países en la formulación de sus respectivas políticas macroeconómicas marcando, de tal manera, una dinámica perfilada únicamente hacia una cosa: el fortalecimiento de la forma más definitiva posible, de la fuerza del capital y su lógica plenamente instaurada en la forma de hacer política de los Estados y gobiernos de la actualidad.

En esta dinámica, el trabajo se ve sometido a un sistemático ataque en sus formas de organización ya sean legales, administrativas e, incluso, políticas. La fuerza de la organización obrera se ha visto desarticulada en muchas de sus bases, no sólo en lo referente a sus luchas cotidianas sino en materia de los derechos y prestaciones laborales; esta desarticulación que se manifiesta, finalmente, y en forma mucho más peligrosa, en toda aquella capacidad de lucha política, social y además, filosófica, que permitió no solamente la elaboración de una ideología socialista, sino que había generado la posibilidad de interpretación de la realidad global como proceso. Ésto se ha perdido, y pareciera no existir alguna forma de recuperarlo como instrumento metodológico ante los problemas actuales.

Esta desarticulación, y atomización de los movimientos populares que por otra parte, comprende a amplios sectores campesinos y populares en todo el mundo, trajó aparejada una crisis, ahí sí ideológica, por parte de sectores sociales que, de alguna manera, como las capas medias, se hallaban comprometidos por el logro de una transformación social y se desempeñaban en varias organizaciones políticas de diversa índole.

En el caso de los intelectuales o, si se prefiere científicos sociales, les ha significado un fuerte remecimiento en sus bases epistemológicas, cuestión que, definitivamente, ha impuesto una marcada búsqueda en el análisis de la realidad social, política, económica y cultural lo más objetiva posible, aunque con un sensible tono de incertidumbre teórico conceptual, cfr. Jaime Osorio (1995, caps. 3 y 4).

Es por esto que, en gran medida, la fuerza de trabajo, como entidad social y económica mundial, ha perdido terreno en la lucha política frente al capital, y se ubica actualmente en franca desventaja ante estos procesos de globalización e integración crecientes. Se ha diluido su fuerza y, por tanto, su capacidad de lucha y negociación, Vilas (1995, pp. 25-26).

Así, en el marco de esta relación mundial, la problemática se define en términos de una dialéctica más aguda que nunca, y conjunta en su interior la tendencia a una lucha de clases que se perfila no sólo en el terreno nacional sino en el ámbito internacional. La dinámica mundial en este sentido está definida, y el trabajo como

categoría social lleva todas las desventajas posibles, ante la evidente pérdida de terreno en su organización sindical, laboral-productiva, de negociación contractual y, por ende, de capacidad de respuesta política ante los procesos que, hasta hoy día, vienen beneficiando en forma exclusiva al capital.

Las consecuencias sobre el mito industrializador cubierto con el disfraz de la modernidad, son prácticamente devastadoras en la región latinoamericana, la cual,

... produjo pobres al doble del ritmo del aumento de la población total: 44 y 22% de crecimiento respectivo a lo largo del decenio. (Datos de la CEPAL, 1990). Aunque la proporción de la población que vive bajo la línea de pobreza es mayor en el campo (dos tercios) que las ciudades (un tercio) los pobres urbanos (115.5 millones) superan en casi 50% a los del campo (80.4 millones). Se aceleró por lo tanto la urbanización de la pobreza: 80% del crecimiento de la década tuvo lugar en las ciudades, con alrededor de 48 millones de nuevos pobres urbanos... el crecimiento de la pobreza urbana responde ante todo a la crisis económica y a las políticas a que los gobiernos echaron mano para hacerle frente. Vilas (1994, p. 27)

La globalización como proceso general y la modernización como fenómeno nacional sólo han traído una marginación y supeditación crecientes por parte de los países considerados como subdesarrollados. Así, la conformación de los grandes bloques económicos encarnados a través de la Comunidad Económica Europea, del Sudeste asiático liderado por Japón y, finalmente, el Tratado de Libre Comercio para América del Norte, han sido las fórmulas adecuadas para la articulación del sistema capitalista mundial y, sobre todo, para la readequación productiva en la que los países industrializados ven reforzadas las áreas en lo referente a los rubros comercial, industrial y de sus mercados ya plenamente establecidos, los bloques regionales han tenido la evidente función y posibilidad de rebasar los marcos nacionales con el objeto de hacer posible la expansión del capital como se puede observar, Pipitone (1994 [a], cap III, apartado 8).

La globalización y la modernización no han generado el bienestar y la democratización requerida, que por su parte involucre a las sociedades en una transformación objetiva relativa a la dominación de la burguesía en el plano internacional, a través de sus organismos financieros, hacia una estructura económica y social con el fin de un ejercicio democrático más pleno.

En América Latina la globalización e integración al capitalismo actual, más que modernizar, ha incrementado en gran medida los niveles de atraso, pobreza y de pobreza extrema en la región, Vuskovic (1996, p. 93), con lo que podríamos afirmar que, después de alrededor de quince años de políticas neoliberales en la misma, la situación general ofrece un resultado básico convertido ahora en estructural: las leyes del mercado no están solucionando por sí mismos los problemas sociales, ni

los problemas del hombre, ni ofrece la posibilidad racional de constituir políticas sociales o programas de esta índole, González Casanova (1992, p. 19).

Ahondando en esta idea, el momento de la crisis del proyecto neoliberal para América Latina está en su límite, y los conflictos sociales que está generando no serán sostenibles por mucho tiempo. Por decirlo en palabras de González Casanova, "... la democracia del proyecto neoliberal, en esas condiciones de insatisfacción social, aparece como un proyecto endeble, muy dudoso, muy discutible, muy inestable, con problemas de ingobernabilidad mundial y nacional, que se acentúan en el campo ecológico, problemas de destrucción del medio ambiente y del propio ecosistema...", González Casanova (1992, *ibid.*).

En el subcontinente latinoamericano se perfilan una serie de realidades inmersas en una etapa de crisis sociales, y económicas que desembocarán —si se mantiene el rumbo actual— en situaciones altamente explosivas. La miseria que crece, incrementando la marginación, el desempleo acompañado contradictoriamente con métodos de trabajo de muy alta explotación se refleja, paulatinamente, en la crisis y desmembramiento de los Estados asistencialistas, populistas y socialistas pero, no debemos negarlo, sucede igual con el Estado neoliberal, y vemos cómo en la región latinoamericana a pesar del discurso en favor de la democracia, el Estado ha promocionado la transformación en favor de sectores empresariales y hacia la transnacionalización de las economías nacionales, González Casanova (1992), Vilas (1994, p. 30) y Pipitone (1994 [a], pág. 112.)

Después de décadas en búsqueda de fórmulas para salir del atraso y la dependencia en la región latinoamericana, siguen permaneciendo remanentes estructurales que, compartiendo el argumento de Pedro Vúskovic, hacen subsistir las asimetrías y, como base de lo anterior, una desnacionalización creciente a través de la apropiación de activos por parte del capital extranjero y, por lo tanto, una pérdida de autonomía de las economías latinoamericanas, Vuskovic (1990, pp. 71-89 y 1996, pp. 54-66).

Pero la crisis del Estado neoliberal no implica un rasgo novedoso en el proceso global latinoamericano, obedece como dice Vúskovic no sólo a raíces externas sino internas, no sólo recientes sino remotas. Una característica de los programas de ajuste y modernización se han constituido sobre la base de la excesiva concentración del capital bajo el "predominio de filiales de grandes empresas transnacionales...", Vuskovic (1990, *ibidem*).

Lo anterior lleva a ese continuo y trágico en ocasiones deterioro de los términos del intercambio mucho más crudo, real y elocuente. Es decir, se exporta aún y más que antes bajo el esquema de las necesidades externas más que de las demandas internas; la concentración además al agudizarse como fenómeno típicamente latinoamericano, desvaloriza los salarios cancelando en forma paralela, los índices de progreso social y dando margen abierto al elevado índice de delincuencia en todas sus facetas.

De esta forma, el capital en América Latina sobrevive concentrando el ingreso a partir de esquemas que imposibilitan por tanto un ejercicio democrático en su propia movilización e inversión productiva, Vuskovic (1990, *Ibidem*), por lo que se reproduce paralelamente y en forma estructural, el fenómeno de la desigualdad social, esto es, el elemento constante que torna muy difícil y casi imposible cualquier apertura hacia marcos de organización productiva, social y política más democráticos, racionales y equilibrados.

## **b) Integración y renovados imperios**

Dentro de la realidad actual, pueden perfilarse algunas fórmulas que apuntan a la integración comercial que, en procesos de relativa intensidad y sincronía, van concentrando paulatinamente los elementos que articulan la estructura económica mundial actual, y están dando un marcado acento a la economía a través de los bloques regionales, CEPAL (1990 y 1994), así como Tamames (1991, cap. 7).

Se puede hablar que existe una etapa donde los países que desean establecer tratados o acuerdos que pueden no implicar formas de comercio verdaderamente comprometedoras, en el sentido de que en teoría no acuerdan o asumen serias modificaciones internas en las leyes de cada país. Aparentemente, estarían en tal caso los países de América del Norte.

Una segunda forma que se está orientando a asumir las características que tienen actualmente los mercados regionales y que, en un nivel superior a la anterior, habla de la generación de un mercado común, donde no sólo hay determinados compromisos, sino un serio intento por armonizar o uniformizar las políticas comerciales entre los países que integran la comunidad.

Hay, en este tipo de esfuerzos que van más allá de lo nacional, lo realizado por los países del istmo centroamericano llamado Mercomún Centroamericano (MCC) en 1958, Tamames (1991, cap. 10), el acuerdo elaborado en la actualidad, pero que viene gestándose desde hace algún tiempo entre los países del denominado Mercosur entre Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay y, finalmente, la organización más consolidada como lo fue el Mercomún Europeo y que por otro lado en la actualidad, ha pasado a lo que podría entenderse como una fase todavía más sofisticada en su contenido.

Ésta lo es la Comunidad Económica, actualmente en marcha a través de la unidad europea, y plantea una articulación de plena y absoluta complementariedad. En esta etapa, se conjugan elementos de intercambio comercial con productos de todos los sectores, el libre tránsito de personas entre los países, de fórmulas de inversión, así como otras formas que hablan de un intento de integración plena.

Estas fases de integración se dan en un marco de transformación ideológica y cultural aparentemente muy vertiginosas e incontenibles. Pero contradictoriamente, esta manera de imparable fuerza en la incorporación a nuevas formas de organización comercial y productiva, resulta en una dinámica que choca violentando estructuras vigentes que son parte de la fuerza de un nacionalismo que pretende la salvaguarda de ciertos valores que se piensan y son, muy importantes, Roitman (1994, págs. 29 y 31).

Por eso debemos tener en cuenta que en todas estas formas de integración, existen condiciones o características que se definen no sólo por sí mismas, sino obedecen, en la mayoría de los casos, a la historia de cada país y a la lógica de su proceso de conformación, ya sea como nación o bien en la dinámica del entorno en lo tocante a sus relaciones con otros países. Se dirimen así, como elementos fundamentales de las formas de integración actual, una serie de razones históricas que imprimen su sello a lo que es la situación actual, que pertenecen a la propia integración en sí misma, y concitan internamente el devenir de las condiciones y el papel real que juegan los países en esas formas de integración, esto es, el trasfondo que de ella se deriva.

Hay, por tanto, no solamente cuestiones de forma sino de fondo, y están involucrando finalmente una serie de elementos culturales, sociales, políticos y económicos que han sido tensados, a tal grado, que se están generando respuestas de diversa índole por parte de la población marginada de este proceso.

Si bien la globalización implica la consecuente integración a esquemas de comercialización generados preponderantemente en los países industrializados, sus causas no están obedeciendo a una necesidad proveniente del interior de nuestras sociedades. En la actualidad en América Latina se vive la contradicción brutal entre un intento de apertura hacia la democracia política pero, del otro lado, la prácticamente nula existencia de una democracia social, Cueva (1991 [a]).

En esa medida, existen límites institucionales a la dinámica que están adquiriendo las masas en la región, lo que nos conduce a una "vulnerabilidad" de la situación social ciertamente peligrosa, en la que, debemos admitirlo, los liderazgos en cuanto a forma y contenido, deben mutar hacia la búsqueda de fórmulas más democráticas.

Ante la evidente crisis de legitimidad electoral de varios gobernantes emergen, por ejemplo, luchas para el logro de formas de ejercicio del gobierno más representativas. En muchos países, ante el dominio del poder ejecutivo frente a los demás poderes, los conflictos han generado la búsqueda de renovados espacios donde las necesidades populares empiezan a repercutir, lenta y difícilmente, en las anquilosadas y burocráticas instancias gubernamentales.

Las fórmulas democráticas están surgiendo como manifestación de las clases sociales postergadas. Este es un hecho, y como tal debe ser tomado en cuenta,

puesto que el ascenso a la democracia implica una movilización social que, entre más planteamientos radicales sustente, ayudará a una concepción más clara de lo que pudiera obtenerse. Es por esto que las vías que se están siguiendo en los procesos de integración económica, adquieren singular importancia pues, hasta el momento, no se rigen por fórmulas de ejercicio democrático y obedecen, en buena medida, a una integración subordinada donde amplios sectores de la población empobrecida, se ven compelidos a las estrategias de expansión de los segmentos más transnacionalizados del capital, Vilas (1994, p. 32).

En tal ruta, la integración hasta ahora llevada a cabo se inscribe en una dinámica donde las asimetrías juegan e influyen de manera determinante obligando, en el caso de los países latinoamericanos, a entrar en una estructura económica internacional ya dominada en este caso por los Estados Unidos puesto que el grado de inversiones por parte de este país en la región ha ido paulatinamente incrementándose y

"... dado el carácter de las relaciones comerciales entre Estados Unidos y América Latina —como ya lo había planteado Frondizi en 1951— es típicamente colonial, es decir el intercambio de materias primas por maquinarias y vehículos, metales y sus manufacturas...", pues a medida que va dominando más el mercado latinoamericano en sus importaciones y exportaciones "...el imperialismo yanqui se ha puesto en condiciones inmejorables para explotar a los países que lo integran.../a través de/... la caída del intercambio y el empeoramiento de los términos del intercambio...", (1951, pp. 78-79).

En esta lógica, la región latinoamericana ha visto muy disminuido su papel en el comercio mundial; los principales índices así lo demuestran puesto que en "...1960 la región representaba casi 8% del comercio mundial; veinte años más tarde participaba con menos del 6%, y en 1990 con 3,3%. Este año (1994) las exportaciones combinadas de América latina, una región con más de 430 millones de habitantes, sumaron menos de \$130 mil millones, cifra inferior a la de las exportaciones de Holanda...", Vilas (1994, p. 13).

El empobrecimiento de la región en términos absolutos y relativos ha sido muy marcado, en los principales análisis que se desprenden del subcontinente resaltan la caída dramática del ingreso, del deterioro en la atención médica y educativa en el sector público, así como la pérdida de una aparente inserción en los mercados internacionales.

Mucho del pasado regresa en el sentido de la existencia de fuerzas renovadas que, de alguna manera, se habían creído superadas puesto que el problema del desempleo, subempleo, la delincuencia donde el narcotráfico adquiere niveles de dramática importancia en un conjunto de países que se extiende desde Sudamérica, pasando por México hasta llegar a su mercado natural en los Estados Unidos, y el

ascenso, finalmente, de un fuerte descontento social que empieza a adquirir un perfil de organización política en muchas de las sociedades latinoamericanas.

Los datos son relevantes y no deben dejarse de lado cuando uno entiende que el subdesarrollo se instala más que nada como una realidad estructural, que simultáneamente está dejando a un lado el concepto de una posible vía a la industrialización en un marco de plena armonía con las potencias desarrolladas. La región latinoamericana ha sido encaminada, como lo plantea Vilas, en un "... esquema de crecimiento moderado con salarios bajos, rentabilidad del capital alta y exclusión social, en un contexto de amplia apertura comercial y financiera. y creciente endeudamiento externo...", Vilas (p. 17).

El enorme déficit acumulado entre los inicios de la década anterior y la presente, acreció la vulnerabilidad ante el exterior dado que hubo una clara política monetaria y financiera, que en forma por demás desequilibrante, dejó a un lado cualquier forma de inversión verdaderamente productiva.

Se puede observar que entre, "... 1983 y 93 la cuenta corriente de la balanza de pagos de la región acumuló un déficit de 159.3 mil millones de dólares; dos tercios del mismo (unos 99.6 mil millones) se generó en el trienio 1991-93. Entre 1990 y 1993 el déficit de cuenta corriente casi se multiplicó por siete (de \$6.3 mil millones a más de 42.5 mil millones), indicando un retorno al patrón de crecimiento con endeudamiento que hizo crisis en 1982...", Vilas (1994, *ibid.*). Esta tendencia hacia el privilegio de las inversiones no productivas remite, en la dinámica de una contradicción creciente, que va haciendo erupción en países como México, Brasil, Argentina, etc., donde, lo evidente después de la 'borrachera' neoliberal, sólo descubre añejos problemas no resueltos.

Organismos como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional determinan en lo económico los factores que técnica y rigurosamente deben seguirse, o bien la ONU, la OEA o, como actualmente sucede con la OTAN, sirven de instrumentos de intervencionismo político y militar comprometiendo seriamente la soberanía y ahondando lo sustancial: las "desigualdades internacionales", imponiendo un marco que impulsa las diferencias y no, como se dice en muchos círculos del poder, la supuesta homogeneidad global, Roitman (1994, pp. 44-49) y Vilas (1994, p. 12).

Si en verdad pudiera afirmarse que el carácter imperialista ha sido rebasado en las relaciones comerciales del mundo actual, tendrían que pasarse por alto una serie de elementos que ayudan a dar mayor objetividad en lo relativo a esas relaciones. Por ejemplo, al menos tendría cierta cuota de verdad si existieran menos diferencias entre los países o las regiones del mundo, y no como sucede, donde el modelo de globalización mundial está marginando y diferenciando a los países no desarrollados, al constreñirlos en formas productivas predeterminadas, así como de severos ajustes macroeconómicos y políticas sociales acordes a los intereses de las potencias industrializadas, Marini (1993, pág. 12 y sigs.)

**ESTA TESIS NO DEBE  
SALIR DE LA BIBLIOTECA**

El destino del mundo del subdesarrollo como elemento de vivencia y análisis, se asemeja a una posible y muy real, marginación creciente y constante, ligada a las contradicciones que el capitalismo actual impone a los diversos países. Marginación entendida en los términos de una capacidad paulatinamente menor en torno a las grandes decisiones económicas, políticas, científicas, etc., puesto que el ejercicio del poder sigue siendo patrimonio exclusivo de los países industrializados y esto es, por tanto, incuestionable.

Hay algo que parece asimismo esfumarse, en tanto el presente esquema de globalización y modernización depende en buena medida del progreso técnico, del avance productivo sustentado en la ciencia y la tecnología y esto es, sin duda, la superación en América Latina de la desigualdad, la pobreza dada la exclusión de "... amplias mayorías sociales de la participación de los beneficios 'económicos' del progreso...", Roitman (1994, pp. 9-10).

Existe otro elemento que no queda al margen de esta problemática. El mismo, obedece a un intento por generar el olvido y la "desmemoria" histórica que pretende ocultar —en aras del progreso— el sentido interno de las formas actuales de integración transnacional esto es, el verdadero sentido de la "racionalidad y eficiencia" de este proceso. Pensamos que no obstante se ofrezca a la región latinoamericana un supuesto futuro de equidad, la tendencia actual debe contrarrestarse en forma igualmente racional y consciente.

Se debe entender, como incisivamente plantea Roitman, que la "... modernización como articulación competitiva del mercado y la modernidad como progreso técnico se transforman en los ejes centrales sobre los cuales se hace descansar el futuro esplendor de América Latina. Proyecto que hace depender la existencia de América Latina de su capacidad adaptativa al nuevo orden impuesto por un capitalismo salvaje, depredador y cada vez más explotador...", Roitman (1994, *ibidem*).

Así, dentro de esta vorágine, la región latinoamericana se rezaga y su importancia dentro de la economía mundial va relativizándose peligrosamente. La caída del Producto Interno Bruto, fruto de una contracción de los niveles de producción económica, así como la caída en la "... capacidad negociadora y una creciente marginalidad de los asuntos internacionales...", marcan una falla estructural y abren paso, asimismo, a las más variadas formas de inversión extranjera, donde los Estados Unidos adquieren un rango de importancia supremo. Cabe decir que la región, al margen de ser un coto de experiencias y experimentos político-militares para Estados Unidos, se ha constituido como una zona plenamente hegemonizada por el poder económico de este país..

Como también plantea Vilas, entre "... los años cincuenta y los ochenta la IED (Inversión Extranjera Directa) de Estados Unidos en América Latina incrementó su valor en casi ocho veces, pero creció casi 28 veces el valor de la IED en países desarrollados, y casi diez veces la ubicada en los países en desarrollo. En la

actualidad América Latina recibe un séptimo de la IED estadounidense en el mundo, y algo más de la mitad de la ubicada en el mundo subdesarrollado.", Vilas (1994, pp. 13-16).

Esta pendiente en la que hemos caído secularmente es, desde luego, injusta desde el ángulo que se quiera ver, pues ella sugiere la evidente sujeción a un esquema de organización política y económica mundial al servicio de los intereses del capitalismo desarrollado, plenamente afirmado en la capacidad de movilización internacional del capital y que sobre todo, obstaculiza la posibilidad y en ocasiones la capacidad de ofrecer soluciones alternativas a nuestros problemas de atraso y miseria.

El derrumbe de ese falso socialismo no ha eclipsado, sin embargo, la imperiosa necesidad de transformar una realidad social que, como la del Tercer Mundo y la de América Latina, se observa a sí misma más alejada de un mundo de desarrollo, opulencia y competencia plena y, justo es decirlo, sin una capacidad cierta en alto grado de generar proyectos de avance no sólo en el mediano y largo plazos sino, incluso, en el corto plazo.

La alternativa ahora es unipolar, aunque existan bloques de países que abanderan el proceso productivo del mundo de fin de siglo. De hecho, pareciera que el capitalismo es la única vía hacia el progreso ampliamente hegemonizado por la economía estadounidense en el continente americano, la Comunidad europea y Japón en Asia. Es en este ámbito donde el imperialismo oculta y enseña sus hilos conductores, su capacidad de instalar al mundo entero en la dinámica productiva en la que esos bloques dominantes requieren, sometiendo a los países no industrializados a sus intereses.

Si bien la globalización y la evidente apertura de mercados pone en tela de juicio el papel del o de los Estados nacionales, es a través de ellos como se canalizan no precisamente en forma de dominio político directo, aunque éste se refleje en las fórmulas de intercambio financiero, científico y tecnológico, Kennedy (1993); el mundo actual se define sí, como este autor plantea, en función de "ganadores y perdedores" o, desideologizando esta noción, en función de países con recursos materiales o sin ellos para enfrentar las políticas de modernización.

Éso es el imperialismo, un círculo de relaciones internacionales donde solamente un 20% de la población tiene un relativo acceso a los bienes producidos en el planeta. El *imperialismo* deviene en sujeción a un modelo de sociedad que, en forma muy discutible, se afirma como democrática; a la racionalidad de un capitalismo y una industrialización forzada y forzosa que crea burocracias, que empobrece a miles de millones —a muchos de ellos los mata de hambre, pobreza, violencia, etc.— y que no es democrático, que tiene quinientos años de expansión y que sólo ofrece polaridad, en el plano mundial y en el plano nacional, es decir, desequilibrio, contradicción y, en el futuro, una imprevisible violencia que no está siendo prevenida sino reprimida.

Los viejos imperios atacan con técnicas sofisticadas y renovadas, donde la aparente desideologización de las esferas políticas, económicas y sociales es un mito más. Un mito que ha pretendido inmovilizar en cuanto a la posibilidad de generar praxis entre los sectores sociales explotados y marginados del mundo entero, Roitman (1994, pág. 44 y sigs.).

El persistente dominio de los Estados Unidos sobre la región latinoamericana es un hecho histórico, documentable y la intromisión de este país a lo largo de la conformación de nuestras sociedades ha significado, en muchas ocasiones, el cambio radical del derrotero que se había iniciado en éstas.

Como ya fue esgrimido anteriormente, subsiste el dominio de la potencia del Norte, bajo la impronta de la doctrina del "destino manifiesto" —la nación "imprescindible" diría William Clinton—, que sin duda refleja el sostenimiento de una actitud crónica, ante la cual pareciera que los latinoamericanos no tenemos derecho a opinar o bien, inconformarnos.

Hasta hoy persiste asimismo, encubierta en lo discursivo, pero ratificado en los hechos una forma de superioridad que transita por varios espacios que van de lo ideológico a lo material, pasando por las más diversas formas de intervención, ya sea militar, económica y, sobre todo con la imposición de un modelo de vida que, desde la etapa posterior a la segunda guerra mundial, ha obligado a la gran mayoría de las sociedades de la región a seguir, por verdad asumida o impuesta, su concepto de conformación política, social y, sobre todo, económica, Roitman (1994), Marini (1993, p. 12 y sigs.) y Chomsky (1996, *op. cit.*).

Las instancias de dominio son claras y evidentes, la prueba de ello son los documentos de Santa Fe I y II, *cfr.*, Selser (1990) que, en forma sobre todo estratégica, determinan los planes que los Estados Unidos tienen con respecto a la región latinoamericana. Las acciones que rematan esta concepción se constituyen en la denominada "Iniciativa para las Américas", (Selser, 1990, *ibid.*) y, finalmente, en el documento de Santa Fe III, *Cfr.*, Horacio Rodríguez ("Santa Fe III: el manual del moderno injerencista", *La Jornada*, 11, 12 y 13/VI/95, págs. 50, 55 y 48, respectivamente). Se percibe así, que en esta serie de estrategias se perfilan los lineamientos más ampliamente hegemónicos y colonialistas para la América Latina entera.

En efecto, el dominio de los Estados Unidos continúa sin que en este momento exista un proyecto alternativo. La senda se orienta más bien, en torno al fortalecimiento del dominio financiero de la potencia del Norte a través de los organismos financieros internacionales y, asimismo, por medio del sostenimiento de las políticas intervencionistas plenamente neoliberales, con las obvias consecuencias de catástrofe para las clases sociales asalariadas, o bien marginadas de manera premeditada, por medio de un proyecto de desarrollo que responde a un planteo global y crecientemente integrador.

Dentro del marco de iniciativas estadounidenses para la integración global en el continente, tenemos que en 1991 la llamada "Iniciativa para las Américas" contiene una serie de subprocesos o etapas a lograrse en el periodo de, aparentemente, diez años. Su sustento lo encontramos en tres momentos devenidos de lo que fue otro más de los fracasos históricos como lo fue el "Plan Brady", y plantean "la reducción de deuda, inversión y libre comercio" que lleva o bien así pensaba en el año mencionado, a una etapa de modernización en el mediano plazo. Tamames (1991, pp. 264-266).

La inversión norteamericana, especialmente en referencia al logro de un acuerdo de libre comercio para América del Norte pretendía —siempre en el marco de la Iniciativa— conformar una fuente de financiamiento para iniciar una supuesta etapa de despegue hacia una modernización de América Latina, en especial México. Justo es decir que este intento más aparente que real, no trajo capacidad de fortalecimiento económico alguno a este último país, y sí una etapa de constante utilización financiera especulativa, más que de inversión productiva. El florecimiento de casas de bolsa, inversiones crediticias, una entrada irrestricta de mercancías del exterior y una nula perspectiva en materia de economía sectorial interna, marcaron varias consecuencias de las que posteriormente hablaremos, CEPAL, (1990 y 1994), Pipitone, (1994), Marini (1993), y Vilas (1994).

Puede decirse así que, toda vez que el llamado Tratado o Acuerdo de Libre Comercio para América del Norte se firmó en 1993 para, por tanto, ser puesto en marcha a partir de 1994 y dar continuidad a la etapa que verdaderamente, interesa más a Estados Unidos y circunscribe al establecimiento de América Latina como una región sin prácticamente obstáculos arancelarios. De comercialización plena y por tanto ajustada dentro de todo tipo de intercambio económico, a los intereses de aquél país obviamente, Pipitone (1994 [a]) y Vuskovic (1990).

En este sentido cabe hacer un análisis del papel adoptado por el Estado en este marco de globalización e integración forzosa. Cabe decir que su "adelgazamiento" no ha significado necesariamente su debilitamiento antes bien, más pareciera haberse constituido en un facilitador institucional e institucionalizado de la libre circulación del capital, generando en tal forma una capacidad que, en el nivel nacional, garantiza la introducción del capital, internacionalizándolo en una dialéctica paralela que, también, procura "constitucionalizar" el neoliberalismo, Panitch (1994, p. 35).

Aunque la globalización obedece a un proceso internacional, es en los Estados Nacionales donde se continúan u obstaculizan estos procesos. Es decir, que en lo interno de los Estados —aún determinados por la lucha de clases de su propia formación social— donde a la "luz de sus asuntos internos como de la importancia internacional de las luchas populares en el ámbito del Estado nación, es donde necesitamos localizar los intentos continuos por constitucionalizar el neoliberalismo...", Panitch (p. 36). Sin embargo, el Estado se transnacionaliza y va

tendiendo los elementos legales que permitan hoy y en el futuro, ante la falta de consenso en la regulación de los mercados de capital, adoptar una actitud formal de tratados interestatales, a fin de que los gobiernos futuros se adhieran en forma disciplinada al mercado del capital, Panitch (1994, *Ibid.*).

De ésta forma, la acción política por parte de la sociedad civil que se realiza en el plano de cada nación debilita o, asimismo, fortalece el proceso de integración y globalización mundial. Su ritmo no se impone unilinealmente desde el exterior, y en gran parte su resultado dependerá de la capacidad de lucha, negociación y, desde luego, de la posibilidad de generar mediaciones que conformen las clases subalternas en función de la defensa de sus intereses de clase, de subsistencia y, en última instancia, de capacidad de abrir paso a un proyecto alternativo de sociedad a la economía de mercado.

### **c) Integración ¿un fenómeno nuevo?**

El mundo lleva un proceso de constante integración, desde que prácticamente América fue descubierta y, posteriormente, incorporada a la economía del entonces naciente y creciente capitalismo comercial mercantilista de la Europa que renacía del periodo oscurantista de la Edad Media.

La integración y la economía global existe como un todo desde el siglo XIX, cuando el paso de una economía industrial saturada en los mercados internos de los países más avanzados, amplió las fronteras cuando las mercancías fabricadas fueron exportadas, lanzadas al mercado internacional, que el capitalismo hegemónico en el mundo entero obligaba a importar a las naciones no industrializadas, Lenin (1976), Furtado, (1979, cap. 1) y Stavenhagen (1995).

Incluso, se puede afirmar que el presente, ha sido un siglo de tránsito continuo hacia la creciente consolidación de la hegemonía capitalista que, en consecuencia, ha vivido dos periodos de integración forzosa reflejado en las dos Guerras Mundiales que por su parte han servido, sin duda, a los resultantes procesos de hegemonía comercial, geopolítica y colonial que por parte de los países industrializados, han sido largamente instrumentadas.

El presente siglo ha vivido asimismo en tal sentido, un creciente proceso de incorporación de mercados, espacios territoriales, dominación de orden colonial, neocolonial e imperialista, en la búsqueda inagotable que el capital ejerce para consolidar su inversión y su capacidad de profundización en el orden y lógica de sus relaciones sociales, políticas y económicas.

De esta manera, la integración que en América Latina vive un proceso ya secular, se orienta a la adaptación muy imitativa de los modelos que el mundo

industrializado, también en forma secular, impone. De tal forma que en la actualidad la idea por una incorporación al proceso de globalización e integración, se define en parámetros esencialmente ajenos e incorporados en una serie de propósitos de reestructuración del capitalismo internacional dominado por "un puñado de naciones —que monopolizan las decisiones más importantes en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas— sobre una Asamblea General sin poderes reales y una Corte Internacional de Justicia que no dicta más que sentencias de efecto moral.", Marini (1993, p. 8).

Este "puñado" de países encabezado por Alemania, Estados Unidos y Japón, habla de una integración a un capitalismo "posguerra fría" que tiene en los Estados Unidos como el país que ha alcanzado el estatus de *superpotencia* y genera, además, la intención plena de armar obstáculos a la "defensa de los países dependientes, postulando el reemplazo de sus fuerzas armadas por batallones 'gendarmes' subordinados a la ONU...", Marini (1993, p.8).

La pretensión es clara desde la perspectiva estadounidense, pues quiere hacer de las naciones del Tercer Mundo y de América Latina en particular, los "¡totas" de este nuevo orden que se quiere constituir engañándolos con el espejismo del progreso tecnológico --no sin cierta dosis de acceso privilegiado-- sometido además a las directrices de los centros industrializados, Marini (1993, p. 9).

En esta integración y globalización crecientes, predomina una reconversión industrial y productiva que tiene por objeto redistribuir el capital social "en favor de los grandes grupos industriales y financieros", despojando al Estado de su capacidad de inversión y lograr una profundización en la "sobreexplotación del trabajo y la ampliación del desempleo, cualquiera que sea su forma, como resultado de la destrucción de parte del capital social aunada a la rápida modernización tecnológica.", Marini (1993, pp. 13-14) y Cueva (1988).

Se abre la capacidad de juego al capital, ligando a la región latinoamericana a la economía mundial mediante un esquema exportador de nuevo tipo, donde los recursos naturales se explotan en forma más intensiva, rediseñando el "funcionamiento de su industria para volverla más competitiva en el mercado exterior.../lo que implica/... la destrucción de parte de su capital social...", Marini (1993, *ibid.*) y Vuskovic (1990, p. 89).

Existe en la lógica de los Estados Unidos, una acción claramente imperialista al interior del sometimiento de los gobiernos de la región a su proyecto económico utilizando las fuerzas armadas, o bien imponiendo sus asesorías en este rubro, so pretexto de asesorar en la lucha contra el narcotráfico pero, en realidad, inscrita plenamente dentro de lo que ellos consideran la doctrina de "seguridad nacional", Dieterich (1995).

La hegemonía estadounidense se torna una forma de dominio concreta a través del "... comportamiento relativamente monopólico de los militares.../con/... una causa

de carácter más estructural: su reforzamiento ideológico, a partir de la doctrina norteamericana de la contrainsurgencia en los años sesenta. Tal doctrina les ha permitido fundar sobre bases más sólidas su concepción de la institución armada como garante fundamental de los intereses del Estado (identificados estos intereses como cuestiones de seguridad nacional), y por ello llamada a ejercer un papel no sólo tutelar, sino también en conductor respecto de la sociedad." Marini (1993, p. 17)

Ahora, si bien es cierto que el relativo ascenso democrático en América Latina modificó el concepto de "seguridad nacional", al dejar de dar apoyo a los golpes de Estado y por tanto, reconocer a los regímenes derivados de éstos, el concepto de "seguridad" impulsado ahora por el Departamento de Estado se ha fincado en la instauración de tres etapas de orden político en la región latinoamericana, que se define de la siguiente manera:

- Democracias gobernables
- Democracias viables
- Restauración democrática, a fin de obtener el aniquilamiento del "enemigo interno", Marini (1993, p. 20).

De esta manera, la integración y globalización tiene como instrumento las políticas neoliberales, que son abanderadas por las burguesías de la región buscando la reestructuración democrática burguesa a partir del ensanchamiento de la representatividad parlamentaria pero, en verdad, sin dejar de tener como base de ejecución en casos de eventual crisis política, un ejército institucionalizado sí, pero que funge en todo caso como un fuerte aliado de los Estados Unidos, Marini (1993, pp. 21-25).

La reconversión y la modernización económica ha generado, paralelamente, una creciente dificultad para articular una democracia viable debido en lo fundamental, a la "crisis, el estancamiento e incluso el retroceso que vive la mayoría de los países de la región, .../que/... agudizan las contradicciones de clase y propician confrontaciones al interior de la misma clase dominante...", Marini (1993), Vilas (1994) y Roitman (1994).

En este orden de ideas, la reconversión, la integración y la globalización del capitalismo actual proviene de un hecho fundamental que se sustenta en lo que el pensamiento crítico puede llegar a sustentar como la "tasa descendente de la ganancia". Lo anterior, aunado a la crisis en la organización política y social da pié a una serie de elementos que, en la región latinoamericana, conforman una realidad de creciente verosimilitud: el estancamiento económico con la consecuente desaparición de la posibilidad de acceder a ese grupo de naciones industrializadas.

Lo expuesto tiene su origen en la ya descrita crisis petrolera de los años 70, su consecuente repercusión en los mercados internacionales y, asimismo, el papel ante el carácter recesivo que las economías desarrolladas vivieron y al inicio de los años 80, las puso en el camino de replantear las formas de organización, abriendo con ello

las formas de inversión en capital fijo desde tres plataformas para seguir manteniendo la estructura elemental de la división internacional del trabajo.

El mundo desarrollado invierte en maquinarias y equipo, en consecuencia se orientan a la producción de éstos con una alta dosis de tecnología para, finalmente, incentivar este tipo de inversión a través del mecanismo del abaratamiento de los bienes con alta tecnología agregada. Se sustituye así, "la producción intensiva en mano de obra por la producción intensiva en saber" esto es, en investigación, desarrollo y pruebas de diversa índole, Marini (1993, pp. 33-39).

El objetivo es la elevación de la productividad en el trabajo así como las inversiones en materia de investigación y desarrollo de la ciencia y la tecnología. Con ello se da una utilización muy grande de recursos materiales, financieros, etc., que se logra a través de la centralización de los capitales en favor de los grandes centros desarrollados, por un desplazamiento de esos capitales, mercancías, recursos, etc., a fin de generar una transferencia neta de estos elementos de los países dependientes conduciéndolos, bajo esta lógica, a una pérdida creciente en su capacidad de negociación, en el contexto del comercio internacional y, como resultado general, debilitándolos estructuralmente, Marini (1993, pp. 36-7).

Al transferir sus recursos al exterior, América Latina sufre formas de expropiación donde el comercio de bienes --sobre todo los de origen primario-- se constituye en una renovada fórmula de expropiación del excedente y la riqueza nacionales. En este comercio internacional por ejemplo, dos factores resultaron de la depreciación económica en la región en los años 80. Primero, los productos agrícolas, las manufacturas y los minerales pierden terreno en la competencia ante los nuevos materiales. En segundo lugar, los servicios se ven cooptados por el poder tecnológico que las empresas extranjeras monopolizan y están instaladas en las sociedades latinoamericanas, Marini (1993, *ibid.*) y Dieterich (1995).

En este contexto es como se da esta reestructuración del capitalismo y se crea el margen al surgimiento de los denominados bloques económicos. Su objetivo se fundamenta en la garantía de un espacio económico donde poder actuar, así como de la libre circulación de bienes y servicios provenientes de la ya fortalecida modernización tecnológica.

Cabe preguntar entonces, ¿cuál es la situación de América Latina ante este proceso que busca el aumento de la tasa de ganancia con una serie de novedosos campos de inversión para el capital, que se fundamenta en la extracción de una plusvalía relativa? La clara tendencia a la cimentación de la lógica capitalista a través de desarrollos tecnológicos, se reproduce en forma constante, y su articulación está siendo claramente nociva para la interrelación que los países dependientes guardan con las naciones industrializadas, Vuskovic (1990, p. 90).

Este problema, la CEPAL lo está abordando a través de su propuesta para la integración vía el "regionalismo abierto" y, dentro de la lógica de este organismo, esta

alternativa ofrece una respuesta para el intento de consolidar los mercados en la región y forjar así un fortalecimiento al interior de las estructuras económicas de los diversos países, y dar respuesta a las condiciones prevalecientes de atraso y pobreza.

La CEPAL propone así, la "integración económica al servicio de la transformación productiva con equidad" y, en sus propios términos, se persigue una creciente interdependencia en los mercados y una inserción en la economía internacional (fenómenos que de hecho ya se están dando) para que, en el marco de lo que ella denomina "regionalismo abierto", éste se dé, como un "proceso de creciente interdependencia económica a nivel regional, impulsado tanto por acuerdos preferenciales de integración como por otras políticas en un contexto de apertura y desreglamentación, con el objeto de aumentar la complejidad de los países de la región y de constituir, en lo posible, un cimiento para una economía internacional más abierta y transparente...". CEPAL (1994, p. 8).

Desde esta postura, la CEPAL argumenta la necesidad de avanzar en el crecimiento económico a partir de establecer acuerdos concertados, en la medida de lo posible, con el menor número de conflictos y buscando, consecuentemente, la paridad en las relaciones comerciales que se establecen.

Sería redundante plantear la naturaleza y lógica del pensamiento cepalino que, invariablemente, ha transcurrido desde la década de los años 40, en el discurso más eufemístico que objetivo, que extrapola más que analizar y busca la descripción detallista, más que la construcción de un argumento crítico y francamente comprometido con los problemas del subdesarrollo y la dependencia.

No obstante, es muy importante considerar los elementos de análisis por ella desplegados, en función de la riqueza de datos y las variables que, en el intento por generar un proceso de integración regional, no dejan de ser de una evidente necesidad en el contexto de las relaciones comerciales en América Latina.

Antes que nada, cabe aclarar que la CEPAL ha asumido como propio el esquema de integración al igual que sucede con los países industrializados por lo que, en consecuencia con esta postura, otorga una gran importancia a los acuerdos, tratados, etc., que van de la mano con dos factores, como son: "la apertura comercial y las políticas de desreglamentación... que han puesto de relieve la importancia relativa del comercio exterior en el conjunto de las economías.../y... En segundo lugar... la integración impulsada por acuerdos o políticas explícitas, que si entrañan ciertas preferencias con respecto al trato dispensado a las demás naciones." CEPAL (1994, *Ibid.*)

Como se puede deducir, existe en esta interpretación una denostación de las prácticas proteccionistas, ya que, desde la óptica cepalina, éstas impiden la adecuada inserción de las economías --especialmente las del subdesarrollo-- en el concierto internacional dado que esto incluye la falta de competitividad y, en

consecuencia, el atraso y la dependencia. Por esto mismo, es necesario apoyar la integración, dado que ella "...puede generar beneficios importantes al influir en las expectativas de inversión nacional y extranjera." CEPAL (1994, p. 9)

En este contexto interpretativo y propositivo, la CEPAL plantea otros seis elementos de integración fundamentales para consolidar las economías de la región, y nos brinda una visión de las expectativas que se esperan para, en determinado tiempo, lograr la "transformación productiva con equidad". Estos puntos son:

- El progreso técnico y la articulación productiva
- La transformación productiva a través de la liberalización comercial intrarregional para favorecer el proceso de especialización intraindustrial
- El creciente flujo de personas, capital, información y tecnología entre empresas y países sustituyendo al limitado intercambio comercial preexistente
- Compromisos de integración que coadyuven a la estabilidad y aumento de inversión que ayuden a la eficiencia de la políticas económicas realizadas en los países
- Extender el beneficio de la integración al rebasar el marco empresarial, para acceder al sistema económico e institucional
- Generar un modelo de desarrollo que impulse en forma simultánea, el crecimiento y la equidad, dando apoyo a la demanda agregada que implica la integración de mercados y la ampliación vertical de la demanda, derivada de la integración social en cada país de la región, (CEPAL, 1994, pp. 9-10).

Igualmente, este organismo realiza y propone algunos planteamientos para el logro del "regionalismo abierto" en función de una adecuada inserción internacional de las economías de la región en el contexto internacional. El logro fundamental que se pretende con lo anterior, se ubica en dos cuestiones básicas: "... la integración regional ... consecuente con un ordenamiento más abierto y transparente de la economía mundial..." con lo que se puede generar un mecanismo para "... diversificar los riesgos en una economía internacional cargada de incertidumbres." CEPAL (1994, p. 11)

Dentro de este marco, se persiguen fundamentalmente dos formas de integración, una, que conlleva la vía "de hecho" y la segunda instrumentada "por políticas", donde se contempla el libre comercio recíproco, de uniones aduaneras o mercados comunes en América del Sur, buscando el "marco macroeconómico coherente y estable, la liberación comercial unilateral, la promoción no discriminatoria de las exportaciones, la desreglamentación y la eliminación de trabas a la inversión extranjera, las privatizaciones y la supresión de restricciones de pagos." CEPAL (1994, p. 12)

De esta forma la CEPAL propone el "regionalismo abierto" como la manera de lograr conciliar la integración con la interdependencia. Ésta, concebida e impulsada por la "liberalización comercial en general" y con el objetivo explícito de que las

políticas de integración, se hagan compatibles con las políticas que tienden a elevar la competitividad internacional, y que en forma cierta, le deben ser complementarias.

En palabras de la propia CEPAL, *el regionalismo abierto no propone la apertura indiscriminada de los mercados de América Latina al comercio internacional, sino el reforzamiento de los acuerdos de integración basados en la cercanía geográfica y cultural de la región, sin abandonar la apertura y la transparencia de los procesos y, además, constituyéndola como la opción "menos mala" para enfrentar un contexto internacional francamente desfavorable*, CEPAL (1994, p. 13, cursivas nuestras).

En la región latinoamericana existen varios factores que, según la CEPAL, favorecen este regionalismo abierto, puesto que se pretende con este proceso, acuerdos que garanticen la "liberación amplia de mercados en términos de sectores", lo que debe ser secundado por una liberalización amplia de mercados en términos de países, con el fin de mantener la flexibilidad en la adhesión de otros países, de generar normas de conciliación entre los mismos y, finalmente, "otorgar a la inversión de origen intrarregional un tratamiento equivalente al de la nacional." CEPAL (1994, *ibid.*)

Se plantea además, ampliar la cantidad de países integrados para culminar en una zona regional de libre comercio, de aranceles externos comunes para evitar prácticas desleales en el comercio, o bien las prácticas proteccionistas ocultas, para el fomento de la inversión que rebase el marco nacional para arribar al regional, lo que implica la reducción de los costos en las transacciones, a fin de generar un superávit intrarregional esto es, un balance comercial. Se busca, asimismo, la adecuada legislación jurídica y un apoyo adecuado a los organismos regionales que fortalecen el financiamiento y el equilibrio en la balanza de pagos, a fin de "facilitar la expansión de los flujos recíprocos de comercio e inversiones."

En lo referente al avance de la ciencia y la tecnología en el proceso de integración regional, deben manejarse mecanismos integradores de ambos para garantizar, a final de cuentas, se permita "... invertir en actividades de mayor rendimiento, como las de investigación y desarrollo, incluyendo aquellas que faciliten la *imitación* o la *asimilación* de adelantos técnicos del exterior." CEPAL (1994, pp. 14-15). Existe así, toda una adecuación institucional que, desde la perspectiva de la CEPAL, debe abrir el camino no sin una serie de conflictos de índole histórica que, es necesario reconocer críticamente, ella misma pasa por alto, dado la propuesta de integración económica que está ofreciendo a la región latinoamericana en sus diversas esferas.

Los argumentos se constituyen desde luego, ante la experiencia generada por los diversos acuerdos de integración signados en la región desde los años 60. El Pacto Andino, el Mercado Común Centroamericano así como el arribo a los recientes acuerdos de integración y de intercambio comercial vía libre comercio que se plasman en el actual MERCOSUR, o bien el acuerdo de libre comercio entre México y Chile, así como los convenios de cooperación regional en materia de venta de

hidrocarburos de México y Venezuela (Pacto de San José) en la región del Caribe validan, según la CEPAL, sus posturas acerca de la viabilidad de la integración regional.

Pero existen otro tipo de elementos de orden histórico estructural que, en plena etapa de integración y globalización, son taxativamente ignorados por las autoridades y las diversas instituciones que se dedican al estudio y superación de los problemas del subdesarrollo. La evidente continuidad de la hegemonía de los países industrializados sobre las necesidades de los que no lo son, rebasan los planteamientos de la argumentación de posibles alternativas dentro de los actuales procesos de globalización.

El problema central desde el punto de vista sostenido en este trabajo, es que finalmente no partimos del claro planteamiento de nuestra problemática histórica, es decir, desde nuestra consolidación como naciones en el siglo XIX en un marco de relaciones mundiales ya hegemonizadas por el dominio colonial e imperialista, que impidieron cualquier proceso de consolidación interna de las clases sociales emergentes desde las sociedades colonizadas y, por ende, con la ausencia salvo, breves periodos de renacimiento nacionalistas, de procesos productivos autónomos que llevasen a la consolidación de un mercado interno.

El capitalismo del subdesarrollo, si puede llegar a considerársele capitalismo – dado que esta cuestión se duda al compararlo con el que se vive en las sociedades del primer mundo–, asiste a la mayor crisis desde su constitución en el siglo pasado: dentro de las relaciones productivas de sus economías internas, y por la persistencia de unas clases sociales sujetas a la imposibilidad fáctica de constituir proyectos sociales propios, y debido también a la hasta ahora estructural y crónica práctica de gobiernos, burocracias estatales con inclinaciones públicas y privadas, alejadas y ajenas muchas veces de la vivencia democrática en buena medida por la esencia de sus intereses que son, con suma evidencia, lejanos del resto de la sociedad.

En estos términos, la integración actual está obedeciendo a un proceso que sólo reproduce –bajo la orientación de las potencias hegemónicas– conductas y situaciones de dominación, colonialismo, dependencia y atraso evidentes. La globalización es un hecho, en tal sentido, pero bajo las circunstancias actuales, pudiera ser una carrera hacia ningún lado, como lo plantea Panitch, esto es, bajo una dinámica de productivismo sin objetivo ulterior, sólo teniendo como meta los índices de productividad, explotación, Chomsky *et al* (1996).

La propuesta es muy concreta: estamos encasillados bajo una globalización e integración sólo bajo las denominadas leyes del mercado, según plantea la lógica del capitalismo plenamente adherida al esquema neoliberal; esquema que por cierto empieza a mostrar serias fisuras en las economías latinoamericanas.

Este proceso no se distingue, en su estructura y *modus operandi* por el ejercicio democrático; no obstante, la globalización al internacionalizar los procesos

productivos y expandir las reglas del capital eliminándole las restricciones arancelarias, pudiera conformar —y si no las hay habría que conformarlas— fórmulas de organización sociales, políticas y económicas alternativas. Debemos tener presente que es bajo la globalización donde están creciendo novedosas formas de operación y búsqueda de cambio.

#### **d) Alternativas de integración**

En la actualidad, al parecer poco se puede decir o proponer en relación a las posibles alternativas de integración en la región latinoamericana, en el sentido de crear una vía diferente donde los criterios de los países industrializados no sean la nota imperante, y además los espacios de negociación sean convertidos en lugares comunes en los que las esperanzas para salir de las crisis recurrentes, son cada vez más remotas condicionando y restringiendo a la existencia social, económica y política dentro del marco neoliberal.

En éste, se han recreado —la dialéctica del capitalismo es así— permanentes conflictos y problemáticas no resueltas en esencia, por lo que los problemas del desarrollo no resultan una tarea de fácil solución y entendimiento. La inherente interrelación de los procesos sociales y económicos construyen una realidad de franca invitación al caos más que al orden, a la destrucción de formas de vida social colectiva más que a un proceso de regeneración de las clases sociales y de su consolidación democrática.

En muchos sentidos, asistimos en el Tercer Mundo y por tanto en América Latina a un agotamiento del orden institucional. La movilización social empieza a sustituir —incipientemente desde luego pero en forma creciente— al orden político y económico impuesto por los gobiernos, y la solución de los problemas empieza a estar más en las manos de la sociedad civil que de las instituciones estatales por lo que los cambios sociales no son ya ni serán una prerrogativa de ese "orden institucional", deben serlo, sin duda, de la voluntad de la sociedad civil.

El capitalismo del subdesarrollo no ofrece, no lo ha hecho hasta ahora, respuestas a los problemas de atraso y dependencia, por lo que la problemática no está definida, creo, en términos de ampliación o reducción de espacios democráticos, lo que resulta un argumento bastante débil ante las condiciones de dominación y sujeción cada vez más inocultables. La democracia no es la búsqueda de espacios para su paulatino mejor ejercicio, sino que debemos tener una perspectiva más amplia y sobre todo, más comprometida con la cuestión de las necesidades históricas y los sujetos cualitativos que le imprimen su dinámica sustancial y aún subsisten, a pesar del argumento relativo acerca del final de la historia, que pretende oscurecer los argumentos del cambio social en favor de las clases sociales marginadas.

En este sentido, debe argumentarse como válido que la democracia debiera pensarse en términos más bien cualitativos no cuantitativos, no en términos de porcentajes o transacciones cupulares entre los que dirigen y a menudo se benefician personalmente de la fuerza de los movimientos sociales, Osorio (1995, cap. 8).

La democracia no se mide, se vive, y los términos de su realización son totales y no restringidos. Son potencialidades que se manifiestan y existen en la medida que la realidad los hace válidos. La dinámica de la movilizaci3n social se configura en los espacios de un ritmo diferente a la de hace dos d3cadas, y si bien las contradicciones hoy d3a son m3s profundas, el grado de conflictividad se establece en t3rminos de una violencia m3s descarnada y con un sello de evidente desengaño de las concepciones pol3ticas tradicionales, Osorio (1995, p3gs. 210-212).

La acci3n social, el nudo de los conflictos, se dirime en funci3n de una lucha m3s que de una b3squeda renovada que de conciencia de la ubicaci3n de las clases sociales, de su historia y sus posibilidades reales ante la hegemon3a de la burgues3a en este momento. Y si el capitalismo no ha dejado de existir, ¿como pensar la realidad ahora?

El rumbo de la reflexi3n de la actualidad, entonces, debiera ser identificado en funci3n de la esperanza y el deseo de transformaci3n m3s que de sobrevivencia s3lo. Subsistir implica la sumisi3n de la capacidad vital al peso de la contingencia, por tanto, la p3rdida de la visi3n hist3rica y una perspectiva ante lo que vendr3 al cabo de unos cuantos ańos. Subsistir es, en suma, remitir las posibilidades humanas a los espacios de la violencia social sin causas ni razones aparentes, limitando la acci3n pol3tica al espacio de la corrupci3n y la transa; al desgaste, en igual forma, de los movimientos sociales para ser conducidos a ning3n lugar, es decir, para dejarlos en el mismo lugar, Osorio (1995, *ibidem*).

Ante la globalizaci3n debemos oponer la fuerza de la raz3n hist3rica y social de nuestros pueblos, esto resulta impostergable y si se lo deja para despu3s, vendr3n de nuevo siglos de dominaci3n y sometimiento. La propuesta de desarrollo en nuestras sociedades debe construirse as3 sobre una racionalidad diferente a la capitalista, dado que dentro de esta forma de vida, no tenemos salida, ni a corto ni a largo plazo, y creo que esta es una realidad incontestable.

Hemos recogido una serie de reflexiones en torno a la globalizaci3n que nos hablan de la "internacionalizaci3n" o "mundializaci3n" de la econom3a capitalista en el orbe Stavenhagen (1995) o, como descriptivamente la llama Wallerstein, la "econom3a mundo capitalista", (Congreso de ALAS, 1995). Estas ideas se circunscriben al cuestionamiento de la propuesta que el neoliberalismo ha tra3do consigo en la 3ltima d3cada y media para la regi3n latinoamericana.

En realidad la globalizaci3n es un proceso ecum3nico que, esencialmente, nos est3 proponiendo que el Estado no sirve m3s como garante e instrumento del avance econ3mico y, por tanto, sus funciones deben ser desplegadas por la muy a menudo

imprecisa sociedad civil o más bien a plantearse criterios propios de los sectores empresariales que, supuestamente, saben hacerlo mejor, Stavenhagen (1995, pp. 6-7).

En este orden, vemos por ejemplo que la idea del administrador y del empresario se conjugan para ofrecer una imagen de pretendida eficiencia en aras de una mayor productividad y sentido práctico o, más bien, pragmático, de la realidad económica, Pipitone (1994, pp. 25-27). El sentido productivista de los tiempos actuales define el ritmo de la vida y que, por extensión, marca la nula capacidad de trascendencia que tenemos en cuanto a lo cualitativo que ella viene haciendo, por tanto, de nuestro horizonte y derrotero la dinámica de la vida para la subsistencia y no para la trascendencia.

La globalización tiene su motor fundamental en los centros financieros del capitalismo actual, (Chomsky, entrevista, *cit.*). Hay, en tal rumbo una ideología que abre espacio únicamente al pensamiento conservador, con lo que los argumentos sobre el devenir social, político o económico se manifiestan por una uniformidad, por la carencia explícita de referentes globales (proyecto societal dice Osorio), que den el marco a una necesaria modificación de la realidad del mundo actual, Pipitone (1994, p. 31) y Osorio (1995, cap. 8).

Lo que rige así en la actualidad, son los criterios que hablan de privatizarlo todo, sin que, como menciona Stavenhagen, exista una "... relación comprobada alguna entre privatización y crecimiento...", y donde tan encomiada formulación, "... sólo sirve a los intereses de las grandes empresas transnacionales en su actual empuje por adueñarse de las pocas esferas económicas que aún se le escapan...", *cfr.*, Stavenhagen (1995, p. 7). Vemos cómo, notoriamente, el esquema neoliberal se empieza a resquebrajar al no poder cumplir con sus promesas de eficiencia, de mayor equidad y posibilidades de empleo, así como de desburocratización estatal y mayor apertura democrática, Osorio (1995, pp. 187-190; Pipitone (1994, págs. 32-33) y Vilas (1994).

Las cifras son claras al respecto, década y media de pobreza potenciada a niveles macrosociales, con la posibilidad de desatar conflictos nunca antes observados, apoyan esta visión sobre América Latina.

El desempleo, el subempleo, así como la inexistencia de inversión en actividades productivas, han generado una profunda depresión de la calidad de la mano de obra, al igual que su profunda desvalorización, con lo que se ofrece un panorama de amplia crisis en los empleos conocidos, con un uso demasiado restringido de los capitales, por lo que las inversiones sólo han sido canalizadas hacia áreas de interés del mundo del capital, desplazando a segundo plano las auténticas necesidades de la fuerza de trabajo, Stavenhagen (1995, pp. 8-9).

La globalización está presente en el mundo actual, pero la salida del atraso se torna en una misión inviable atándonos al subdesarrollo sin que el capitalismo

planteé, objetivamente, alternativa alguna. Bajo esta perspectiva no existen uno o dos o tres capitalismo, sino que es uno solo que, en forma inexorable, tiende a crear una mayor polarización entre las sociedades del mundo, acreciendo con ello, las diferencias, los conflictos y por tanto, la sumisión de las economías subdesarrolladas a los excesivos condicionamientos que imponen los países industrializados en la actual formación de los bloques en el mundo.

Esta es la imagen del futuro, sin esperanzas por cierto para los países del subdesarrollo, Wallerstein (1995, tesis no. 1); la dinámica de este proceso además no se equilibrará bajo políticas de gobierno, y porque, como ya fue comentado más arriba, la noción de Estado nacional está modificándose para integrar los bloques económicos regionales, Pipitone (1994, cap. III).

Lo importante ya no son tanto los países sino el capitalismo en sí, es decir, una estructura mundial que pretende homogeneizar los procesos productivos, las formas de conciencia colectiva e individual, así como encerrar —acaso en forma definitiva— al ser humano actual que tan lúcidamente en la "jaula de hierro" preconizara Max Weber al definir el capitalismo.

La alternativa en tal sentido, se debe definir por el rescate de lo verdaderamente cualitativo de nuestras sociedades. Su definición y esclarecimiento depende, en buena medida, de un acceso definitivo al quehacer democrático, que debe generar formas alternativas de representación y decisión popular, y una organización económico-productiva que deje a un lado el productivismo e instrumento, a través de fórmulas incluyentes, una organización social, económica y política diferente, realmente democrática.

El futuro se perfila indudablemente bajo la orientación de la tecnología y las comunicaciones al servicio del capital financiero que favorece, en forma progresiva a la integración de las economías en torno a un neoliberalismo que plantea una serie de contradicciones que, creo, no tienen solución en el corto plazo. Las "megatendencias", como hoy se las define, marcan y lo seguirán haciendo la creciente desigualdad entre los países sin posibilidad real de contrarrestar esta verdad.

Los países ricos cuentan con los recursos precisos para contrarrestar los problemas derivados de la economía o del propio medio ambiente, o bien fincados en el equilibrio de su población. Aunado a ello, otra gran tendencia se finca en la revolución agrícola que la biotecnología produce y que contribuirá a agrandar la brecha entre países ricos y pobres, Kennedy (1993), y que arrojará nuevos problemas de dependencia, atraso, de alimentación, etc., que ya son estructurales y sin aparente solución en estos últimos.

Lo que se perfila, en suma, es una polarización y contradicción crecientes que van a poner en cuestión no los problemas que surgen y se van reproduciendo y a los que, hasta ahora, sólo se enfrentan con reformas que como el mundo actual prefiere,

tienden a ser no muy radicales. Contradicciones que, tarde o temprano, llevarán a cuestionar globalmente y en todos los niveles de percepción de que aún sea capaz de desplegar el ser humano, el modelo de desarrollo que hasta ahora sigue el mundo por inercia, por falsa convicción o imposición: un capitalismo neoliberal que, en verdad, no ofrece salidas concretas no sólo a los países sino, en términos estrictos, al 80% de la humanidad.

El capitalismo, contrario a lo que sus exégetas pregonan, no es democrático, nunca lo ha sido, es excluyente y dado que su finalidad no es la **producción** sino la **ganancia**, da margen para que nazca y se reproduzca lo que Mannheim (1968 ed. en español) llamó la "falta de proporción general en el desarrollo de las facultades humanas", puesto que no ha existido en el transcurso de este siglo una proporción racional entre las capacidades humanas y el desenvolvimiento de la técnica, Mannheim (*ibid.*, cap. 1).

En América Latina se perfilarán una cantidad de movilizaciones conscientes o no de las implicaciones del neoliberalismo en la región, que darán paso a grupos armados de una izquierda que probablemente reencontrará la senda perdida, y verá entonces que las raíces indígenas aún tienen el peso suficiente para salvar a los demás sectores de la sociedad del naufragio, y del espejismo de una civilización occidental que no acaba de entender que la democracia es, ante todo, aceptación de lo diferente, convivencia de lo distinto, cooperación y no competencia, el desarrollo más que el "éxito", que aunque lo pregone no construye la democracia.

## CONCLUSIONES

**E**n el marco final de las consideraciones conclusivas del presente ensayo, creo que se pueden plantear cuatro ejes analíticos que, de una forma u otra mantienen elementos históricos, políticos y de praxis social en la búsqueda de alternativas al modelo de industrialización "forzosa" en general y, en particular, al esquema neoliberal impuesto en la región latinoamericana.

Así, creo que el colofón de esta exposición gira en torno a los siguientes elementos:

En primer lugar, el problema que ya secularmente implica una industrialización prácticamente obligatoria para la región latinoamericana ha traído serias consecuencias. No es posible en los momentos actuales, y en el entendido de que éste proceso repercute con toda seriedad hacia el futuro, seguir pretendiendo que vamos a poder "alcanzar" a los países industrializados; lo anterior es una realidad incontestable, por lo que de entrada una ley, aparentemente sin discusión como lo es la competencia, en las relaciones comerciales entre los países, nos muestra un mercado bastante inequitativo negando, esencialmente, una verdadera competencia, no la hay, sólo existen reglas impuestas por los países industrializados.

Una de las muchas características que gobiernan en el capitalismo de la actualidad, consiste en la persistencia de la falta de equidad entre las economías y sociedades del mundo. Y esta condición, de inicio, obliga a las sociedades del todavía llamado Tercer Mundo a su sometimiento creciente y persistente ante las leyes del capital internacional. Vale decir así, que en el actual esquema y bajo el modelo neoliberal se concretan la profundización de la dependencia, del subdesarrollo y la subordinación política a los gobiernos de los países industrializados, enfrentando a los países del subdesarrollo a seguir un camino sin alternativas, bajo las leyes que impone en el mundo el capitalismo.

Afrontar así la noción de una imposible salida por el camino actual será, en un futuro muy próximo, una verdad de tal evidencia que ni aun los más reticentes podrán negarlo. Por tal motivo, industrializar será un fracaso recurrente, en tanto no se extraigan de lo profundo de los pueblos y las sociedades los auténticos proyectos de alternativas que deberán ser construidas *democráticamente*.

Y cabe por lo tanto preguntarse el significado de lo que se quiere decir con "democráticamente", ya que, es muy cierto, lo "democrático" no creemos que sea un concepto; por ahora refiere sólo a una práctica, un ejercicio que en la medida de su consolidación, abrirá espacio a su debida reconceptualización.

Porque de igual forma está existiendo una doble crisis de indole teórica y desde luego práctica inscrita en la paralización del movimiento social, no sólo en América Latina sino en el mundo entero, cuestión que ha sido respaldada, apoyada y financiada por los gobiernos antidemocráticos —vale decir prácticamente del mundo entero—, acompañados de toda la panoplia que da fuerza a unas formas de

conciencia social que se despliegan por las más variadas zonas del amplio espectro ideológico que ofrece el pensamiento de la derecha actual.

En este orden de ideas, asumir como verdadero que el capitalismo actual es el modo de vida donde se crea y recrea la democracia es, por varias razones, inaceptable y en resumidas cuentas una cuestión que se relaciona con la imposición de unas fórmulas políticas que el mundo industrializado ofrece a sociedades que, como las nuestras, siguen modelos de sociedad totalmente ajenos a lo que es nuestra propia identidad cultural y nacional.

Si la democracia y en general la manera de hacer política se fundamentan en las leyes del mercado, estamos reduciendo un modo entero de vida a una orientación economicista y ligada por tanto, a los intereses materiales de los sectores sociales que por su origen y esencia sobreviven por y para la reproducción del capital y la ganancia. En el mundo actual, sólo tiene acceso a la "democracia" quien está ligado a la hegemonía capitalista material o ideológicamente, y en este último ámbito en donde el neoliberalismo más hincapié ha puesto en diseminar la ideología del "fin de las ideologías".

Un mundo uniforme, un mundo feliz parece ser la gran consigna en lo interno de la visión de un capitalismo que se autoproclama triunfante y cree no tener más enemigos históricos. Sin embargo, ese mundo feliz se polariza y se separa en forma cotidiana y radical, integrando una dialéctica en la cual resurgen problemas ve viejo cuño como el indígena, las cuestiones étnicas o, de índole más reciente, como son los problemas de origen ambiental y de excesiva concentración poblacional en las sociedades del subdesarrollo productivo, todos ellos, de un modelo de desarrollo plenamente asumido que, no obstante, pareciera orientar a este mundo a su cabal destrucción.

No, resueltamente, la democracia del capital no es la democracia que la totalidad de los habitantes del mundo necesitan y especialmente los países "pobres" y, por tanto, América Latina.

De tal forma, desde la CEPAL y su proyecto de desarrollo industrializador, rematando con los actuales procesos de integración regional que auspician una industrialización con equidad, la visión sobre las sociedades de América Latina ha transcurrido en los marcos de planes y programas de desarrollo formulados e instrumentados de arriba hacia abajo, sobre una base social que sólo se ha constituido en el recipiente experimental de una serie de políticas que, en la abrumadora mayoría de los casos, se pierden en la contradictoria racionalidad burocrática de unos gobiernos carentes de una concepción a largo plazo del desarrollo e insertos mayoritariamente, en la inercia de una corrupción, de una sujeción al capital extranjero y, obvio es decirlo, sin un proyecto de nación que por tanto, ninguna industrialización podrá salvar así nomás por la buena voluntad de un grupo o sector de las sociedades.

En segundo lugar, está el problema que vive América Latina ante la progresiva desintegración que como naciones y estados constituidos está sufriendo por el avance del capital financiero internacional. Subyace y está en la raíz de los países de la región, la persistente falta de estructuración en sus clases sociales, producto de un capitalismo que no elimina las contradicciones, ni sociales, ni económicas y visto con una mayor perspectiva, ni las históricas.

La nación como categoría y concepto en el mundo subdesarrollado sigue siendo un 'núcleo problemático' como lo plantea Zavaleta, y en esa medida una compleja trama dialéctica donde por ejemplo la violencia —como producto histórico-cultural y no como reduccionismo ideológico— está presente, y la racionalidad de una historia de ya cinco siglos está reclamando cambios radicales, como los únicos posibles para reorientar un rumbo jamás encontrado en realidad, debido a la inexistencia de una corresponsabilidad entre las necesidades sociales de las clases marginadas y los intereses de las clases dominantes y el gobierno que, generalmente, defiende a estas últimas, en el centro de una crisis estructural donde el proyecto de nación que tuvo en el siglo pasado como modelo a Europa y los Estados Unidos ve desintegrarse sus fundamentos más sólidos ante el actual patrón de acumulación económica que vive el capitalismo.

El narcotráfico se extiende y hunde en las economías de la región latinoamericana suministrando a una sociedad que, como la estadounidense, alcanza niveles de consumo verdaderamente exorbitantes —su población que oscila entre el 4 ó 5% del total mundial consume el 50% de la droga que se produce en el mundo (Kennedy, 1993)— y que, como bien lo plantea Kaplan, no llega a enfrentar este problema en forma global y desde dentro de su sociedad, sino que lo traslada a la periferia condenando con ello a los países latinoamericanos a su política injerentista y militar, especialmente a Colombia y que, bien visto, involucra el manejo de una enorme capacidad de ganancia, acumulación y desde luego de un evidente vínculo del narcotráfico con la globalización e internacionalización del capital.

Globalización e integración son procesos reales, pero su objetividad no incluye a democracia como propuesta. Ésta no ha formado parte nunca de la división internacional del trabajo y en ello el colonialismo y el imperialismo son un argumento suficiente; por tanto, debe definirse la forma en que nos articulamos a este capitalismo en muchas formas devastador que, obvio parece, no va a detenerse en los elementos de importancia nacional como lo pueden ser la soberanía, la autonomía, las clases sociales desposeídas o bien los proyectos alternativos de desarrollo económico.

Lo anterior nos lleva así a lo que como tercera conclusión nos deriva al hecho de que se precisan alternativas verdaderamente revolucionarias a la integración capitalista mundial que, en forma obligada se nos quiere hacer tomar.

La cuestión así, se define a través de elementos contradictorios, de difícil conciliación como lo son los intereses que se despliegan en la esfera estatal y de

gobierno, así como aquellos que son propios del ámbito de la esfera del capital, donde se concentran por cierto los aspectos centrales de la burguesía no sólo nacional sino internacional, en el sentido de que están radicalmente opuestos a los intereses del resto de las clases sociales como lo son el campesinado, la clase obrera, las capas medias marginadas, los desempleados, los segregados por su color de piel, preferencia sexual, etc.

Aquí es donde existe una interrogante no bien enfrentada aún, ¿cómo enfrentar una conciliación o concertación entre clases sociales que siguen siendo irreconciliables? Veinte años de neoliberalismo han eliminado a muchos socialistas en la región, desapareciéndolos física o intelectualmente, pero no ha desaparecido la necesidad del socialismo para la región, de una democracia social donde el papel principal no lo juegue el capital ni las leyes del mercado, sino la gente, una organización social y productiva racional y equitativa donde las *mayorías sociales* impriman su sello a las formas de gobierno, de hacer política dentro de parámetros más amplios y profundos en cuanto al pasado y al futuro de nuestras sociedades.

Claro que no se trata de "trazar una recta del pasado al futuro", sino de un rescate profundo de lo que hemos sido como pueblos y lo que tentativamente podemos llegar a consolidar como naciones. Hacer bien las cosas desde el principio, conscientemente, un trabajo antiguo (Marx) que hemos ido posponiendo forzados por una historia de intervencionismos colonialistas, imperialistas y globalizadores que en las puertas del nuevo siglo reafirman valores que persisten debido a una cultura burguesa que, por decirlo figurativamente, no subsana sus culpas sino que las oculta.

Ocultar verdades así, es someter a las fuerzas ajenas un rumbo que estamos obligados a construir por nosotros mismos. Si nos vamos a integrar a otras sociedades, este proceso debe hacerse con países de similar estructura económica y social, por lo que en general la actual propuesta cepalina tiene valor. Toda integración conlleva riesgos políticos y éstos se enfrentan, no se rehuyen.

América Latina define en lo interno de cada país su proceso de constitución nacional pero, en general, está inscrita en un proceso más amplio que las identifica en esencia con una historia bastante amarga, la historia del capitalismo del subdesarrollo; una larga historia cuya solución a su problemática no vendrá del exterior, sino radica esencialmente en echar a andar el mecanismo de la democracia y de la rápida integración de proyectos de nación acordes a esa mayoría hasta ahora despojada de su poder decisorio.

Industrializar no implica, en América Latina, una realidad o una verdad, es más bien parte del mito del desarrollo en la cual los organismos regionales han caído o patrocinado con una logística acaso maquiavélica, manipulatoria como una parte del ejercicio del poder en función de lo intereses de la hegemonía del capitalismo y de la burguesía nacional e internacional. En buena medida, las críticas a organismo internacionales de ayuda en el desarrollo se basan en que sólo han mirado y

atacado el problema del atraso en la región en forma parcial, ajenas a la totalidad que implica la existencia del capitalismo del subdesarrollo como elemento consustancial del capitalismo internacional.

La lógica de la economía internacional camina en ese sentido. La historia, la estructura de las economías y la división del trabajo en lo interno de las sociedades así lo conforman. Ante la excesiva flexibilización del trabajo como relación social, y con la evidente globalización e internacionalización del capital en poder de empresas transnacionales que progresivamente van aniquilando las soberanías y autonomías nacionales cabe, con toda evidencia, la honesta recapitulación de las sociedades latinoamericanas en la economía globalizada y plantear, finalmente, una integración con una actitud ciertamente democrática, autónoma y soberana. La equidad que plantea la CEPAL en el terreno básicamente comercial, debe trascender a los planos políticos, culturales, social y económico.

Mucho radica en la medida de poder comprender un proceso de refundación de los Estados Nacionales en la región, donde problemas atávicos aún no pueden resolverse, donde burguesías cipayas con rasgos esencialmente oligárquicos, dominan o pretenden hegemonizar proyectos de nación que no entienden y menos han demostrado cómo conducir. Con sociedades donde la clase trabajadora ha sido atomizada y desarticulada a niveles de desempleo y subempleo que las liga a niveles de supervivencia donde la delincuencia es parte cotidiana ya, y tiene su raíz en la ausencia, finalmente, de un proyecto de nación.

Igualmente de unas capas medias que oscilan entre la idea y la realidad es decir, entre décadas de influencia ideológica que las acerca supuestamente al estatus de las clases privilegiadas, donde el consumo y la propiedad son la esencia de su forma de existir, y el creciente contraste de una realidad económica que las enfrenta a una proletarianización y empobrecimiento que proviene de un modo de vida que en este sentido muestra sus características excluyentes, socialmente desintegradoras y hace imposible la consolidación nacional de una nación. Hay definitivamente en la existencia de las capas medias, una dialéctica irresoluta en términos capitalistas entre el ser y el deber ser, entre sus aspiraciones todavía pequeño burguesas y su existencia objetivamente más cercana a las clases marginadas y explotadas.

Y finalmente, tenemos como cuarto eje analítico, con un grado de explosión e inmanejabilidad crecientes la cuestión indígena, que se plantea como un proceso que, en sí mismo, determina sustancialmente la constitución de los propios Estados Nacionales al conformar, quiérase o no, la parte esencial que aún conserva América Latina y, en esa medida, el posible punto de apoyo para un futuro proyecto de nación atento a las necesidades primigenias de nuestras sociedades que, en buena medida, aún se debaten en el autorreconocimiento y en las fórmulas que opongán una estructura histórica, social, política y económica verdaderamente fuerte, a un capitalismo que, producto como es de una amplia y vasta cultura nacida en Europa y

**perfeccionada de cierto modo en los Estados Unidos, cuenta con todas las armas para destruir nuestras todavía débiles sociedades o, mejor dicho, naciones.**

El futuro, "ciertamente" es incierto, como un niño al nacer, pero es nuestro su devenir y es en buena medida, de una izquierda hasta ahora vencida la responsabilidad de reconstituir y revertir años de errores por aciertos y procesos políticos verdaderamente democráticos que ayuden a derribar mitos, las ideas conservadoras y los espejismos que nos hacen seguir cambiando cuestiones esenciales por fórmulas de desarrollo imposibles es decir, "oro por cuentas de vidrio".

## BIBLIOGRAFIA

1. **Amin, Samir**; *La acumulación a escala mundial*. México, S. XXI, 1975.
2. **Arriola, Joaquín**; *Los nuevos países industrializados*. Madrid, IEPALA Edit., 1988.
3. **Bairoch, Paul**; *Revolución industrial y subdesarrollo*. México, S XXI, 1980.
4. **Baran, Paul**; *Economía política del crecimiento*. México, FCE, 1975.
5. **Baran Paul, Sweezy Paul M.**; *El capital monopolista*. México, S. XXI, 1979.
6. **Berman, Marshall**; *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México, S. XXI, 1988.
7. **Blanco, José**, "EL contexto internacional" en *México hoy*. México, S. XXI, 1980.
8. **Carmagnani, Marcelo**; *El Estado oligárquico en América Latina*. Madrid, Ed. Crítica Grijalbo, 1982.
9. **CIDE**, "La comisión trilateral y la coordinación de políticas del mundo capitalista", serie de *Cuadernos semestrales Estados Unidos*, perspectivas de Latinoamérica, 1978, núms. 2-3.
10. **Cueva, Agustín**; *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. México, S. XXI, 1991, 15ª ed.
- 11.- *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. México, Ed. Edicol, 1977.
- 12.- *La teoría marxista*. México, ed. Planeta, 1988.
- 13.- *Tiempos conservadores*. Quito, Ed. El Conejo, 1988.
- 14.- "Democracia nostra" en *Respuestas a Santa Fe II*. México, Ed. El Día en libros, 1989.
- 15.- *Ensayos sobre una polémica inconclusa*; México, CONACULTA, 1991.
16. **De la Cruz, Rafael**; *Tecnología y poder*. Mexico, S. XXI, 1987.
17. **Dieterich, Heinz comp.**; *Nuestra América frente al V Centenario*. "Emancipación e identidad de América Latina (1492-1992)". México, Joaquín Mortiz/Planeta, 1989.
- 18.- *1492-1992, La interminable conquista*. México, Ed. Planeta, 1990.
- 19.- **Dieterich Heinz y Chomsky, Noam**; *La sociedad global*. Emancipación e identidad de América Latina. México, Ed. Planeta, 1996.
20. **EZLN**; *Escritos y discursos/1*. México, Ed. Era, 1994.
- 21.- *Escritos y discursos/2*. México, Ed. Era, 1995.

22. **Fajnzylber, F.**; *La industrialización trunca de América Latina*. México, Ed. Nueva Imagen, 1987.
23. **Foster, Hal et al**; *La posmodernidad*. Madrid, Ed. Tecnos, 1990.
24. **Furtado, Celso**; *La economía latinoamericana*. México, S. XXI, 1979.
25. **Galeano, Eduardo**; *Las venas abiertas de América Latina*. México, S. XXI, 1979, 26° ed.
- 26.- *Memoria del fuego*. México, S. XXI, 3 Tomos, 1987.
- 27.- *Ser como ellos*. México, S. XXI, 1992.
- 28.- *Las palabras andantes*. México, S. XXI, 1993.
29. **González Casanova, Pablo**, coord.; *América Latina, hoy*. México, S. XXI, 1982.
- 30.- *El Estado en América Latina*. México, S. XXI, 1989.
- 31.- *América Latina, historia de medio siglo*. México, S. XXI, 2 Tomos, 1975.
- 32.- **González Casanova, Pablo**; *América Latina en los años treinta*. México, UNAM, 1976.
- 33.- *Estados Unidos hoy*. México, S. XXI, 1986.
- 34.- *El Estado y los partidos políticos en México*. México, ed. Era, 1988.
- 35.- *La nueva metafísica y el socialismo*. México, S. XXI, 1978.
- 36.- *Imperialismo y revolución*. México, S. XXI, 1982.
37. **Guadarrama, Roberto**; *¿Las teorías del comercio internacional coadyuvaron a nuestro subdesarrollo?*. México, Tesis, 1973.
38. **Guerra, Ramiro**; *El expansionismo estadounidense*. La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1974.
39. **Guevara, Ernesto Che**; *Obras completas*. La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1979.
40. **Gunder Frank, André**; *Subdesarrollo y revolución en América Latina*. México, Ed. Era, 1967.
41. **Gutiérrez, Esthela** coord.; *La ocupación del futuro*. México, Fundación Friedrich Ebert-México, Ed. Nueva Sociedad, 1990.
42. **Halperin Donghi, Tulio**; *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid, Alianza editorial, 1977.

43. **Kennedy**, Paul; *Hacia el siglo XXI*. Barcelona, Plaza y Janés eds., 1993, 3a. ed.
44. **Lechner**, Norbert et al; *Estado y política en América Latina*. México, Siglo XXI editores, 1986, 4a.ed.
- 45.- *Los caminos de la democracia*. México, Fundación Pablo Iglesias/S. Xxi, 1988.
46. **Lefevbre**, Henri; *Del campo a la ciudad*. Barcelona, Ed. Península, 1979.
- 47.- *Hacia el ciberantropo*. Barcelona, Ed. Gedisa, 1980.
48. **Lenin**, V.I.; *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Moscú, Ed. Progreso, sff.
- 49.- *Materialismo y empiriocriticismo*. Moscú, Ed. Progreso, sff.
50. **Löwy**, Michael; *El marxismo en América Latina*. México, Ed. Era, 1982.
51. **Mandel**, Ernest; *El capitalismo tardío*. México, Ed., Era, 1979.
52. **Mannheim**, Karl; *El hombre y la sociedad en la época de crisis*. Buenos Aires, Editorial Leviatán, 1984.
53. **Marcuse**, Herbert; *El hombre unidimensional*. México, Ed. Joaquín Mortiz, 1970.
54. **Marini**, Ruy Mauro; *Subdesarrollo y revolución*. S. XXI, 2a. ed. 1980.
- 55.- *Dialéctica de la dependencia*. México, Ed. Era, 1979.
- 56.- *América Latina, democracia e integración*. Caracas, Ed. Nueva Sociedad, 1993.
57. **Marx**, Karl; *El capital*. México, S. XXI, 8 vols., 1980.
- 58.- *El manifiesto del partido comunista*, de. Progreso sff
- 59.- *Grundrisse*. México, S. XXI, 1980, 8a. ed.
- 60.- *Introducción a la crítica de la economía política 1857*. México, S. XXI, 1983
- 61.- *Los anales franco-alemanes*. México, Ed. Martínez Roca, 1980.
62. **Mathias** Gilberto y **Salama**, Pierre; *El Estado sobredesarrollado*. México, Ed. Era, 1986.
63. **Nún**, José et al; *Las ciencias sociales en América Latina*. México, UNAM, 1979.
64. **Olivé**, León; *Estado, legitimación y crisis*. Mexico, S. XXI, 1985.
65. **Ominami** Carlos y R. Haussman, "Crisis e internacionalización. De la ruptura de la acumulación en el centro a la heterogenización de la periferia", en *Trimestre Económico*. México, vol. LII (2), núm. 206, abril-junio de 1985.

66. **Osoyo**, Jaime; *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*. México, Triana editores, 1995.
67. **Pipitone**, Ugo; *Los laberintos del desarrollo*. México, Triana editores, 1994.
- 68.- *América Latina, la salida del atraso*. México, CIDE, 2a. ed. 1995.
69. **Ruiz García**, Enrique; *La estrategia mundial del petróleo*. México, Ed. Nuestro Tiempo, 1985.
70. **Schelsinger**, Stephen y **Kinzer**, Stephen; *Fruta amarga, la C.I.A. en Guatemala*. México, Siglo XXI editores, 1989, ed.
71. **Selsler**, Gregorio; *De Dulles a Raborn*. "La CIA, Métodos, logros y pifias del espionaje". Ediciones de Política Americana, s/f, 254 págs.
72. **Sandino**, *General de Hombres Libres*. Buenos Aires, Editorial Abril, 1984.
73. *Pandeano ejército loco*, T. I y II. Buenos Aires, Editorial Abril, 1984.
74. *Nicaragua de Walker a Somoza*. México, Mex Sur Editorial, 1984.
75. *El Documento de Santa Fe, Reagan y los Derechos Humanos*. México, Alpa Corral, 1988.
76. *Panamá erase un país a un canal pegado*. México, Universidad Obrera de México, 1989.
77. *Los Documentos de Santa Fe I y II*. México, Universidad Obrera de México, 1990.
78. **Solari**, Aldo, et al; *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*. México, S. XXI, va. ed.
79. **Sweezy**, Paul M.; *Teoría del desarrollo capitalista*. México, FCE, 1978.
80. **Tamames**, Ramón; *La estructura económica internacional*. México, CONACULTA/Grijalbo, 1990.
81. **Thurow**, Lester; *La guerra del siglo XXI*. Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1992.
82. **Toffer**, Alvin; *El shock del futuro*. México, FCE, 1979.
- 83.- *La empresa flexible*. México, Plaza y Janés ed., 1985.
84. **Toriello** Garrido, Guillermo; *Tras la cortina del banano*. La Habana, Edit. Ciencias Sociales, 1981.

85. **Torres Rivas, Edelberto, et al;** *Clases sociales y crisis política en América Latina*. México, S. XXI, 1980.
- 86.- **Valenzuela Feijóo, José C.;** *¿Qué es un patrón de acumulación?*. México, UNAM, Facultad de Economía, 1990.
- 87.- *Crítica al modelo neoliberal*. México, UNAM, Facultad de Economía, 1991.
88. **Varios autores;** *La reconversión industrial en América Latina*. México, FCE, 1987.
89. **Vuskovic, Pedro;** *Las crisis en América Latina*. México, Siglo XXI/UNU, 1990.
- 90.- *La pobreza, desafío teórico y estratégico*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Económicas, 1994.
- 91.- *Pobreza y desigualdad en América Latina*. México, UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 1996.
92. **Weber, Max;** *Economía y sociedad*. México, FCE, 1979, 4ª reimp.
- 93.- *Historia económica general*. México, FCE, 1980.
- 94.- *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México, Ed. Premia, sff.
95. **Zavaleta Mercado, René;** *Lo nacional popular en Bolivia*. México, Siglo XXI, 1986.
96. "Notas sobre la cuestión nacional en América Latina" en Vega, Juan E.; *Teoría y Política de América Latina*. México, Edit. Libros del CIDE, 2a. ed., 1984.

## HEMEROGRAFÍA

### REVISTAS Y PUBLICACIONES

1. **Zavaleta Mercado, René;** "El Estado en América latina" en *Ensayos/1, Año 1*, México, Fac. de Economía, División de Estudios de Posgrado, 1984, pp. 59-78.
2. **Cueva, Agustín;** "La democracia en América Latina: ¿Novia del socialismo o concubina del imperialismo?" en *Estudios Latinoamerica-nos/1*, México, CELA-UNAM, jul-dic de 1986, pp. 49-54.
- 3.- "Sobre exilios y reinos (Notas) críticas sobre la evolución de la sociología sudamericana" en *Estudios Latinoamericanos/4*, México, CELA-UNAM, ene-jun de 1988, pp. 8-15, [a].

4. **Stolowicz, Beatriz W.**; "Los procesos de derechización en América Latina: una realidad que demanda respuestas" en *Estudios Latinoamericanos/4*, México, CELA-UNAM, ene-jun de 1988, pp. 21-28.

5.- "América Latina: sin sorpresas. Democracias inestables a finales de siglo" en *Estudios Latinoamericanos/11, 12 y 13*, jul-1991-dic-1992, pp. 38-46.

6. **Petras, James**; "La metamorfosis de los intelectuales latinoamericanos" en *Estudios Latinoamericanos/5*, México, CELA-UNAM, jul-dic de 1988, pp. 81-86.

7. **Bagú, Claudio**; "La CEPAL y el desarrollo de América Latina" en *Estudios Latinoamericanos/6-7*, México, CELA-UNAM, ene-dic de 1989, pp. 41-47.

8. **Ruiz Contardo, Eduardo**; "Falsedades capitalistas, errores y vigencia del socialismo", en *Estudios Latinoamericanos/8*, México, CELA-UNAM, ene-jun de 1990, pp. 39-43.

9. **Vilas, Carlos M.**; "Intelectuales, dólares y compromisos: un comentario a James Petras" en *Estudios Latinoamericanos/8*, México, CELA-UNAM, ene-jun de 1990, pp. 44-48.

10.- *América Latina en el "nuevo orden mundial"*. México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, Colec. "El Mundo actual", 1994, 52 págs.

11. **Gorostiaga, Xabier**; "América Latina frente a los desafíos globales: los noventa una coyuntura estratégica" en *Estudios Latinoamericanos/10*, México, CELA-UNAM, ene-jun de 1990, pp. 11-25.

12. **Sosa Elizaga, Raquel**; "América Latina en la crisis de sus referentes internacionales" en *Estudios Latinoamericanos/10*, México, CELA-UNAM, ene-jun de 1990, pp. 11-25.

13.- "Evolución de las ciencias sociales en América Latina (1973-1992)" en *Estudios Latinoamericanos/1*, Nva. época, México, CELA-UNAM, ene-jun de 1994, pp. 7-24.

14. **Osoyo, Jaime**; "América Latina: hacia una nueva inserción en el mercado mundial" en *Estudios Latinoamericanos/10*, México, CELA-UNAM, ene-jun de 1990, pp. 34-39.

15.- "Los nuevos sociólogos. Tendencias recientes en la sociología latinoamericana" en *Estudios Latinoamericanos/1*, Nva. época, México, CELA-UNAM, ene-jun de 1994, pp. 55-70.

16. **Oliver Costilla**, Lucio; "En busca del tiempo perdido: actualidad de la herencia de la sociología latinoamericana" en *Estudios Latinoamericanos/11, 12 y 13*, jul-1991-dic-1992, pp. 16-22.

17.- "América Latina: las enseñanzas de las crisis políticas" en *Dialéctica/25*, primavera de 1994, pp. 89-94.

18.- *et al*; "Neoliberalismo y política: la crisis mexicana" en *Estudios Latinoamericanos/4*, Nva. época, Año II, México, CELA-UNAM, jul-dic de 1995, pp. 115-138.

19. **Mailorquin**, Carlos; "América Latina y el pensamiento estructuralista" en *Estudios Latinoamericanos/11, 12 y 13*, jul-1991-dic-1992, pp. 23-32.

20.- "El declive de la influencia de los intelectuales: entrevista a Celso Furtado" en *Estudios Latinoamericanos/3*, Nva. época, México, CELA-UNAM, ene-jun de 1995, pp. 125-144.

21. **Hinkelammert**, Franz J.; "La crisis del socialismo y el Tercer Mundo" en *Pasos/30*, jul-ago de 1990, San José de Costa Rica, pp. 1-6.

22. **Huerta Moreno**, Ma. Gpe.; "La concentración del Sistema Financiero Mexicano: El Papel de los Grupos Financieros." en *Análisis Económico/23*, vol. XI, México, UAM/Azcapotzalco, 1993, pp. 25-47.

23. **Gutiérrez Garza**, Esthela; "La teoría de la dependencia frente a la necesidad de un nuevo paradigma económico social" en *Estudios Latinoamericanos/3*, Nva. época, México, CELA-UNAM, ene-jun de 1995, pp. 55-70.

24. **Ibarra**, David; *Interdependencia y desarrollo*. México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, Colec. "El Mundo actual", 1994, 49 págs.

25. **Panitch**, Leo; *Globalitation and the state*. México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, Colec. "El Mundo actual", 1994, 73 págs.

26. **Roitman, Marcos**; *América Latina en el proceso de globalización*. México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, Colec. "El Mundo actual", 1994, 61 págs.

27. **Centro Latinoamericano de Demografía**; *Dinámica demográfica de la Pobreza*. Santiago de Chile, junio de 1994, 78 págs.

28. **Comisión Económica para América Latina y el Caribe**; *Transformación productiva con equidad*. Santiago de Chile, CEPAL/ONU, 1990, 185 págs.

29. **Comisión Económica para América Latina y el Caribe**; *El desarrollo sustentable: transformación productiva, equidad y medio ambiente*. Santiago de Chile, Naciones Unidas/CEPAL, 1991.

30.- **CEPAL/ONU**, *El regionalismo abierto en América Latina y el Caribe*. "La integración económica al servicio de la transformación productiva con equidad". Santiago de Chile, 1994, 109 págs.

31. **CEPAL/ONU**, *Balance preliminar de la Economía de América Latina y el Caribe 1995*. "Notas sobre la economía y el desarrollo". Santiago de Chile, diciembre de 1995, 69 págs.

32.- **Saxe-Fernández, John**; "Plan de choque y la dialéctica entre macrorregionalización y microrregionalización" en *Problemas del Desarrollo/102*. México, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, julio-septiembre de 1995, pp. 7-28.

33. **Comercio Exterior**, "Quince años del Acuerdo de San José, septiembre de 1995, pp. 674-677.

34. **Teitel, Simón**; "¿Qué estrategia de desarrollo debe adoptar América Latina?" en *Comercio Exterior*, septiembre de 1995, pp. 661-694.

#### **Artículos Periodísticos:**

1. **Cueva, Agustín**; "América Latina: el neoliberalismo sin rostro humano", *La Jornada*, 9, 10 y 11/X/91, págs. 27, 41 y 37 respect.

2. **Sánchez Rebolledo**, Adolfo; "Año 499: América y los Indios", *La Jornada*, 10/X/91, p. 49.
3. **Dieterich**, Heinz; "Propuesta alemana: convertir al tercer Mundo en fideicomiso", *La Jornada*, 25 y 26/IX/91, p. 39 y 36 respect.
4. - "EU 'no invadirá Cuba mientras tema que haya resistencia armada': Chomsky" y **Noam Chomsky**: "EU pretende hacerse pasar por libertador de Cuba", *La Jornada*, 11 y 12/X/91, p. respect.
5. - "Viva América", *La Jornada*, 30/X/91, p. 31.
6. - "AL: entre el capitalismo utópico y la democracia mundial", *La Jornada*, 11, 12, 13 y 14/V/93, págs. 1 y 40, 49, 49 y 49 respect.
7. **Roa Bastos**, Augusto; "Una utopía concreta", *La Jornada*, 2/II/92, p. 26.
8. **Galeano**, Eduardo; "Ser como ellos", *La Jornada*, 13, 14 y 15/X/91.
9. - "Palabras que quieren olvidar el olvido", *La Jornada*, 8 y 9/V/93, págs. 1 y 44 y 1y 46.
10. - "AL, caricatura del Primer Mundo: Eduardo Galeano", *La Jornada*, 14/X/93, p. 49.
11. - "Una dictadura sin oposición", *La Jornada*, 15/II/94, págs. 1 y 18.
12. - "Úselo y tirelo", *La Jornada*, 12/III/94, págs. 1 y 10.
13. - "¿Qué es lo que a uno lo levanta?: un Golpe de Risa", *El Financiero*, 30/VI/94 y 1/VII/94, págs. 69 y 57 respect.
14. **Bonasso**, Miguel; "Con Galeano, en Montevideo, el último café de los 500 años", *La Jornada*, 7/X/92, págs. 1 y 27.
15. - "En AL la historia no terminó; apenas comienza: Galeano", *La Jornada*, 8/X/92, p. 26.
16. - "En América Latina el Estado es privado: Eduardo Galeano", *La Jornada*, 9/X/92, p. 28.
17. **David Carlson**, y **David Brooks**; "Noam Chomsky: el poder mundial, en manos de organizaciones totalitarias", *La Jornada*, 6/XI/94, págs. 1 y 54.
18. - "México milagro económico que 'está fallando': Noam Chomsky", *La Jornada*, 7/XI/94, págs. 1 y 54.

- 19.- "La política de EU, pararrayos de los ricos contra el odio popular: Chomsky", *La Jornada*, 8/XI/94, págs. 1 y 52.
- 20.- "Neoliberalismo, hasta que los pueblos quieran: Chomsky", *La Jornada*, 9/XI/94, págs. 64 y 60.
21. **Camacho**, Oscar y **Hernández**, Evangelina; "Las políticas de ajuste en AL, una amenaza para la democracia", *La Jornada*, 29/II/93, p. 15.
22. *La Jornada*, "Impresionante repunte de empresas latinas en EU", 18/VI/95, p. 43.
23. *La Jornada*, "Expresa el Grupo de los Siete su apoyo a México y Latinoamérica", 18/VI/95, p. 43.
24. *La Jornada*, "CEPAL: el levantamiento del bloqueo aceleraría la reforma en Cuba", 9/VII/95, p. 52.
25. *La Jornada*, "Se duplicó en 14 años la deuda externa de AL, informa el SELA", 9/VII/95, págs. 1 y 50.
26. *La Jornada*, "Chile: descarta el gobierno un posible golpe militar", 30/VII/95, p. 53.
27. **Aranda**, Jesús; "Avanza EU hacia el control militar de AL", *La Jornada*, 6/VIII/95, págs. 1 y 12.
28. *La Jornada*, "Dispone el Mercosur negociar una asociación con la UE", 6/VIII/95, p. 48.
29. *La Jornada*, "Carece 39% de familias en AL de una casa digna", 6/VIII/95, p. 50.
30. *La Jornada*, "Castro: vive AL las monstruosas consecuencias del neoliberalismo", 7/VIII/95, p. 44.
31. *La Jornada*, "Analizará la Cumbre de Río la integración de AL antes del 2005", 2/IX/95, p. 57.
32. **Henríquez**, Elio; "Camino contra el neoliberalismo, no sólo lamentos, demanda Marcos", *La Jornada*, 6/IV/96, págs. 1 y 12.
33. **EZLN**, "En la historieta del poder, sólo vale lo que puede contabilizarse", *La Jornada*, 10/IV/96, p. 14.

34. **Román, J. Antonio**; "El futuro de la Iglesia , de los cristianos, no del Vaticano: Boff", *La Jornada*, 6/IV/96, págs. 1 y 10.

35.- "Suprimir a 3 mil millones de seres humanos. meta neoliberal: Boff", *La Jornada*, 7/IV/96, págs. 1 y 10.

36. **Sánchez Vázquez, Adolfo**; "Izquierda y derecha en política:¿y en la moral?", *La Jornada*, 26, 27, 28 y 29/II/96, págs.12, 26, 27 y 30 respect.

37. **Henríquez, Elio**; "El neoliberalismo no es opción para el desarrollo social", *La Jornada*, 7/IV/96, p. 12.

38. **Calloni, Stella**; "Xenofobia y miseria vuelven a amenazar a AL: Sábado", *La Jornada*, 26/IV/96, págs. 1 y 54.

#### **CONFERENCIAS Y PONENCIAS:**

1. **Buines, José Ma.**; *Reforma de la conciencia*. México, 1982, mimeo.

2. **Stavenhagen, Rodolfo**; *Treinta años después*. Conferencia magistral del XX Congreso Latinoamericano de Sociología. México, octubre de 1995.

3. **Wallerstein, Immanuel**; *La reestructuración capitalista y el sistema-mundo*. Conferencia magistral del XX Congreso Latinoamericano de Sociología. México, octubre de 1995.

4. **Dieterich Steffan, Heinz**; *Globalización, Democratización y Estado nacional en América Latina*. Ponencia de la Comisión de Trabajo no. 2 "Cambios Económicos Mundiales, Concentración, Poder y Estados Nacionales" del XX Congreso Latinoamericano de Sociología, octubre de 1995.

5. **Hernández Orta, Manuel E.**; *El imperialismo o la vieja historia del gato y el ratón*. Ponencia de la Comisión de Trabajo no. 2 "Cambios Económicos Mundiales, Concentración, Poder y Estados Nacionales" del XX Congreso Latinoamericano de Sociología, octubre de 1995.